

R

81358

BIBLIOTECA ESCOGIDA.

VOLUMEN X.

LA MUERTA Y LA VIVA.

NOVELA ORIGINAL

POR

PATROCINIO DE BIEDMA.

~~~~~  
(Segunda edicion.)  
~~~~~

CADIZ: 1883.

TIPOGRAFÍA LA MERCANTIL

PLAZA GASPARD DEL PINO.



*Patrocinio de
Biedma y la Muerte*

ES PROPIEDAD DE LA AUTORA.

A LA EXCMA. SEÑORA

D.^a ANGELA MARÍA PEREZ DE BARRADAS

Y BERMUY,

*Duquesa viuda de Medinaceli y de Santisteban,
Duquesa de Dénia y Tarifa, Presidenta de la Sociedad
protectora de la Agricultura,*

como homenaje de admiracion á su talento, y recuerdo
de apasionada amistad,

Patrocinio de Biedma.

CÁDIZ: 1882.

LA MUERTA Y LA VIVA.

CAPITULO I.

—¡Pero es posible!...

—¿Qué hay de extraño en ello?

—¡Cómo!... ¿Pretendes probarme que el hecho es natural, lógico y sencillo?

—Te lo probaré sin pretenderlo, puesto que así es en realidad.

Esta conversacion tenia lugar entre un caballero de avanzada edad, de nobles modales y aspecto distinguido, y un jóven de fisonomía simpática y mirada inteligente, que en un elegante carruaje se dirigian desde la estacion del Mediodía al interior de Madrid.

—¡Padre!... Perdóname, pero no puedo creer que me estés hablando en sério...

—Cree lo que quieras... Pronto te vencerás.

—Pero, tú...

—Yo mismo; yo, D. Juan de Salazar, general del ejército español, voy á casarme con Elena Giron, que es huérfana, que es noble, que es bella, que es pobre y que tiene diez y siete años...

—Y tú, ¿cuántos tienes?

—Cincuenta y siete, mi querido Manuel... La diferencia, como ves, es poca cosa!—contestó el general riendo.

—¡Padre!... Si hablas en broma, me estás haciendo un gran daño; si me dices la verdad, no puedo conformarme á ella.

—¡Bah!... ¡Tonterías!... ¿Y por qué?...

—Yo no puedo ver ocupado por una extraña el lugar que mi santa madre dejó vacío.

—Es que tú no ves nunca ese vacío, pero á mí me asfixia el alma... Tú te vés... Tienes ante tí mar y horizontes, y nubes, y espumas; yo no tengo nada más que recuerdos, y la soledad me cansa.

—No me iré si tú lo quieres...

—Un padre no quiere nunca encerrar en el espacio de su egoismo el porvenir de su hijo... te irás y volverás para verme feliz...

—¡Jamás!... Si te casas, padre, no volveré....

—Ya hemos llegado, y me alegro, porque te ibas poniendo dramático, lo cual no es divertido.

El general saltó del coche y entró en una linda casa del barrio de Salamanca, seguido de su hijo que, sombrío y silencioso, contestaba con aire distraído á los saludos de bienvenida de los criados.

—Bien, bien, no lo canses más—decía el general á un antiguo servidor que rodeaba con solicitud á Manuel;—como buen marino se marea un poco en tierra, y no tiene gana de hablar... Anda, llévalo á su cuarto... y déjalo descansar; hasta luégo, hijo mio: almorzamos á las doce.

Manuel hizo á su padre un movimiento de despedida, y siguió al viejo Antonio, que con tardo paso le guió á traves de algunas elegantes habitaciones á un gabinete adornado con esmero, pero de esa manera sobria y sencilla que revela desde luégo el buen gusto de un sér inteligente.

—Aquí, señorito: esta casa es mejor que la que teníamos ántes, ¿no es verdad?

—Me es igual,—contestó Manuel.

—Bien, como Vd. tiene su casa, es decir, el buque, no le importa; pero al señor le gusta ésta más, y tiene un sitio tan her-

moso... Vea Vd., vea Vd. los árboles de la Castellana, y por la tarde se ven los coches, y las señoras que van medio acostadas en ellos...

—Dime—dijo de pronto Manuel,—¿tú conoces á esa niña de que cuida mi padre, que se llama Elena?

—¡Ya lo creo!... Pero no es niña... es una señorita hecha y derecha... más hermosa que las rosas de Mayo y más delicada que una perla... ¡pues poquito que aquí la queremos todos!...

—¿Viene aquí?

—¡Qué ha de venir!... si vive en la casa!

—¡Cómo... ella vive en la casa! ¿y por qué?

—Porque en el colegio no podia estar despues de los diez y seis años, y porque allí se ponía mala, y porque el general lo mandó... y no sé más...

Manuel tuvo intenciones de preguntar al criado si sabia algo del proyecto de su padre, pero un sentimiento instintivo de respeto le contuvo, y se puso á examinar en silencio su habitacion.

—¿De quién es este retrato?—preguntó de pronto.

—De la señorita Elena,—dijo sencillamente Antonio.

—Está bien, nada necesito ahora, puedes retirarte.

Manuel, al quedar solo, miró con curiosidad la fotografía que ántes habia fijado su atencion, y nada encontró en ella que despertase ni su interés ni su disgusto.

Era una gallarda cabeza graciosamente delineada sobre el fondo oscuro del papel.

No copiaba á una mujer hermosa; pero el original de aquel retrato debia tener esa belleza especial del espíritu, que parece infiltrarse en la carne de algunos séres para darles una atraccion irresistible.

Sus grandes ojos irradiaban una mirada al par cándida y maliciosa: era imposible adivinar su color en el retrato: el cabello debia ser rubio, á juzgar por el tono gris con que se copiaba. Sus labios se entreabrian en una graciosa sonrisa; se veia una de sus manos que parecia jugar con sus rizos medio deshechos, y tenia una forma perfecta.

—¡Se necesita estar loco!....—murmuró Manuel dejando el retrato con ira.—¡Diez y siete años y cincuenta y siete!.... ¡Cuarenta de diferencia!... ¡No es cosa!.... Vamos, preciso es confesar que la vida tiene una segunda infancia.... Son dos crepúscu-

los que se parecen; sólo que el uno trae la luz, la vida, y el otro la sombra, ó lo que es lo mismo, la muerte!.... Pero, ¡vive Dios! que es imposible unir la mañana y la noche....

Manuel volvió á tomar el retrato, que con sonrisa maliciosa parecia burlarse de él.

—¡Y bien—dijo,—yo estoy aquí, y veremos quién vence!... Advierto á Vd., señorita, que por más coqueta que Vd. sea, y lo parece bastante, no han de servirle sus coqueterías para convencerme... Desde ahora la declaro la guerra.

Manuel no pudo acabar.

Leve y lejano, como el rumor del agua despeñada, como el aleteo de un ave entre las hojas, se oyó el eco de un piano y una voz fresca, sonora, suavemente timbrada, que entonaba una canción.

—¡Ah! se me saluda con música... Pierde el tiempo, pues no me gusta... Además, yo no me dejo fascinar como las serpientes que atraen los canadienses... Nada, nada, está dicho: á pesar de tu bonita voz y de tu risita cáustica, será preciso que renuncies á la viudedad del general Salazar, única cosa que puede enamorarte.

Como no son divertidas las murmuracio-

nes, dejaremos á Manuel murmurar cuanto quiera, que ya es sabido que las impresiones se van y se vienen al pensamiento como las nubes al horizonte.

CAPITULO II.

Manuel Salazar, el jóven alférez de marina con quien acabamos de hacer conocimiento, era, ni más ni ménos, que lo que son la mayoría de los hijos de este siglo: un espíritu rebelde á todo yugo, y una voluntad vacilante para toda idea: un pagano de corazon y de pensamiento, que adoraba como ídolos las creaciones de su fantasía, desechas al contacto de la realidad, como las bombas de jabon al soplo mismo que las forma, el cual, al ver desaparecer una en pos de otra sus ilusorias esperanzas, creía haber sentido esos desengaños que van formando la amarga ciencia de la vida, aprendida á tanta costa.

Cansados de todo, cuando apénas han tenido tiempo de conocer nada; dudando ántes de haber creído; intentando el análisis del efecto cuando desconocen la causa, sólo tienen como cualidad distintiva de su carácter, una superficialidad insustan-

cial, y una inconstancia peligrosa en afec-
ciones y sentimientos.

No extrañaremos que, como en otras novelas nuestras, se busque para este retrato imaginario, pero muy conocido por ser vulgar hasta lo sumo, un original que no existe: claro está que, copiando el novelista sus cuadros sociales de la realidad de la vida, ha de dar á sus personajes, no sólo nombres y figuras que puedan hallarse á cada paso, sino caractéres que todos conozcamos y defectos y virtudes que forman el claro-oscuro de ese gran lienzo en que la humanidad perfila sus creaciones, y que se llama sociedad.

Cuando Manuel, con aire altivo y sério como un rey que se dispone á negar una pretension que sabe le va á ser dirigida, entró en el comedor á las doce, halló un cuadro tan risueño, tan suave, que su frente se desarrugó un tanto, y sus ojos perdieron algo de su aspereza.

Su padre, sentado en una mecedora, colocada cerca de un balcon, leía *La Epoca*, extendiendo sus piés á los rayos del Sol, que pasaban á traves de los cristales, como encargándole de calentarlos con su reflejo de fuego. Una señora de alguna edad,

séria, limpia, enlutada, con todas las apariencias de un aya ó *governanta*, cosía en un lienzo blanco: una jóven, una niña, según lo parecía, regaba y cuidaba unas macetas de violetas, resedan y pensamientos, que se agrupaban en el balcon.

—¡Ah! eres tú—dijo el general al ver entrar á Manuel;—¡ya era tiempo!... ¡A bordo no harás tan larga *toilette*!... Elena—dijo á la jóven, que con su regadera en la mano se habia vuelto llena de curiosidad,—¡ven!

Elena, algo confusa, dejó en el suelo la regadera y se aproximó á D. Juan.

—Mi hijo Manuel, la señorita de Giron,—dijo el general presentándoles mutuamente.

Los dos jóvenes se inclinaron. Manuel murmuró algunas frases de fría cortesía.

—Doña Ana—dijo el general á la señora que cosía,—hágame Vd. el favor de pedir el almuerzo.

Dejó el periódico á un lado y se levantó colocándose entre su hijo y Elena con alegre sonrisa.

—¡Qué diablos!....—dijo;—¿por qué callais?... Tú, que tanto tendrás que contar-nos; y tú Elena, que charlas todo el dia co-

mo gorjea un pájaro, ¡tendría que ver que enmudeciéseis!....

—¿Qué quieres que te cuente!.... Con un solo día que recuerde el marino, recuerda su vida toda.... ¡siempre igual!....—dijo Manuel sentándose á la mesa lo mismo que su padre, Elena y Doña Ana.

—A Elena le gustará que le hables del mar,—dijo el general.

—Si, en verdad; ¡tengo tantos deseos de verlo!....

—¿Esta señorita no lo ha visto nunca? —preguntó Manuel.

—Déjate de ceremonias y llámala Elena: yo quiero que seais buenos amigos...

—Si lo permite...—dijo friamente Manuel.

—¡Oh sí!... ¿Por qué no?...

Elena dijo esto con tal sencillez, que Manuel la miró con curiosidad.

Era una hermosa niña, blanca, rubia, de mejillas sonrosadas y boca risueña: fresca como un capullo de rosa, cuyas hojas impregna el rocío, con la alegría de la salud y de la adolescencia, con algo de cándido y de puro en la mirada, y una gracia tan fácil, por decirlo así, tan natural y sencilla en todos sus movimientos, unida á una ti-

midez modesta y grave que la hacia verdaderamente encantadora.

—Comprendo el deseo de ver el mar en quien no lo ha visto, como comprendo el fastidio de él en quien lo sufre.

—¿Fastidio!...—murmuró como protestando Elena.

—¡No sé cómo llamarle! Una eterna soledad movible y murmurante que cansa la vista y fatiga el pensamiento...

—No lo creas, hija mia—dijo el general;—no lo creas; la naturaleza contemplada en su aspecto más grandioso no puede cansar á unos ojos que empiezan á ver, ni á un pensamiento que empieza á darse cuenta de la imágen que en aquellos ojos se refleja... los jóvenes no pueden cansarse, y si lo dicen, es un cansancio artificial, por decirlo así, porque el cansancio natural sólo es resultado de la vejez, que es el agotamiento de todas las facultades; la máquina que se inutiliza gastada por el roce de la vida, que entorpecida se retrasa en su marcha, hasta que al fin se detiene por completo.

—Segun eso, ¿el pensamiento y el corazón envejecen al par que el cuerpo?—preguntó Manuel mirando con profunda atención á su padre.

—¿Por qué no?—dijo tranquilamente el general.—Nuestros sentimientos guardan siempre una relacion admirable con nuestro estado material; como que se armonizan y se unen hasta formar un todo completo.

—En ese caso, ¿confesarás que á cierta edad no pueden sentirse emociones ni afectos que á la juventud pertenecen?

—Ya lo creo que lo confesaré, y lo confirmaré que es más; pero en cambio no me negarás que afectos y emociones son más verdaderos, más útiles, más prácticos cuando se sienten como realidad, que cuando se vislumbran como fantasía.

—Es decir, como esperanza....

—No, la esperanza es la flor, en cuyo cáliz está el fruto; las quimeras del sueño el boton estéril que cae inútil y marchito.

—¿Y me quieres decir el por qué de esa diferencia?

—Bien sencillo: esperar es el intento, el propósito de conseguir lo posible; soñar es perder un tiempo precioso, que Dios nos concede para algo más útil que para correr tras de imposibles.

—Pues yo, en la duda de equivocarme, ni sueño ni espero.

El general se echó á reir.

(2)

—¡Bah!.... ¡bah!... Cuéntanos lo que es el mar, y no nos hables de sentimientos, que Elena se sorprende un poco de oírte. Descríbenos el mar....

—Si yo me lo figuro,—dijo la niña.

—Veamos; dí lo que tú te figuras....

—Pues yo creo—contestó confusa,—que es algo así como el cielo, que se vé siempre.... por todas partes.

—Sí—dijo Manuel que parecía aburrido,—cuando se está en alta mar... cuando se está en la costa, es como un giron del cielo que se ha caído sobre la tierra, la cual pugna por arrojarlo de sí, y le imprime un movimiento constante.

—Vamos, al fin nos has hecho una bonita definicion, y eso que has suprimido las espumas que lo bordan, los rumores que en él palpitan...

—Y los tiburones que lo pueblan. Vamos, padre, háblame de algo que tenga novedad... ¿Cómo está mi amigo Fernando Alvarez?

—Hecho un *gomoso*.

—No lo extraño: ese es su tipo.

—Le avisé tu llegada y vendrá...

—Me alegro: ¿y de política?

—Dicen que vamos muy bien.

—¿Quién lo dice?

—Quien lo sabe, hombre, ¿quién ha de decirlo?

—Es que quien ha de decirlo es el país.

—Pues ese no lo dice: hoy nadie se ocupa de lo que no le importa, y el país que para nada utiliza la política, sino que se siente utilizar por ella, calla y oye sin comoverse tales afirmaciones.

—Mal hace en callar; que proteste...

—Mi pobre Elena—dijo el general,—verdad que nosotros hacemos peor, mucho peor, en hablar de lo que no nos interesa para aburrirte. Veamos, cuéntanos lo que piensas hacer esta tarde.

—Me ha dicho Clara que vendrá por mí para dar un paseo...

—Pero la señorita tiene que dar lección de inglés y de pintura...—dijo Doña Ana.

—¡Oh!—exclamó Elena:—el maestro de inglés viene á las tres y el de pintura á las dos... aún estaré yo aquí...

—Vamos, mi buena Doña Ana, puesto que Elena arregló ya las horas, no la privemos del paseo...

—Siempre sucede lo mismo,—murmuró entre dientes Doña Ana.

—Usted acompañará á Elena—añadió

el general,—á casa de Doña Clara.

—Entónces—dijo Elena bebiendo el último sorbo de café,—si me lo permiten me voy á estudiar.

—Vé, hija mia, vé y hasta luégo.

Elena se levantó ligera, hizo un leve saludo con la cabeza y salió.

Doña Ana salió tambien.

—¿Qué te parece?—preguntó el general.

—Phs!... ni mal ni bien!... sino fuera por ese proyecto que me la hace odiosa, me seria de todo punto indiferente.

—Tú cambiarás de opinion, porque tú no puedes odiar lo que tu padre ama.

—Odio ese amor.

—Injusticia grande.

—Más injusto será hacerme admitir lo que mi corazon rechaza.

—Sin motivo.

—No puedo discutir contigo.

—Obedéceme, pues.

—Te obedeceré callando, pero no podré amar porque tú me lo mandes.

—Me basta por ahora con que acates mi voluntad,—dijo el general levantándose, y con algo de severidad en el acento.

—Está bien; en lo que mis fuerzas lo permitan.

—Cualquiera diría que yo te pido un sacrificio.

—Y muy grande, padre.

—¡Bah! Tienes unas ideas muy raras: no hablemos más de ello por ahora. ¿Vas á salir?

—Si no te hago falta...

—¡Oh! no, hijo mio, no; tendrás deseos de ver á tus amigos.....

En aquel momento, y cuando el general y su hijo se levantaban de la mesa, un jóven perfumado y compuesto apareció en la puerta del comedor.

—¡Hola! señor marino—dijo con voz atiplada y melosa,—¡ya no se acuerda usted de los amigos!

—¡Fernando!—exclamó tendiéndole la mano alegremente Manuel.

—Pero hombre, ¡qué ausencia tan larga!.... Si vienes viejo....

—Viene hecho un hombre—dijo riendo el general,—lo que se llama un hombre, fuerte, sano, trabajador....

—En efecto—dijo algo turbado Fernandito.—¿Ibas á salir?—preguntó á Manuel.

—Sí, puedes venir conmigo, si no tienes otra cosa mejor que hacer....

—Yo nunca tengo que hacer nada.... Iremos.

—Pues hasta luégo, papá.

—Adios, general—dijo Fernando volteando entre sus manos el bastoncito.

—Adios, pollo, no me eche Vd. á perder al marino.

El jóven hizo una señal que tanto podia ser afirmativa como pretenciosa, y salió con Manuel.

El general siguió á su hijo cariñosamente con la vista, y murmuró:

—Veremos si mi plan dá resultados.... La juventud es caprichosa.... ama lo imposible.... veremos si sirvo para hacer una pequeña comedia.... Seria para mí una felicidad el acertar....

CAPÍTULO III.

—Cuéntame—decía Fernando en tanto que la berlina en que iban, rodando rápidamente los llevaba hácia el Retiro algunas horas despues;—¿qué te trae por Madrid?

—Casi no lo sé—contestaba Manuel;—mi padre lo ha querido, solicitando una licencia que al momento le fué otorgada.

—Pues hay quien vé el objeto de tu venida.

—Nada más sencillo; complacer á mi padre.

—Otro, además....

—¿Otro? Explicáte....

—Tu padre tiene una pupila...

—Sí—dijo con disgusto Manuel, creyendo que aludian al malhadado proyecto que tanto le impacientaba;—sí, en efecto: ¿supongo que no dirán que he venido á verla?

—Pues supones mal: eso dicen.

—Se engañan.

—No eres franco para mí.

—Pues no sé á lo que tú llamarías franqueza; te digo la verdad.

—¡Y es linda de veras esa niña! Mírala... allí vá...

Manuel miró en la direccion que su amigo le indicaba, y vió á Elena que ocupaba con otra señora una *victoria*.

La saludó friamente, y cambió la direccion de su mirada.

—¡Qué desdeñoso estás con ella!

—¡Yo!... No tengo otro deber que el de ser cortés; la galantería se guarda para las mujeres que nos agradan.

—¿Y no te agrada Elena?

—No por cierto.

—¿Por qué?

—¡Oh!... ¡Tiene mérito la pregunta!... ¿Sabemos nunca por qué nos agrada ó no una persona? Ese misterio será siempre impenetrable.

—Pues es bella...

—Ya me lo has dicho otra vez: lo será, pero á mí no me lo parece: tendré mal gusto y acaso me enamore de una fea, pero de Elena ¡jamás!...

—¡Oh! ¡Mírala!

Elena, que ocupaba la derecha en la *victoria* de su amiga, pasó tan próxima á ellos, que sintieron el perfume que impregnaba su blanco pañuelito. Llevaba un sencillo traje azul y un sombrero blanco con flores, una pequeñísima sombrilla blanca y un abanico de marfil.

—Es muy elegante, ¿no es verdad?— preguntó Fernando.

—¡Bah!... ¡Qué entiendo yo de plumas ni de tules!...

—¿Pero quién no entiende lo que es bello y lo que es feo?... La estética...

—Mira, chico, déjate de estética y háblame de algo que me importe... ¡Vas á conseguir que esa niña, que ya me desagrada, se me haga insoportable!...

—¿Pero de veras te desagrada?... Mira, Manuel, no extrañes mi insistencia... ya lo comprenderás... como en Madrid se dice que tú vas á casarte con ella...

—Quién? yo!... desmíentelo desde ahora.

—¿Me das tu palabra?...

—¡Pero hombre!... ¡Me haces perder la paciencia!

—Pues bien, óyeme: si tú no la amas, si no es tu prometida, ayúdame, porque yo estoy enamorado de ella.

—¡Tú!... — exclamó Manuel riendo;—
¡debí haberlo adivinado... Pero no sabes...

—¿Qué?

—Nada — contestó Manuel quedando
muy pensativo;—nada, que te ofrezco mi
proteccion decidida, ¡y poco he de poder si
no logro que te ame!

—¡Te voy á deber la vida, más que la
vida!—exclamó Fernando entusiasmado.

—No me debas nada... Puede que sea
yo el que llegue á deberte á tí...

—¿Qué es preciso hacer?

—¡Hombre! me parece que declararte
á ella es el camino más corto!

—Tienes razon: ¿le hablarás bien de mí?

—¡Ya lo creo!...

—Y tu padre... que me cree un poco tra-
vieso...

—Sí, ya sé... por ahora conviene que na-
da sepa, despues... ¡ya veremos!

—¡Querido Manuel! ¡Y yo que pensaba
tener en tí un rival...

—¡Ya ves que no!

—¡Sí, ya lo veo! Y dime ¿no amas á
otra?

—¿Quién, yo? No tengo tiempo de amo-
ríos.

—Pero eso no ocupa; más bien acom-
pañía...

—No: prefiero estar solo: ya sabes el refran.

Los carruajes de Elena y su amiga, y de nuestros jóvenes, se aproximaban en otra vuelta.

—¿Dime—preguntó Manuel,—quién es esa señora que va con Elena?

—Clara Blacker, una viuda muy rica, americana, y como ves muy joven.

—Sí, lo parece.... ¿y de qué conoce á Elena?

—No lo sé; pero las veo juntas con frecuencia.

Los coches se cruzaban en aquel instante.

Clara, que hablaba con Elena, volvió ligeramente la cabeza para fijar su mirada en Manuel.

Aquella mirada radiante y tranquila parecia iluminar su semblante, lleno de animacion y de vida.

Pasaron, y se oyó la voz de Clara que hablaba con su amiga.

—¡Es linda la viudita!....—dijo Manuel.

—¡No es fea!... Un poco morena.

—Eso no es falta.

—Algo coqueta...

—Mejor: la formalidad no cabe en la mujer.

—Parece que te gusta...

—¡Phs!... ¡Algo más vale que tu insulsa rubia!

—¡Qué profanacion!... ¡Elena parece una vírgen de Murillo.

—Clara una madona del Correggio!

—Pues bien, hazle la córte; debes ser muy afortunado con las mujeres... y... á los veinticinco años es tiempo de empezar. Te daría fama...

—No—contestó friamente Manuel,—tengo algo más grave á que consagrarme.

—No vayas á olvidar mis amores.

—¡Oh!... No lo temas; mi primer cuidado será favorecerlos.

Los dos amigos continuaron ocupándose de la historia íntima de cuantos pasaban á su lado, más ó ménos caritativamente, segun las simpatías ó la indiferencia con que los distinguian; y ¡Dios sabe que esta última es una gran ventaja cuando se trata de tales historiadores!

Clara y Elena por su parte hablaban de Manuel, á quien la primera no conocia; de modas y de salones, que es generalmente la conversacion de las mujeres bellas, jóvenes y desocupadas.

Como nada dicen que nos interese, ocu-

pémonos en describir á Clara, puesto que á Elena ya la conocemos.

¿Pero es fácil retratar, ni con el pincel, ni con la pluma, á una mujer como Clara? Probaremos.

Figuráos un talle fino y elegante y una airosa cabeza cubierta de cabellos negros.

Un rostro ligeramente ovalado, de cútis limpio y suave, delicadamente moreno.

Unos ojos negros, que más bien que al exterior parecen mirar al fondo de su alma, y reflejar su melancolía.

Una frente pensativa y séria.

Una boca tan hermosa, tan suspirante, tan apasionada, que parece que en ella duerme el amor: diríase que sus encendidos labios, en su leve movimiento, piden besos... pero no los besos de la carne, sino los besos de la felicidad soñada, los besos impalpables de las almas.

Labios que siempre tienen sed de algo infinito...

Labios que inspiran la sensualidad del espíritu, mil veces más inefable que la de la materia, porque es infinitamente más pura, más grande y más eterna.

Y completando el encanto de esos labios, la magia de una sonrisa...

Clara vestia un elegante traje de terciopelo negro; un sombrero de castor gris, rodeado de una pluma roja, y un ancho cuello de encaje.

El contraste entre las dos amigas no podia ser más enérgico.

Un artista las hubiese elegido para modelo al intentar dar forma á la inocencia y la pasion.

Como estos sucesos tenian lugar en una tarde de Otoño de 187... y los dias de Noviembre son breves como los sueños de dicha, hé aquí que la sombra, envolviendo en sus gasas impalpables los árboles del Buen Retiro, dispersó los elegantes carruajes que entre ellos se agrupaban, y alejó, en tanto que de ellas nos ocupábamos, á las dos lindas mujeres, de las cuales pensamos hablarte, querido lector, siempre que nos prometas guardar acerca de lo que te digamos el más profundo secreto.

Tambien el marino y su amigo habian dejado el paseo, aceptando Fernando una invitacion para comer con él, hecha por el anciano general.

—¡Victoria!...—pensó al aceptarla el enamorado *gomoso*;—¡una velada con mi sublime rubia! ¡No necesito más para ser feliz!

Pero el enamorado propone y el indiferente dispone.

Fernando no debia hacer por aquella noche su declaracion, pues la bella Elena comia con Clara, á la que debia acompañar al Teatro Real.

CAPITULO IV.

El regio coliseo presentaba esa noche un brillante aspecto.

Allí se reunia lo más bello, lo más rico, lo más distinguido de Madrid.

Clara Blacker, con Elena, ocupaba una platea.

La hermosa americana estaba ricamente prendida.

En su fisonomía tranquila y serena, al parecer, un observador hubiera descubierto una vaga inquietud, una leve contrariedad enérgicamente dominada y oculta bajo una falsa expresion de calma. Elena parecia abstraída en una vaga melancolía, de la cual la viuda no intentaba sacarla, porque el silencio le era grato.

Con un abandono muelle y gracioso, Clara iba dirigiendo sus pequeños gemelos á todas las damas que ocupaban los palcos, y ora se detenian en el proscenio de una hermosa duquesa, ya observaban á una

extranjera cubierta de brillantes, ya recorrian las butacas buscando un rostro conocido.

—¡Ah... mira!...—dijo Elena,—allí está Manuel Salazar.

—¿Cuál es?

—Acaba de llegar: está en el patio con Fernando Alvarez.

—Sí, conozco á Alvarez, me lo presentaron en el último baile de la condesa de B...

—Pues ahora habla con Manuel.

—Sí, tiene el color de los marinos y no es fácil equivocarlo... ¡es simpático!...

—Un poco sério—dijo Elena.

—¡Qué importa!

Fernando saludó en aquel momento á las dos amigas.

—Sin duda te visitará—siguió diciendo Elena.

—Acaso no se atreva...

—¿Por qué?

—No te conoce...

—¡Bah!... Es á tí á quien ha de saludar, y es á un palco, no á un salon á donde ha de ir.

—Además, no tendrá ningun deseo de visitarme.

—¿Por qué—preguntó de nuevo Clara.

—No tiene amistad ni confianza conmigo.

—Pero estás en su casa, y un hombre de mundo no falta nunca á ciertas reglas.

En aquel momento la orquesta preludió los primeros acordes de la sinfonía, y las dos amigas guardaron silencio.

Durante el primer acto de la *Sonámbula*, Elena parecía absorta en la preciosa obra de Bellini; Clara, más y más preocupada, llevaba distraída la mano á su frente, como si quisiera alejar de ella un pensamiento tenaz; sonreía con risa forzada, y volviendo en sí de su momentánea distracción, como teniendo miedo de haber sido observada, afectaba de nuevo ese aire impassible, tranquilo y aburrido de los que se divierten, como si dijéramos de oficio; esto es, por costumbre ó vanidad.

Al caer el telon, Fernando y Manuel se levantaron.

—¡Vienen aquí!—dijo con seguridad Clara.

—Acaso no,—murmuró Elena:

La puerta del palco se abrió y los dos jóvenes aparecieron en ella.

Clara hizo una amistosa señal á Fernan-

do y tendió su mano á Manuel, que por aquel le era presentado, ofreciéndole un asiento.

Alvarez aprovechó esa circunstancia para ocupar un lugar próximo á Elena.

Manuel habia deseado ver de cerca á la americana, cuya hermosura se le hacia fuertemente simpática, y con el sencillo pretexto de saludar á Elena se hizo presentar por Fernando.

Clara habia conocido algo de interés en la mirada absorta de Manuel, y con ese instinto incomparable de la mujer que le hace adivinar siempre el sentimiento que inspira, comprendió que Salazar la visitaria. Su mirada brilló con un reflejo de orgullo ó de gozo, no lo sabemos, y sus labios formaron esa dulce sonrisa, que en la boca de una mujer de talento, acostumbrada á las luchas sociales, oculta á veces tantos dolores.

Cambiáronse algunas frases de esas que nada dicen, pero que la costumbre autoriza como fórmula de una primera conversacion, y Clara comenzó á hablar con Manuel con la misma facilidad y graciosa soltura que si le hubiera conocido toda su vida.

Rápidamente, como pasa una mariposa de una flor á otra flor, su conversacion espiritual y oportuna pasaba de la política á las artes, de las damas que ocupaban el teatro á los viajes de Manuel que le recordaban su patria.

—¿Hay crisis?—preguntó de repente.

—Señora, no he tenido aún tiempo de pensar en la política,—contestó Manuel.

—¡Oh! no hay que pensar, basta con oír. Se dice que su padre de Vd. será ministro....

—Si es así, nada debe saber porque no me lo ha dicho.

—Quizá lo ha olvidado...

—No: precisamente, miéntas comiamos, nos habló de haberse recibido en el ministerio de la Guerra telégramas referentes á la captura de un famoso jefe de la insurreccion cubana.... y podia haberse ocupado del cambio de ministerio.

Clara palideció densamente.

Llevó á los labios su ramillete de rosas y nardos como para aspirar su perfume, pero en realidad para ocultar algun tanto su rostro.

—¿Y á qué jefe se alude?—preguntó, en tanto que deshojaba una flor...

—Creo que se trata de Solís...

Fué una gran fortuna para Clara, que la llegada de S. A. la princesa de Astúrias fijase la atención de todos en el palco regio, pues de otro modo hubiesen notado su turbación, á pesar de lo rápidamente que fué dominada.

En aquel instante el telon se levantó, y Alvarez y Salazar se despidieron, ofreciendo Clara á este último su casa.

—Tendré el honor de ponerme á sus piés,—contestó Manuel.

Elena, que habia oido con indiferencia las frases galantes de Fernando, miró á Clara con atención.

—¿Te sientes mal?—la preguntó.

—No: un ligero dolor de cabeza, cansada más bien...

—¿Qué te parece Salazar?

—No puedo juzgar aún, pero... ¿quieres que te diga la verdad?

—¡Oh, sí!

—No le encuentro nada extraordinario... una de tantas figuras de fondo en el cuadro social.

—Es distinguido...

—¿En qué?

—Dí que á tí no te gusta nadie...

—¡Bah!... Te he dicho la verdad. Un frac y una corbata blanca... ni más ni menos. ¡Y sabes que contigo es poco expresivo! Apénas te saluda.

—Es sério.

—¡Bonita condicion! La seriedad con una niña como tú, es cuando no nécia inoportuna.

Clara guardó silencio y observó á Elena que parecia contrariada.

Su exacta y rápida manera de apreciar por un pequeño efecto una profunda causa, le hizo conocer que Elena estaba, si no ofendida, lastimada de su opinion.

Su primer movimiento fué de indiferencia, pero alguna consideracion la hizo dominarlo, y dijo á Elena con naturalidad:

—La verdad es que no he podido juzgarle, porque ha sido una conversacion tan breve y tan superficial, que no era fácil apreciar sus condiciones; su figura es bella, y en cuanto á su retraimiento contigo, acaso es delicadeza, porque estando en su casa debe tratarte con el más absoluto respeto y sin confianza alguna.

—¿Verdad que sí?... Como decias...

—Quise con una broma conocer si te era simpático.

Clara se interrumpió llevando su mano á la frente con una ligera expresion de sufrimiento.

—¿Te sientes mal?—preguntó Elena.

—Un poco.

—¿Quieres que nos retiremos?

—¡Oh!... ¡Privarte á tí de oír el tercer acto!...

—¡Qué importa!... Vámonos ántes de que éste termine y nos impidan retirarnos tus amigos.

—Tus admiradores, más bien... sí, realmente estoy algo enferma.

—¡Oh! tengo miedo de verte tan pálida...

—No es nada—dijo Clara riendo con gran esfuerzo y levantándose para tomar su abrigo—me desperté hoy temprano, tengo sueño y me duele la cabeza; nada más.

Las dos amigas salieron.

En aquel momento decia Manuel á Fernando:

—La viudita es tan discreta como hermosa... pero tú tenias razon, parece algo coqueta.

—¿Por qué?

—No sé... su conversacion ha sido un

mosaico de todos colores... me ha hablado hasta de política.

—¿Sí? Ten cuidado... se le atribuye influencia con el partido ministerial.

—Me ha dicho que hay crisis.

—Puede que sí.

—No me gusta que las mujeres hablen de política.

—¿Por qué no? Así nos aburren menos.

—Es que una boca tan bella como la de Clara no debe hablar más que de amor...

—Precisamente de lo que no habla.

—¿No?

—¡No!

—¿Y por qué?

—No sé: se la cree incapaz de amar. Está, como Narciso, enamorada de sí misma, ó acaso guarda el amor de ultratumba de su difunto esposo.

—¡Bah! El amor es el único justificante de la fábula del Fénix; renace de sus cenizas.

—Pues ahí, según parece, las cenizas se apagaron.

—Imposible... ¡Es muy joven!

—Y está muy hermosa esta noche con ese color rojo que viste.

Manuel se volvió hacia el palco de Clara.

—¡Cómo!—exclamó,—¡se han ido!...

—Nunca vé acabar la representacion.

Manuel guardó silencio y al terminar el acto dijo á Fernando:

—Me estoy muriendo de sueño, si quieres venirte...

—¡Hombre! Si apénas son las diez y media...

—Tú no has llegado hoy de Cádiz y no sabes lo que son veintiseis horas en ferrocarril: quédate y hasta mañana.

Manuel salió, buscó su carruaje y dió orden de ir al ministerio de la Guerra, donde creia encontrar á su padre.

CAPITULO V.

No hay nada más difícil, más violento, que sostener ante la sociedad un rostro impasible cuando el pensamiento, sorprendido como un río que vé interrumpido su curso de repente, se revuelve agitado, y parece envolver la razon en esos vapores de angustia suprema, de dolor agudo, que produce lo inesperado, cuando se trata de un suceso doloroso en un asunto que nos interesa.

Los labios obligados á sonreir adquieren una crispacion leve, pero fija; la mirada, que no vé la vaguedad del sonambulismo; las lágrimas, que rechazadas enérgicamente no pueden brotar, parecen caer sobre el corazon con ese murmullo sordo de la gota en la piedra, y el corazon, sofocado bajo ese impulso, agita su latido para rechazarlas, conteniendo así la asfixia, que de ser larga esa situacion se haria inevitable.

Clara acababa de sufrir la agonía de lo

imprevisto, mil veces más cruel que la más aguda pena cuando ésta se ha comprendido y se la espera.

Es imposible ponerse á cubierto en la vida de los pesares que sus eventualidades nos preparan, pero si no podemos negarnos á beber el cáliz de lágrimas que como condicion precisa de la existencia se nos ofrece, debemos pedir á Dios que esa amarga bebida no nos sea dada á traicion, en la dorada copa de la felicidad, porque si resignándonos y bebiéndola gota á gota no nos ahoga, apurándola de un trago, con la risa indiferente del festin social en los labios, envenena para siempre el alma.

¡La casualidad, la traicion, nuestro mismo anhelo, combinan tan fácilmente esos golpes mortales de la suerte, que apenas hay uno que no recuerde la impresion dolorosa, desesperada, de una sorpresa!...

Clara, que no habia podido ni siquiera exhalar en un grito la primera expansion de su dolor, penetró en su gabinete pálida, vacilante, conteniéndose aún porque la observaba su doncella, esa especie de enemigo íntimo que se alberga en el paraiso del hogar, como se albergó la serpiente en el de la creacion.

Sin oír siquiera lo que le preguntaba, la dejó prepararla el té y encender la estufa, despidiéndola en el acto.

—¿La señora no se recoge?—preguntó con extrañeza Malvina.

—No,—contestó secamente Clara, que tenía ánsia de estar sola.

La doncella salió y Clara cerró la puerta, yendo á caer sobre una pequeña butaca próxima al fuego.

—¡Dios mio!...—murmuraba entre ahogados sollozos—¡él... él!... ¡preso!... ¡muerto acaso!... ¡No en vano me asusté al faltarme sus cartas!... ¡Imposible!... ¡Yo escuché mal!... ¡Si eso no puede ser... si no debe ser!... ¡Si yo no quiero que sea!...

Clara, ocultando el rostro entre sus manos crispadas, sollozaba sin llorar... las lágrimas suelen vengarse de haber sido esclavizadas, no acudiendo al llamamiento cuando se las deja libres.

—¡Nicolás!... ¡Nicolás preso!... ¡Imposible!... ¡No sé por qué lo he creído!... ¡Ese necio se ha engañado!... Y si es verdad, él romperá esas cadenas como ha roto otras... Pero necesito saberlo... me ahogo aquí... ¡Por qué dudo! Iré yo misma... nadie me conoce... ¡y qué importa que así sea!...

¿Quién tiene derecho á juzgar de mis acciones?...

Clara, sin darse cuenta de lo que hacia, se quitó su traje de sociedad que arrojó sobre un mueble y fué á buscar en su armario un sencillo traje negro. Se vistió temblando convulsivamente, y sin abrir la puerta que ponía al saloncito en comunicacion con el interior de la casa, se envolvió en un manto, atravesó ligeramente el tocador, pasó á su pequeño despacho y salió á la escalera por una puerta de servicio de la cual guardó la llave.

Bajó precipitadamente.

El portero dormitaba en su chiribitil, en tanto que la portera, á la luz de una pequeña lámpara, cosía en un lienzo blanco.

Sin ser vista salió á la calle.

Vivia en la de la Reina, y encontró poca gente hasta llegar á la de Alcalá, pues no era aún la hora de la salida de los teatros.

Tan preocupada estaba, tan tristemente impresionada, que no se le ocurrió siquiera tomar un coche.

Llegó al ministerio de la Guerra y preguntó por el ministro.

—No está—la contestaron.

Clara iba á seguir para obtener noticias

del que se encontrase en el despacho; pero se detuvo indecisa, porque ni la hora era propia para disculpar su curiosidad, ni conocía á las personas á quienes habia de dirigirse.

Vacilando sobre lo que deberia hacer, oyó á un muchacho gritar con voces descompuestas:

—*¡La Correspondencia, con el parte de Cuba!...*

Clara se lanzó hácia el chico, y le arrebató, más bien que le tomó, un número, deteniéndose á leerlo á la luz de un farol.

—*¡Señora, los dos cuartos!*—decia el vendedor, que tenia prisa por seguir su camino.

—*Déjame,*—murmuraba Clara leyendo ansiosa.

—*Déme Vd. mis dos cuartos*—gritaba el chico alzando la voz,—*me está Vd. haciendo mala obra, tengo que vender!*

Clara llevó su mano al bolsillo, y entónces se apercibió de que no tenia dinero.

—*Mira*—dijo al pilluelo algo confusa,—*me he olvidado del porta-moneda: vé mañana á mi casa y te dará un regalo.*

—*¡A mí no me engaña nadie!...* Mis dos cuartos, y otros dos por lo que me ha detenido Vd!...

—¡Diablo de muchacho!—murmuró Clara impaciente—¡quieres callar!.... Toma; este pañuelo vale mil reales; ténlo aquí mañana á las doce y te daré por él un duro.

El chico tomó el pañuelo y lo miró con desconfianza.

—¡Es que si Vd. no viene y yo lo vendo, dirán que lo he robado!...

Clara no lo escuchó siquiera.

Un coche se habia detenido á la puerta del ministerio de la Guerra.

El lacayo, despues de recibir una órden, entró en el hermoso jardin que rodea el edificio, y el caballero que lo ocupaba se asomó al vidrio, mirando con curiosidad el grupo de la dama y el chicuelo.

Tan extraño encontró el ver entregar á ésta su pañuelo y las quejas de aquel, que lo hizo llamar.

El muchacho se aproximó al coche.

—¡*La Correspondencia* con las noticias de Cuba!...—gritó tendiendo el periódico al caballero.

—Oye—le dijo éste,—¿quieres ganarte una peseta?

—¡Ya lo creo! ¡No he de querer!... ¿En qué?

—Diciéndome por qué esa señora te daba su pañuelo.

—¡Toma! ¡Ya está! Porque no tenía dos cuartos para pagarme *La Correspondencia*, y como yo gritaba, dijo que mañana me daría un duro por este pañuelo.

—Tómalo ahora y dámelo á mí.

—Con mil amores... ¿y la peseta?—preguntó en seguida.

—Es justo: aquí está.

—Aún me debe Vd. cuatro cuartos.

—¿De qué?—preguntó entre impaciente y risueño el caballero.

—De las dos *Correspondencias*.... ¿pues no las he de cobrar?

—Dá cuatro cuartos á ese tunante,—gritó el que ocupaba el carruaje al lacayo que llegaba.

—El señor general no está abí—dijo éste cumpliendo la órden.

—Bueno—dijo Manuel, pues él era, saltando al suelo;—idos á casa, yo me iré á pié.

El coche partió.

Manuel contempló el pañuelo, que era de batista ricamente bordado y orlado de encaje.

En un pico tenía una preciosa estrella de cinco puntas, y en cada una de ellas una letra: uniéndolas formaban el nombre de *Clara*.

—Será posible!..—exclamó:—¿será ella?
Se dirigió á la dama que leía.

Pero en aquel momento Clara se volvía y comenzaba á bajar con rápido paso por la calle de Alcalá.

Manuel la siguió.

Iba Clara tan de prisa, que apenas podía alcanzarla el marino, y en su marcha sólo pudo ver un pequeño pié calzado con una botita de raso grana, con pequeños botones de oro.

—Vá calzada de la misma manera que lo estaba en el teatro—pensó Manuel,—pero, ¿qué hacia ahí, y á dónde vá?... Lo veremos.

Clara, sin saber que era seguida, llegó á la Puerta del Sol y entró en un coche.

—Ah!... parece que vamos léjos...—murmuró Manuel:—pues bien...

Tomó otro coche y dió orden al cochero de seguir al que de partir acababa, á una prudente distancia.

Los coches, el uno en pos del otro, comenzaron á rodar.

Manuel no comprendía lo que aquello significaba.

Clara, que desde luego le habia sido simpática, se le hacia interesante, misteriosa.

(4)

Manuel experimentaba un sentimiento completamente nuevo, que no se podía explicar: no era amistad, ni amor, ni simpatía, sino una especie de aturdimiento, una confusión de ideas que determinaba un estado excepcional. Manuel había vivido alejado de la sociedad y en contacto con la naturaleza; joven y vehemente, no había podido gastar las facultades de su alma en impresiones más ó menos durables, y sus sentimientos tenían esa vitalidad misteriosa del primer efluvio del corazón que, como el perfume primero del capullo que se abre á la luz del alba, encanta con su virginal frescura.

Creía, sin embargo, como la mayoría de nuestros jóvenes, haberlo sentido todo, estar cansado de la vida... pero ese cansancio, esa especie de vejez artificial que nuestra juventud se crea, desaparece á la primera emoción que los hiere.

Clara le parecía hermosa, sumamente hermosa; la había encontrado además extraordinaria, distinta á las demás mujeres, y esto por sí sólo es una atracción.

Clara tenía para Manuel todos los encantos.

Le parecía impresionable, al par que sé-

ria, vehemente, altiva, y dotada de extraordinaria energía.

La creía además apasionada, soñadora, y un tanto dominada por el sentimiento, ó más bien por la aspiracion de algo ideal, de algo que no existe, que imprime una voluptuosidad tan pura á la mirada y una expresion tan apasionada á la suspirante sonrisa. Manuel, en la mezcla extraña de impresiones que sentia, creía comprender que tenia celos.

Le parecia imposible que Clara no amase y no fuese amada; creía haber visto en sus ojos ese *quid divinum* que se alimenta en el amor, y sentia una voraz impaciencia por descorrer el velo de aquel misterio, por saber dia por dia y hora por hora la historia de aquella mujer.

Tranquilízate, lector; no vamos á darte una prueba de lo que es el amor instantáneo: no queremos, en nuestros libros, pecar contra la verosimilitud, pero ten entendido, y admítelo á guisa de consejo, que en la novela de la vida, ni más ni ménos que en las que para solaz suyo y entretenimiento ageno forman los novelistas, el amor verdad, el amor pasion, el amor de raza pura, ó nace á primera vista en el flui-

do simpático de la primera mirada, ó no nace jamás: no hay término medio.

En cambio el cariño razonado y sério, el que arraiga en el corazón de una manera fija y segura, el que puede llenar sin los arrebatos de la pasión la vida toda, suele nacer lentamente y poco á poco nutriéndose de esa confianza dulce y grata que se adquiere sin pretenderlo, y como una consecuencia de la costumbre que llega á formar una necesidad.

Hay un peligro (¿en dónde no lo habrá?) en las impresiones rápidas, y es que suelen desaparecer con la misma facilidad con que llegaron.

Manuel, pues, volviendo á nuestra historia, seguía á Clara sin saber por qué, y á cada instante el misterio se agrandaba, se oscurecía á sus ojos.

—¿Por qué te detienes?—preguntó al cochero saliendo de repente de su meditación.

—Se detuvo el otro, señor...

Manuel miró y vió á Clara saltar rápida del coche y entrar en una casa de pobre aspecto de la calle de San Francisco.

Momentos despues, un hombre del pueblo salió, pagó al cochero, y entró de nuevo en la casa.

El coche que habia llevado á Clara dió la vuelta y partió.

—¿Nos vamos?—preguntó el cochero á Mannel.

—No—contestó éste:—vé á esperarme al final de la calle; yo me quedo aquí.

El coche se alejó, y Manuel comenzó á pasearse.

Hacia frio, y su entusiasmo estuvo á punto de resentirse del estado de la atmósfera, pues ¡ay! contra nuestra vanidad, que pretende hacer de nuestro deseo un diosillo autocrático y exigente, la voluntad más firme y el más sentimental anhelo, no resisten ni á un sol de cuarenta grados, ni á un frio bajo cero, ni ¡lo que es más triste! el plan más atrevido, la aventura más interesante á un poco de calentura, ó simplemente á una molestia cualquiera.

Lo cual prueba, mi paciente lector, que si hay en nosotros una chispa, un soplo, un átomo de la Divinidad, la miserable envoltura que la cubre es de tal modo grosera y material, que no hay medio de elevarla al nivel del espíritu á que sirve de cárcel, y que por fuerza han de estar ambos en guerra continuamente. Volvamos á Manuel, y dejemos para otra vez estas viejas y olvidadas verdades.

La curiosidad, que bien puede colocarse entre las pasiones, pues toma á veces ese carácter, venció en él al cansancio y le detuvo en aquel sitio.

Pensó que Clara podia salir sin que él la viera, y para evitarlo ocultóse en el dintel de una puerta que daba frente á la casa en que entró Clara, y esperó.

Pasó algun tiempo.

Se abrió con lentitud un balcon de un tercer piso, y se asomó á él un hombre, que á Manuel le pareció el mismo que despidió el coche. Volvió el balcon á cerrarse, y poco despues aquel hombre salió á la calle, siguió á lo largo de ella y desapareció.

Manuel comprendió vagamente que aquel hombre servia á Clara y esperó.

Poco despues se oyó el ruido de un coche, paró ante la misma casa, y el hombre que ántes vimos salió de él y entró en ella de nuevo.

Manuel no respiraba: miró el número del carruaje y lo apuntó á oscuras en su cartera.

Una mujer que él no conocia salió y abrió la portezuela: otra, envuelta en un ancho manto, llegó despues hablando con aquel hombre.

—No, no hay necesidad—decía;—no quiero que me vean volver á casa; además, nadie me espera, sería una equivocacion...

—No lo creo—contestó él;—á pocos pasos de aquí hay un coche vacío que está tomado, sin embargo.

—Será otro asunto—dijo la mujer:—¿quién habia de conocer á la niña así y á estas horas?

—¡Hasta mañana!—dijo Clara desde el coche:—¡buenas noches!

El coche partió: las dos personas que la habian acompañado se quedaron en la puerta hasta verla desaparecer, y Manuel, deseando no ser visto, tuvo que permanecer inmóvil.

Cuando llegó á tomar su coche y le dió la orden de buscar el de Clara, era tarde, porque éste habia desaparecido.

CAPITULO VI.

Manuel acababa de levantarse de muy mal humor.

No comprendía, no se explicaba el por qué de lo que había visto, y el misterio es irritante para una naturaleza voluntariosa.

Comenzaba á impresionarse y luchaba contra esta impresión, sin conciencia de lo que hacía.

Necesitaba saber algo de Clara que le diese la solución del enigma.

¡Quién sabe cuántas cosas pensó de la pobre mujer en aquellas horas sin sueño!...

¡Es verdad que á nadie se le ha ocurrido legalizar la libertad del pensamiento!

¡Y esa libertad es tan ilimitada, dentro de sus dominios, se entiende!...

Afortunadamente las alas del pensamiento suelen inutilizarse en la atmósfera de lo real.

Manuel creyó á Clara ya una aventurera, ya una excéntrica, ya... ¿lo diremos?... una conspiradora.

Es muy original lo que sucede al juzgar á las mujeres; se apela siempre á la malicia, al capricho; jamás á la razon.

Como resultado del lamentable descuido en la educacion, se crea la falta de respeto mútuo que autoriza la ligereza del juicio.

El hombre se empeña en ver siempre á la mujer bajo el punto de vista de una tutela imposible.

Las costumbres han creado en torno de ellas un cúmulo tal de dificultades, de contrariedades, de imposibilidades diremos más bien, que casi consiguen sofocarla.

De ahí tanta nulidad en el sexo, pues la asfixia, como comprenderán nuestros lectores, es moral; son las facultades las que se atrofian.

Y la cuestion no puede ser más peregrina.

Les marcan deberes y no les señalan derechos; les dan preceptos y se olvidan de darles proteccion.

Porque, ¿dónde está la proteccion á la mujer?

¿Se la dan sus padres, que creen haberlo hecho todo con buscarles un marido?

¿Se la da éste, que limita su apoyo á compartir con ella su hacienda ó el fruto

de su trabajo? ¿Se la da la ley?

Veamos cómo: el padre, si consigue legarla una fortuna, y esto sucede en la minoría de los casos, no le da con ella los medios ni de conservarla ni de aumentarla, porque en la limitada educación de una mujer no entra por nada el enseñarla á saber lo que vale el dinero, lo que cuesta la vida real, la vida práctica; es inútil, según se piensa, que la mujer sepa nada... ahí está su padre, su marido... Si el primero muere, si el segundo no llega, ó muere también, entónces... Ese caso no se ha pensado, que se arregle como pueda.

Y cuando sucede así, ¿tiene la seguridad de ser protegida, de encontrarse dueña de su porvenir?

¡Ay no! Ved aquí un caso de igualdad legal que se juzgará por la posteridad con asombro.

Si un hombre muere sin designar herederos de sus bienes, su esposa, la que todas las leyes divinas y humanas unen á él hasta la muerte, la que comparte su vida, no tiene derecho á heredarle, es ménos que un pariente lejano y desconocido; si esa misma mujer mata á su marido, es juzgada como *parricida*, es decir, que para el castigo se

considera el parentesco en el matrimonio como el más íntimo, y para la herencia como perfectamente extraños...

¡Oh igualdad sublime!... ¡Oh caridad! Se nos dirá que la misma ley rige para el hombre... Sí, ¡por esta vez no podemos quejarnos!...

Pero, ¿á dónde vamos?

Queríamos decir que se ofendería ménos á las mujeres si se evitasen suposiciones, si se acostumbrasen á mirar sus actos con imparcial criterio y sin extrañeza de ellos.

Los que sólo tienen el trabajo de vivir, no comprenden las dificultades que pueden ofrecerse á los que han de impulsar por sí mismos esa vida.

Es una manía ridícula dar á toda accion que no se comprende en una mujer una interpretacion ofensiva.

¿Y con qué derecho se hace?

¡Bah!... si de todo *hecho* fuera á buscarse el *derecho*...

De tal modo se han usado, se han manoseado esos benditos derechos en nuestra época que, medio borrados sus lemas, se confunden y suelen equivocarse con lamentable facilidad.

La costumbre establece ese abuso y de

tal manera, que intentando combatirlo, estamos abusando del *derecho* de comunicar á nuestros lectores nuestro pensamiento.

Porque estos preámbulos no suelen ser divertidos.

Perdona, querido lector, tampoco ha de divertirme hoy Manuel, que tiene un humor como si fuera ministro de Hacienda... en España.

Llamó al levantarse para pedir café, y en realidad era el café un pretexto para preguntar al viejo Antonio:

—¿A qué hora vino anoche la señorita Elena?

—Yo no lo sé, señorito, pero debió ser temprano, porque al volver yo *de Madrid* (1), estaba en casa ya.

—¿Y á qué hora volviste tú de Madrid?

—Serian las once.

—Y mi padre estaba aquí?

—El señor general vino á las doce: preguntó por Vd. y le dije que no habia vuelto: preguntó por la señorita Elena y le contesté que Doña Ana se despidió de mí en el comedor para acostarse.

(1) Los que habitan en el barrio de Salamanca, uno de los que forman la parte nueva de la poblacion, l'aman *ir á Madrid* á ir al centro de la capital.

—¿Elena no espera levantada á mi padre?

—Nunca, señor; la señorita se levanta temprano para estudiar.

—Me parece que ha tenido tiempo de eso en el colegio.

—El señor no quiere que olvide lo que sabe... dice que una mujer que no hace nada útil, está siempre cerca de hacer algo malo... porque... en algo nos hemos de ocupar!

—¿Y está ya levantada Elena?

—¿Cómo que si está? ¡Desde las ocho!... y ya está cuidando las flores y los pájaros... y el señor leyendo sus periódicos! ¡Si son las once!...

Manuel, que se vestía en tanto que hablaba, buscaba el medio de saber algo acerca del proyecto de su padre, por Antonio.

—¿Pues sabes que vuestra vida no es muy divertida?

—Nunca he oído decir de nadie ¡vive divertido!... sino, ¡vive feliz!

—Es verdad, pero la felicidad es no aburrirse.

—¿Y quién dice que aquí padezcamos ese mal? La niña Elena es risueña como los ángeles; el señor, bueno como los santos; na-

da nos falta: yo riño alguna vez con Doña Ana que es una excelente señora, y así se pasa la vida.

—¿Y Elena sale mucho con esa señora que ayer la acompañaba?

—No mucho, pero sale algunas veces. La pobre niña es preciso que vea el mundo, y como no tiene madre ni hermanos, ni marido... para no ir sola tiene que ir con una amiga.

—¿No tiene otras?

—¡Yo no lo sé!... Pero como es tan joven... no conocerá muchas... pienso yo... y además esa señora es amiga del señor general.

—¿Sí? Me alegro. Toma, haz que me traigan tabaco.

Antonió salió, y Manuel, como el día anterior, se dirigió al comedor, ofreciéndose el mismo cuadro á sus ojos.

Manuel estuvo ménos sério con Elena: necesitaba, sin duda, facilitar una conversacion amistosa en que supiese lo que deseaba.

El general lo contemplaba con agradable sorpresa.

Manuel se dignó mirar las flores y los pájaros, y hasta preguntó á Elena si no habia

tocado el piano aquella mañana.

—No—contestó Elena;—he temido molestar á usted si dormía.

—¡Oh, no! Yo estoy acostumbrado al ruido del viento y de las olas, y el de la música no me despierta.

Elena hizo un gestecillo al oír llamar *ruido* á la armonía del piano, pero nada dijo.

—Usted gustará mucho de la música, ¿no es así?—preguntó Manuel.

—Sí.

—¿Y cómo es que anoche no oyó Vd. el último acto de *Sonámbula*?

—Clara se puso mala.

—¡Ah!... ¿Sí?

—Es decir, la dolía la cabeza un poco y nos retiramos.

—¿Dónde vive?

—Calle de la Reina, número...

—¿Piensas visitarla?—preguntó el general.

—Sí: me ofreció anoche su casa.

—Me alegro: yo mismo te hubiera presentado á ella: el trato con mujeres discretas no sólo ilustra el entendimiento, sino que suaviza el carácter.

—¿Clara tiene talento?

—Y muy notable: es una mujer distinguidísima.

—¿Tú sabes su historia?

—¡Bah!... ¡Qué ocurrencia!... ¡Averigua, si te es fácil, la historia de las flores! ¡A una mujer sólo pueden hacérsele tres preguntas, sin incurrir en necedad!

—¿Cuáles son, padre mio?

—Estas: ¿Eres bella? ¿Eres buena? ¿Eres discreta?... Lo demás... ¿qué importa á dónde vá ni de dónde viene!

—Yo preguntaria además...

—Tú harias muy mal en preguntar: te exponias á que no te contestasen.

—¡Oh!... ¡A mí se me contesta siempre!

—¡Error!... Además, ¡a cuestion es que te se conteste la verdad!

—Si no es así, yo la adivino...

—Pues empieza por adivinar y no preguntes, que es mal sistema si quieres saber.

—Tienes razon, padre: no preguntaré.

Elena levantó suavemente sus blancos párpados para mirar á Manuel: ¿qué era lo que deseaba saber que no lo preguntaria? Esto era un misterio para la niña.

Aquella mirada cándida, serena, límpida, fija en Manuel con asombro, no fué

vista por éste; pero sí por su padre que sonrió gozoso.

—¿Qué piensas tú, Elena—dijo el general,—que debe preguntarse á las mujeres ó no?

—Yo no sé...—murmuró confusa,—pero si saben lo que se les pregunta ¿por qué no lo han de decir?

—Y bien... modifico el consejo... pregunta cuando se trate de ángeles.

—Los ángeles nada pueden decirme—dijo algo bruscamente Manuel, levantándose de la mesa...—y á propósito de preguntas: anoche me dijo esa señora que habia crisis... que tú entrarás en el Ministerio... ¿es verdad?

—Puede que sí.

—Pero...

—Hé aquí que no sé más.

—Voy á salir... acaso coma con mis amigos.

—Por esta vez nada te digo... pero no quiero que comas sin mí: soy avaro de estos dias que han de ser tan breves á tu lado.

—Será la última vez... adios, padre... á los piés de usted, Elena.

—¡Ah!... mira que ese tratamiento entre vosotros no está bien.

(5)

—No sé, yo...

—Háblala de tú, hijo mio, y tú Elena: hablaos como hermanos, pues en mi corazón lo sois.

Los hermosos ojos de Elena brillaron con reflejos de lágrimas.

Manuel hizo un movimiento de indiferencia.

—Como quieras, padre—murmuró—y si esta señorita lo permite...

—¡Oh, sí!

—Pues adios, Elena...

—Adios.

Manuel salió y Elena pensó con tristeza en que es muy largo á veces el día.

¡Tantas horas todavía hasta la mañana siguiente!

¿Qué haría en ellas?

¡Es tan difícil ocupar el tiempo cuando el espíritu no está dispuesto á secundar ese movimiento!

—¿No vas á salir, hija mia?—preguntó el general.

—Tengo que estudiar...

—¡Bah!... Da un paseito á pié por los jardines con Doña Ana, despues vé á ver si tu amiga está mejor...

—Así lo haré, muchas gracias.

—Hasta luégo, Elena, tengo que hacer y voy á salir.

—Iré á casa de Clara—murmuró Elena, —ella me quiere, y á su lado siempre me encuentro bien.

CAPITULO VII.

Manuel sentia un vivo deseo de volver á ver á la hermosa americana, y utilizaba el pañuelo como un pretexto para disculpar su prisa en presentarse á ella.

Interés ó curiosidad, sentia tal impaciencia, que muy poco avezado en el análisis de los sentimientos, se creia dominado por una impresion seria.

El misterio que rodeaba á Clara le atraia.

El viajero mira con desden el arroyuelo cuyo nacimiento y fin abarca de una mirada, y busca con afan, áun á riesgo de los mayores peligros, el torrente de origen desconocido.

El hombre es siempre un viajero á traves de la vida; es preciso disculpar su anhelo al fijar una huella siquiera de su paso en ese gastado camino por donde la humanidad se empuja con afan egoista... y de ahí el que busque lo nuevo, lo extraordinario, algo que sacie á un tiempo su vanidad y su corazon.

Por eso allí donde se adivina un misterio nace una atracción, acaso una simpatía, si el enigma toma la forma de una mujer hermosa y discreta como Clara.

Por eso Manuel pensaba en ella, sin darse cuenta del sentimiento que le inspiraba.

A las tres se hacia anunciar á la linda viuda.

Clara lo recibió sonriente y tranquila; en vano Manuel buscó, con interrogadora mirada, las huellas del insomnio ó de la inquietud.

Los negros ojos de Clara tenían una mirada tan serena como la de un niño que acabase de despertar; en sus labios jugaba una sonrisa tan dulce como la de una vírgen dormida.

Vestia un lindo traje de *cachemir* rosa, orlado de pluma gris, y sus cabellos negros y suaves se agrupaban en su cabeza en vaporosos bucles.

Manuel contempló por algunos instantes aquella hermosa mujer, tan exenta de inquietudes, á juzgar por su límpida mirada y su frente serena, y casi llegó á dudar que fuese la misma á quien habia seguido en la noche anterior.

Pero el pañuelo estaba allí, y en el pa-

ñuelo el nombre de *Clara*: era imposible la duda.

—Perdone Vd., señora—dijo Manuel vacilando,—si me he apresurado á utilizar su ofrecimiento; además del honor de ponerme á sus piés tenia un deber que cumplir.

—No adivino,—contestó Clara.

—Quería devolverle este pañuelo que dejó Vd., sin duda, olvidado en el teatro.

Clara instantáneamente le reconoció; pero ni la más pequeña alteracion de su rostro demostró lo que sentia.

Alargó perezosamente su bonita mano y tomó el pañuelo.

Le miró con indiferencia, y haciendo un gracioso gesto lo devolvió á Manuel diciéndole:

—Este pañuelo no es mio.

—¡Que nó!—exclamó Manuel con asombro.—¡Pues cómo!...

Clara se echó á reir y tiró del cordon de una campanilla.

—No lo conozco al ménos—dijo.

Una doncella apareció.

—El pañuelo de encaje que yo llevé anoche al teatro, y que está en mi tocador, hágame Vd. el favor de traerlo—le dijo, y

añadió ántes de que aquella hubiese tenido tiempo de salir:—verá Vd. cómo aquel perfume es admirable.

Manuel estaba absorto.

En verdad que Clara, lo mismo que de traje pudo cambiar de pañuelo, y él, habiendo dicho ya que le halló en el teatro, no podia insistir sobre su propiedad; pero si era suyo, ¿cómo no se habria alterado al suponerle informado de su salida nocturna, cómo no admitió el pretexto que le ofrecia?

La doncella de Clara llegó en aquel momento con el pañuelo que se le habia pedido.

Esta le tomó, significándola con un ademán que podia retirarse, y lo presentó á Manuel.

Manuel, que no volvía en sí de su extrañeza, tomó el pañuelo y aspiró distraído su perfume.

—¡Ah!...—exclamó Manuel.—¡El mismo perfume!...

—Sí—dijo Clara—¡qué casualidad!...

—¡Dos casualidades! El nombre, el perfume...

—Supongo, amigo mio—preguntó Clara,—que no creerá Vd. que renuncie yo por capricho á ese lindo pañuelo... pero no

puedo aceptarlo no siendo mio.

—Yo puedo ofrecérselo, pues en realidad me pertenece...

—¡Cómo!...

—Yo no tuve la suerte de hallarlo por mí mismo; lo ví en manos de un chico, y creyéndolo suyo lo compré para devolvérselo.

—Gracias, pero es igual... puede parecer su dueña legítima.

—Tiene su nombre...

—Supongo que no seré la única en Madrid que lleve este descolorido nombre,— contestó riendo Clara.

—Y esta estrella, ¿no revela su origen americano?

Clara miró fijamente á Manuel: su mirada profunda y serena turbó á éste, que bajó los ojos.

—Cualquiera diría—murmuró friamente Clara—que duda usted de lo que acabo de decirle.

—No dudo, señora; pero tantas coincidencias me han confundido...

Clara hizo un gracioso movimiento de indiferencia, y apoyando indolentemente su cabeza en la butaca que ocupaba, comenzó á jugar con una sortija que llevaba puesta, preguntando á Manuel:

—¿Y Elena?

Este comprendió que el incidente del pañuelo había terminado, y se lo guardó con un suspiro.

—Está bien... en casa quedaba...

Era imposible prolongar la visita. Manuel lo comprendió así y se puso de pié.

En aquel momento anunciaban á la señorita Elena Giron.

—¡Querida niña!... ¡Cuánto me alegro!
—murmuró Clara saliendo á recibirla.

—¡Clara!... ¡Manuel!...—exclamó Elena con algo de extrañeza al verle en el salon de su amiga.

—Me retiraba ya, Elena; si algo deseas...

Elena se puso encendida al oirse llamar de *tú* por Manuel, y Clara tambien lo observó con cuidado.

—Nada—murmuró Elena,—me quedaré con Clara un rato... ¿Vas á salir? Doña Ana queda en el coche.

—Sí, como siempre... tu aya puede retirarse.

—Yo se lo avisaré, si quieres...—dijo Manuel.—Adios, señora... hasta luégo, Elena...

Manuel salió y Elena le siguió con la mirada.

Clara quedó pensativa.

—Si tienes algo que hacer y me permites que entretanto estudie en el piano...— dijo Elena.

—Sí, querida mía; dime, ¿hablaste anoche con Manuel de mí?

—¡Oh, no! Ignoro á qué hora volvería á casa. ¿Por qué?

—¡Oh, por curiosidad! Deseaba saber qué piensa de mí.

—Nada me ha dicho—contestó Elena quitándose los guantes y dirigiéndose al piano:—¿me permites?

—Sí, con gran placer... en tanto que tú estudias voy á escribir un poco.

Clara pasó á su gabinete, abrió un *secretter* y sacó un paquete de cartas que puso sobre un velador al alcance de su mano.

Eran de Nicolás Solís, el cabecilla americano, cuya captura habia anunciado el telégrafo. Leamos con Clara las más interesantes, para que el lector vaya conociéndole por la descripción de sus sentimientos.

CAPITULO VIII.

Carta primera.

«Clara: permítame Vd. que la llame así; es mi corazón el que habla, y no hay para el corazón reglas ni fórmulas; además, me sería imposible, completamente imposible saludar á Vd. como á una persona desconocida, cuando al hallarla á mi paso, ó más bien al recordar su nombre y su imagen, mi vida se interrumpe bruscamente y todo cambia para mí. ¿Por qué? ¡No lo sé: no me lo pregunte Vd. tampoco!... Voy á ser muy franco con Vd., Clara; voy á hablarla como pudiera hablarme á mí mismo: siento algo que es completamente nuevo, que no puedo explicarme ni con el análisis ni con el sentimiento. Al conocerla á Vd. empiezo á conocerme á mí mismo; es una rasgadura en la sombra, un relámpago en la niebla, una luz en lo infinito.

No es amistad, no es amor, no es sim-

patía... yo he sentido estas impresiones y no las reconozco en las que Vd. me inspira; es una especie de deslumbramiento, es casi una revelacion.

Yo no soy un niño, Clara; yo no puedo desvanecerme ya con las embriagueces del corazon ni con las ilusiones del deseo.

Veo ante mí la realidad palpable, fria, semejante á un relieve que mi mano puede tocar.

Tengo treinta y cinco años; todo lo he visto, todo lo he sentido, todo lo he despreciado! Le he dicho á Vd. que voy á ser muy franco... es la verdad; perdóneme Vd. si mi franqueza la ofende; quiero que me vea tal cual soy; quiero que conozca en mí al sér real, no al sér ficticio que pasa entre la sociedad como otros tantos farsantes.

Si Vd. no me comprende, si se asusta de mí, si me abandona... ¡tanto peor!... ¡Un sueño ménos!...

Y bien, Clara; Vd. es una mujer superior, y mi temor es pueril: hablemos de alma á alma, de corazon á corazon.

Me ha sorprendido Vd.: despues de conocerla, yo no me comprendo.

El amargo desprecio que yo he sentido hácia todo se dulcifica, se desvanece: em-

piezo á creer que hay algo de verdad en la vida.

Por el oscuro horizonte de un pensamiento sin fé, se inicia esa vaga luz que precede á la esperanza.

La eterna nebulosa de mi espíritu, la nada ó el todo de ese gran misterio que se llama Dios, se esclarece tambien bajo esta luz vivificadora que no sé de dónde llega, pero que me envuelve en suaves reflejos.

Le juro á Vd. por mi honor, única inutilidad de cuantas respeta el hombre que no me parece inútil, puesto que implica la propia elevacion, la glorificacion propia, le juro á Vd., decia, que no es esto una declaracion de amor, es más bien una revelacion de vida.

En verdad que esta afirmacion sólo debe referirse á mi voluntad, pero no á mis sentimientos, porque yo no sé comprenderlos.

Yo no he amado nunca, propiamente dicho; yo no me he detenido jamás ni ante los séres ni ante las ideas; he pasado por la vida como pasa el huracan por las flores y las olas... he agitado, he removido los sentimientos y nada más: tengo, pues, el alma ardiente, jóven, sedienta, pero triste; vacía, sin fé, sin deseos, sin esperanza.

Tengo el corazón cansado pero no gastado.

Mi pensamiento, que se perdía en un porvenir sin objeto, se reanima, se vigoriza al contacto del suyo; ¿será esto un sueño? ¿Será la influencia misteriosa del espíritu sobre el espíritu?

Hay en el recuerdo que de Vd. conservo algo tan delicado, tan perfumado, tan dulce como una emanación de su alma que dilata la mía, la envuelve, la glorifica: creo que si la felicidad tomase forma para mí, copiaría esa hermosa cabeza melancólica, seria, dulce y triste; esos grandes y bellos ojos que parecen reflejar lo infinito; esa sonrisa leve, tan leve que no se vé sobre sus labios, sino que se adivina en su pensamiento.

Esto es un sueño que mata.

Es una insoportable dilatación de la vida; es llevar algo infinito en el alma; es sentir duplicado mi ser, con una exuberancia de sentimiento imposible. Es absorber algo extraño y asimilarlo á mí... Es delirar, Clara, ¡pero es vivir!...

Desde que la he visto á Vd. un solo instante, como una aparición ante mis ojos, tengo ideas muy extrañas.

En otras épocas, nuestros abuelos creían

en la conjuncion de lumires, ó lo que es lo mismo, en que los que habian nacido bajo un mismo signo, se sentian fatalmente atraidos el uno hácia el otro; yo no sé lo que creo, no sé si sueño ó delíro, pero pienso que dos criaturas de distinto sexo pueden ser animadas de un mismo espíritu, que forme un solo sér sensible en dos cuerpos humanos, los cuales sufran en la vida, con variantes que no son esenciales, los mismos accidentes, las mismas luchas, iguales placeres, como si presidiese sus destinos una comun fatalidad.

¡Ya lo oyes Clara, idéntico destino!...

¡Perdóname! Yo no hablo de *tú* á la noble dama, á la mujer hermosa, á la rica propietaria; hablo de *tú* á mi hermana en el dolor, en la desgracia y en la soledad del alma; no soy yo quien rompo el respeto de un tratamiento admitido entre séres extraños; es mi espíritu que habla al tuyo como se hablaría á sí mismo.

Los dos sufrimos igual dolor; los dos luchamos con la misma agonía; los dos vencemos al aceptar la vida idéntica desesperacion. Oye, clara; tú hallaste en tu camino un hombre digno, leal, generoso; atraído por el encanto que emana de tí, te

amó y te hizo su esposa; ese hombre que era tu apoyo, tu porvenir, tu fe y tu vida, ha muerto, cobardemente asesinado, no por un enemigo particular, que él no debía tenerlos, sino víctima de luchas políticas, á las cuales era extraño, mártir más bien de la fatalidad.

Yo, Clara, tenia tambien un sér adorado sobre la tierra, ó más bien un ídolo glorioso en mi corazon. Una hija que por extraño azar llevaba tu nombre.... Tenia doce años, era inteligente, pura, sencilla, bella y me adoraba... Un dia... ¡oh!... mis lágrimas caen sobre el papel como sangre de mi alma... La herida está abierta siempre, siempre igual. Las del cuerpo cicatrizan; la carne crece, destruye el vacío... las del espíritu no cicatrizan: él es inmutable; ¡la huella que en él se graba, en él queda eterna!

Un dia yo volvía á la hacienda en que estaba mi Clara... reía la luz en los lagos y mecía el viento las hojas con dulce é igual murmullo.

No sé por qué, sobre el cansancio de mi vida, sobre el hastío de mis pensamientos, brillaba una esperanza... Nada más léjos de mi ánimo que presentir una desgracia.

Era la hora del crepúsculo, tan hermosa, tan brillante, tan poética, por lo mismo que es tan breve en América.

El horizonte parecía disolverse en luz, y los últimos reflejos se filtraban, como á través de un encaje, por entre las ramas de un bosque.

Yo aspiraba con delicia esta belleza, y sin darme cuenta de ello avivé el paso de mi caballo.

Temía prisa de ver á mi Clara, de aspirar con ella el encanto de la naturaleza.

Al llegar al ingenio sentí una impresión penosa: nadie salió á recibirme, ni siquiera el perro, compañero inseparable de mi hija en sus paseos.

Agitado é inquieto llegué, llamé... nada. Con la muerte en el alma, mudo de espanto, seguí adelante y tropecé con algo que al pronto no pude conocer, pero que al herirle mi pié dió un gemido lastimero.

Era el negro Andrés, ensangrentado y moribundo.

—¡Andrés!... ¿Qué es esto?... grité: ¿dónde está mi hija?

—Año mo, muchos... hombres... blancos... robar... matar la niña...

No oí más... salté sobre el cuerpo de Andrés... busqué...

(6)

Los últimos reflejos de la luz, aquella belleza del cielo que casi me había inspirado una oración, alumbraban un horrible drama de la tierra.

Mi hija, mi Clara, mi amor, mi Dios, yacía en el suelo, horriblemente profanada, blanca, yerta, con una ancha herida en el pecho...

Su blanco traje, vaporoso como una nube, se manchaba de sangre, así como sus negras trenzas que empapaban y absorbían la que llenaba el suelo.

No sé lo que pasó por mí...

Aquel cuadro de horror está siempre ante mi vista; el frío de su cuerpo se filtra constantemente en mis venas.

No puedo, no puedo continuar...

.....
Pasado el primer paroxismo del dolor, busqué al negro para saber detalles... ¡había muerto!

¡La negra Luisa, encargada de cuidar á mi hija, había desaparecido!...

¿Cómo rasgar el velo de aquel misterio?

¿Dónde hallar al asesino?

¿Cómo vengarme en él?...

Le juro á Vd., Clara, que así como un enamorado se deleita en el recuerdo de su

amor, yo forjaba quimera sobre quimera, que casi me parecían ilusiones pensando en la más cruel de las venganzas para el asesino de mi hija, si llegaba á encontrarle.

El dinero de mis bienes, realizados para ir á Europa con mi Clara huyendo de la guerra, me habia sido robado; no me quedaba nada, pues hasta aquella casa de horrible y sagrada memoria habia sido enajenada.

Las investigaciones de la justicia fueron tan inútiles como tardias y difíciles.

Cuando el estado de un país es anormal, las leyes son letra muerta. Nada pude saber.

El perro *Cid* y Luisa, quizá fueron á morir léjos de aquel sitio...

Hice embalsamar el cuerpo de mi Clara; lo coloqué en una caja de cristales guardada en otra de preciosas maderas, y me dispuse á llevar conmigo mi tesoro.

Habia agotado en él mis últimos recursos, y empezó mi vida de aventurero, mi vida desesperada, pero fuerte, porque ella tiene un objeto: vengarme.

Estoy encadenado á la vida por esta esperanza; si ella me faltase, caería, como cae el árbol cuya raiz se ha podrido.

Pero, ¿de quién he de vengarme?...

—Muchos hombres blancos—dijo el pobre Andrés...—Pero ¿eran so dados, voluntarios, separatistas ó bandidos?

¡Es horrible, Clara!...

Muchas veces, al hallar ante mí un hombre que me inspiraba consideracion, he temido se ocultase en él el asesino... Otras, ante un infame, he creído que debia vengarme de aquel crimen...

¡Creo que estoy loco!...

¡No, yo no luché por Cuba ni por España, yo busco ansioso un hombre... y es preciso que lo halle!... Por eso vago en los bosques y voy de frente á la muerte... yo no soy un insurrecto, soy un desesperado que no pudiendo matar al que le hirió de muerte en el corazon y el cerebro, mata á otros infames, para evitar que otros padres puedan sufrir su agonía.

Ya lo ves, Clara, somos hermanos.

El noble anciano que te servia de padre, y que era al mismo tiempo el mejor de los esposos para tí, murió asesinado; ¡como mi hija!...

Quedaste como yo sola en el mundo; pero tú eres buena, eres pura, tienes fé... ¡Aceptaste el dolor y le devoraste, sin de-

volvérsele convertido en hiel á la humanidad!.

Después... después tuviste espanto de estos horrores, y quisiste alejarte de ellos...

Entonces te encontré yo...

Te encontré cuando te alejabas, y sin embargo no te he olvidado... ¡Tú fuiste dulce y buena para el pobre loco, y él te escribe sin saber por qué, pero poniendo toda su esperanza, su alma toda en esta carta!...

Clara, perdon... acaso no debiera enviarla, pero no puedo renunciar á este único sueño de luz que acaricia mi vida.

Perdon, señora, no es mi voluntad la que dicta estas palabras; es que mi espíritu ha caído en una fascinación... es que sufro y gozo intensamente... es que vivo de una manera nueva. Si la ofendo no me conteste, mi espíritu seguirá amando al suyo, acariciándola en secreto.

Si no la ofendo, entonces deje caer con sus palabras de consuelo una gota de agua pura sobre estos pobres labios sedientos, que sólo para su recuerdo saben formular una bendición.

Nicolás.»

Carta segunda

«Gracias, Clara; no me engañaba.

Es Vd. la mujer superior que habia creido adivinar, y al revelármese aparece infinitamente más grande, más bella y más sublime de lo que yo ambicionaba.

¡Qué carta la suya!...

La he leído absorbiendo el sentimiento de que está impregnada para saturar mi alma de ese oxígeno divino, y vivir en su vida.

He respirado al leerla, como no respiraba desde que *mi otra Clara* me envolvía en su aliento.

¡Su espíritu me acaricia en tí!...

Yo no sé, Clara, expresar mis sentimientos; yo tengo la torpeza del novicio, porque en efecto lo soy, y en vano quiere mi corazón enviar á mis labios el eco de sus conmociones; no saben darles forma.

Usted me ha sido *espiritualmente* simpática, con una de esas simpatías que parecen ser un reflejo de algo divino por lo in-materiales, y que establecen una grande, una invencible atracción.

Yo no busco en Vd. la brillante dama

que la sociedad admira; yo busco su alma, su sér moral, el reflejo de aquel espíritu adorado que se unia al mio, como se unen en lo indeciso de un crepúsculo la sombra y la luz.

Yo creo que puede haber dos espíritus tan semejantes, tan identificados, que se fundan en uno solo; esto podrá ser que no lleve á ninguna consecuencia que pueda relacionarse con el amor, tal como el amor se entiende; pero sí con la fraternidad misteriosa de las almas.

Yo he despreciado todas esas miserias que se ocultan bajo la apariencia de las grandezas sociales; mi conciencia ha protestado siempre contra esas farsas, en cuyo fondo está el egoismo, el interés ó el vicio, y he mirado con el orgullo del sér libre, á los que arrastran ignominiosamente por el fango la cadena de sus ambiciones y torpezas...

Esto quiere decir, Clara, que he sido una especie de salvaje, independiente á mi modo, que por nada ni por nadie me he humillado jamás.

Pues bien, yo comprendo que ante Vd. suplicaria sin violencia; yo estoy completamente á su voluntad, no humilde ni sumiso,

sino satisfecho y necesitado de estarlo, como el que cumple su destino.

Yo tengo la seguridad de que nos relaciona algo extraordinario.

Yo siento la atraccion y me someto; es una inmensidad que domina otra inmensidad.

Dice Vd. que el perdon es la más hermosa prerogativa del sér humano; que el daño que produzca la venganza no ha de borrar el daño recibido.

Yo he perdonado en el fondo de mi corazon, no con la caridad evangélica de Vd., sino con el convencimiento que tengo de que la voluntad humana no puede sobreponerse al instinto del mal, que en muchos casos es el verdadero impulso de las acciones del hombre; he perdonado, decia, á mis enemigos, es decir, los he olvidado, despreciando el mal que me han hecho, pero al asesino de mi hija... ¡Jamás!... No hablemos de esto.

Sólo al pensarlo, mi mano tiembla y mi cerebro vacila, viendo sombras confusas á mi alrededor, como si ese *palacio del pensamiento*, que diria un filósofo, se llenase con los negros vapores de aquella inocente sangre, tan cruelmente vertida. Pero me extravió.

Mil veces perdon, Clara mia, por este delirio.

He dicho *mia*, y ni lo borro ni lo siento.

El sér es algo más que un conjunto de músculos y sangre.

El sér es el alma, y tu alma me pertenece.

No porque tú me la concedas, no por tu voluntad, sino porque ella es el complemento de la mia, porque yo creo que hay un espíritu único para dos séres, y que si llegan á encontrarse, su union, su refundicion en uno es inevitable.

¡Qué voluptuosidad tan pura la voluptuosidad del alma, Clara!... ¡Qué misterio tan divino! El cuerpo y el alma son el sér completo y perfecto; el alma no puede sentir en la vida sin dilatar su sensacion al cuerpo: esta sensacion mútua no es la impureza, es el destino del sér. Dios no ha podido querer que sea impuro lo que lleva en sí, lo que pone en actividad el gérmen de la vida: el amor del alma es la atraccion á lo infinito; la esperanza de lo eterno.

En nuestro sér, tú eres la parte más bella, más delicada, más potente, más sensible del alma que nos anima.

Tú eres la cabeza, la luz, el pensamien-

to, el cielo, la inmensidad.....

¡Yo... qué sé yo lo que soy!...

Sombra, vacío, dudas, anhelos imposibles, sueños delirantes, aspiraciones infinitas.

Por eso te adoro, porque eres la fresca brisa celeste que me vivifica: la suave luz que me ilumina, la ráfaga de vida que llega á sostener mi corazón, casi exánime en su lucha.

¡Clara, Clara mía! ¡Arcángel de mi alma! Déjame soñar la dicha para reanimar el sentimiento que se extinguía en mi sér bajo el peso del cansancio y del hastío.

¡Qué importa que el sueño se desvanezca!... ¡También el Sol pasa, pero ántes lleva con su calor la vida al seno de la tierra!

¡Sueño!... ¿Será sueño y no más que sueño?

Esta imagen que yo veo constantemente como fantasma asido á mi pensamiento, ¿será la sombra de un sueño?...

¡Oh! ¡Y qué hermosa es!

Sueño ó realidad, ¡qué importa!...

¿Quién ha sido tan osado que marque el límite que separa ambas cosas?

¿Qué razón es bastante fuerte para distinguir el uno de la otra? Si la vida es una

realidad entre dos vaguedades, el pasado y el porvenir, ¿quién fija la movible aguja que marca esa realidad? ¡Oh! ¡Pero cómo sufro!...

El dolor y el placer en su grandeza tienen una misma forma, é idénticas manifestaciones. Me duele el corazón como si encerrase en él un vacío horrible.

No sé cómo se llama el sentimiento que me inspiras; es para mí cruel y delicioso á un tiempo.

Siento un inefable encanto y un temor pueril.

Esto es una revelación inesperada.

La luz se ha hecho sobre las sombras, y el abismo ha brillado.

¡Oh! ¡Si no hubiese en su fondo tantas lágrimas!...

¡Cual surgiria de él radiante y pura la felicidad!...

Adios, Clara mia, hasta luégo.

Nicolás.»

Carta tercera.

«Empiezo á creer, Clara, que el misterio de la simpatía es el más atractivo, el más profundo, el más inefable de todos. Es una

mágica que transfigura, embellece é idealiza cuanto toca: es, además, incondicional: no le dominamos, él nos domina: es una ley de las relaciones del espíritu con el espíritu, que establece una corriente de atracción mútua.

Perdon, Clara, soy mil veces niño, á pesar de mis años; soy, además, infinitamente impresionable, y me embriago con suma facilidad de sentimiento.

Yo te veo constantemente transfigurada en una aparición gloriosa; mi alma entabla con la tuya diálogos eternos; mi pensamiento, insaciable de tu espíritu busca en él luz y vida, y como yo acaricio esta idealidad, mil veces bendita; como yo envuelvo en mi alma esta sombra de felicidad que tu recuerdo me trae, hé aquí que hago cesar nuestra ausencia, y sino en la vida material, en la vida del sentimiento está conmigo siempre, eternamente conmigo, tu sér en mi sér, tu alma en mi alma.

Clara, ¿es amor lo que siento?...

¿Será ese nombre, tan gastado en los labios de la humanidad, tan profanado en vulgares sensaciones, el que explique esta realidad sublime que se oculta entre la vaguedad del sueño?

¡No lo sé!

Sin embargo, me espanta lo que por tí siento.

No puedo creer que sea un sueño de mi fantasía, porque la dulce realidad de tu sér es indudable, y veo reflejarse en tí un sentimiento semejante; pero esta revelacion inesperada se ha hecho tan rápidamente, que mis ojos, acostumbrados á la sombra, apénas pueden resistir la luz. ¡Oh, alma mia!... ¿Pero es verdad?... ¿No deliro?

¿Tú no rechazas este culto, esta adoracion que brota en mi sér espontánea para tí?

Tú, alma adorada mia, única verdad, única luz, única esperanza de mi vida, ¿no rechazas mi apasionada ternura?...

No es amor, no, lo que yo siento por tí; es más, mucho más; yo no sé qué nombre tiene esta pasion, esta absorcion de mi sér por tu sér; no hay palabras que lo expresen.

Y aún he de sentir más: al recibir un golpe violento, las facultades sensitivas se paralizan, y es necesario que se rehagan para sentir tal cual es el dolor; esta es una felicidad dolorosa por lo intensa.

Oye, Clara: yo quiero persuadirme de

que sueño, de que huyendo de mis tenaces penas, mi pensamiento se refugia en una ilusion del cielo, pero no puedo, hay algo supremo, algo muy íntimo que contesta mis dudas y las desvanece; algo que ilumina la verdad entre la sombra de mis desvaríos; algo que me dice constantemente: «Es ella; es tu alma, tu alma entera que alienta en un cuerpo de mujer; es el complemento de tu sér, eres tú mismo, tu corazón y tu sangre, tu vida, la virtud humana de tu sér humano, con tu solo y único espíritu.»

Y esta es la revelacion de Dios; la Trinidad existe en todo; nosotros, alma adorada mia, somos los dos términos de una trinidad humana; el tercero es hoy glorioso é inmortal, porque se forma en nuestro sentimiento; pero si un dia esa esencia vaga se afianza en la esencia de la vida, si nuestro sér se completa, dilatándose en otro sér, será la obra perfecta de la familia humana, formada, no al acaso, como suele verse, sino en cumplimiento de la voluntad divina.

¡Pero esto es imposible!...

¿Tú mi esposa?...

Tiemblo al pensarlo, Clara mia, y sin embargo no lo espero.

Esta felicidad suprema y terrible me mataria. Pero ¿qué importaba?

El haberte sentido, el haberte hallado, vale mil vidas.

El no verte me inspira un gran dolor, una rabia ciega; yo iria sin vacilar á buscarte, pero no puedo; me ligan aquí lazos de honor, es decir, sagrados, porque yo despedazaria mi corazon ántes que mi palabra.

¡Si tú volvieses á Cuba!...

Pero esto es imposible tambien.

Hay que esperar.

Entre tanto déjame acariciar tu recuerdo, y no rechaces á mi espíritu que te busca; envuelve en él tu pensamiento como en un velo sagrado; deja que se desposen nuestras almas y guarda tú la mia para enaltecerla, que acaso en mi razon no hay cabida para contener, sin estallar, tu sér y el mio.

¿Será posible que se conozcan sobre la tierra las dos partes componentes de un sér y se unan para formar el todo perfecto?

¿Lo dudas tú?...

Pero no todo ha de ser *sangre del alma y sueños*, Clara mia: hablemos de algo tangible, algo que se relacione inmediatamente

te con las asperezas de la vida.

Yo, que la creo tan exhausta de goces y de dichas; yo, que la arrastro llevando un muerto en mi pensamiento y un muerto en mi corazón; es decir, el recuerdo de mi hija y la duda de mí mismo, la deseo hoy por tí y la acepto con encanto; porque la vida, cuando tiene un objeto, cuando la llena un deseo es dulce y querida, como el anhelo que la impulsa.

Pues bien, Clara; para no buscar hoy la muerte desesperado, como ántes de conocerte, es inútil, diré más, es imposible que yo continúe en este lugar, no ya de peligro, que esto no me haría retroceder, sino de indignidad.

Lo que yo creía un grito noble y patriótico del oprimido contra el opresor, se cambia en un rugido feroz de venganzas y crímenes, de miserias y especulaciones.

La palabra *independencia*, tan simpática como la de *libertad*, alma de toda lucha, está borrada, oscurecida por manchas de sangre y sombras de horrores, que matan para siempre esta causa, como han matado tantas otras, porque el hombre, incapaz de limitar sus desvaríos con el poder de su razón, es casi siempre el mayor enemigo de sus propios deseos.

Es, pues, preciso, completamente preciso, que yo deje de prestar el concurso de mi sangre y de mi inteligencia á los que desgarran con sus locuras mi patria; pero es imposible tambien que yo les abandone en el momento más difícil, pues creerian cobardía lo que es deber. Sólo me detiene una idea: ¿estará entre *los otros* el asesino de mi hija?

¡Oh, si lo encuentro un dia!...

Yo pienso con fruicion en cual de todos los castigos seria el más cruel para emplearlo...

Perdon, Clara; te estoy hablando á tí, que eres un ángel, de ideas del infierno.

Hasta muy pronto. Tuyo,

Nicolás.»

Carta cuarta.

«¡Oh, Clara! ¡Clara mia! ¡Héme aquí embriagado, conmovido, dominado por una emocion, toda nueva al leer tu carta! Pero yo no quiero que seamos hermanos, no; los hermanos son unos amigos dados por la naturaleza, y yo *quiero*—perdona si uso esta palabra hablándote á tí, á quien obe-

deceria con entusiasmo; pero es la que con más propiedad expresa la energía de mi deseo;—que seas toda mia, la mitad de mi sér, la mitad de mi alma, el complemento del alma única que anima dos séres elegidos de Dios.

Yo te amo—admite mi sentimiento bajo esta frase tan profanada, porque el lenguaje humano carece de otras que lo expresen, pero no la confundas con el amor vulgar;—yo te amo, decia, de una manera tal, que amándote eres para mí una religion, un culto, una forma celestial de la vida; yo te reverencio en lo íntimo de mi conciencia, yo te enaltezco ante mi razon, yo te venero por espontánea voluntad.

Yo te veo como la dulce y suave luz que atrae mi espíritu para asimilarle á su fuego y fundirle en el mismo reflejo; como una poesía perenne moldeada en la elegante materia de tu sér mortal, que trasparenta la riqueza exuberante de tu espíritu.

¡El espíritu!... ¡El gran misterio!...

¡O más bien, el gran Todo!...

¡El Yo universal!

¡La vida, la sensacion, lo inmortal, lo infinito!

¿El espíritu es Dios, porque es vida, ó

emanacion de Dios que se anima con su reflejo?

¡Quién sabe!

Aunque la inteligencia osada guste de asomarse á los grandes abismos de esos misterios, la vista mortal es limitada, y no alcanza á ver en su sombra.

El espíritu es y será siempre un misterio que escapa á todas las ciencias: el sentimiento en sí y por sí un espanto, lo fantástico de lo fantástico; lo sobrenatural que es divino.

Hay una vida del espíritu que tal vez no conocemos, cuyos principales accidentes se nos revelan en la muerte de una persona amada: hay deslumbramientos rápidos, oscilaciones misteriosas, anhelos indescifrables, que acaso sean fenómenos que encierren los principios de una ciencia nueva, de una revelacion negada hasta hoy á la razon del hombre, pero inmanente en la verdad.

Lo único que en nuestras pasiones revela el origen divino que nos alienta es el amor: porque el amor es fé, es vida, es caridad, es pureza: sin él la idea de Dios seria imposible, porque en él y por él se sostiene.

El amor á un sér, cuya alma es una dilatacion de la nuestra, nos predispone á los grandes pensamientos, á los descubrimientos importantes, porque al sentir la *verdad* de aquel amor, creemos en otras muchas verdades rechazadas ántes, y deseamos analizar los fundamentos de aquel deleite espiritual que nos infunde nueva vida, de aquella santidad permitida por Dios.

Para hacer posible este amor, el sér se ha formado de dos personas distintas, en las cuales hay un alma sola, un alma única, un alma perfecta que se atrae mutuamente, y que se completa al unirse; tal es el amor: la atraccion prodigiosa del sér que tiende á cumplir sus altísimos fines y de la cual pende el equilibrio de la vida.

Por eso, al faltar una de esas virtudes, ó más bien al morir el cuerpo que á una de esas virtudes sostiene, porque el alma es eterna, el sér huérfano siente un insoponible aumento de vida, encuentra en su sér otro sér que le devora bajo la forma del dolor, y que aumentando sus sensaciones aumenta del mismo modo su espantosa soledad, y pugnando por comprenderse á sí mismo, acaba por hacer descubrimientos

sublimes, revelaciones misteriosas que deslumbran por su grandeza á la humanidad, la cual las rechaza porque no puede comprenderlas.

¡Perdon, Clara mia!

Son mis dudas, mis eternas luchas, las que yo hago llegar á tí, esperando de tu boca una palabra que desvanezca el misterio. ¡Tú eres una inspirada, tú puedes decirlo! ¡Hay en tu sér algo extraño!...

Tú propendes á lo ideal, á lo sublime, al sueño candente, á la esperanza vaga y misteriosa, y sin embargo tienes un juicio muy claro y exacto, una razon muy fuerte, una voluntad muy enérgica.

Yo me reconozco en esas cualidades. Nosotros tenemos un gran parecido: el del espíritu que refleja en nuestros actos.

Por eso eres tú la sola verdad de mi vida; por eso te amo con mi único amor, con el amor divino que sublima mi sér; por eso te busco espantado del vacío que hay para mí, allí donde no estás tú.

¿Será esto un delirio?

¿Estaré yo loco?

¿Cual es la razon y cual es la locura?

¡Imposible!...

¡Quién fija ese límite misterioso!

¡Oh! pero no es locura, ni sueño, es una realidad, es una bendición, un favor de Dios, un milagro celeste.

Si no es una locura es una inmensidad que nos envuelve en su grandeza y nos aleja de realidades miserables.

¡Y no es locura, no!

Yo siento mi razón firme y segura aceptar esta situación, como la luz el ciego, el agua el sediento y la gloria el condenado.

Y suponiendo que sea error...

¡El haber sentido esta ilusión inefable vale mil vidas!...

¡Clara! ¡Clara mía!...

¡Si no acabo de comprender la realidad!

Tú, tan hermosa, tan buscada, tan halagada, fijando tu corazón y tu pensamiento en el proscrito, pobre, enfermo, desesperado...

¡Ah, bendición mía! ¡Tú eres mi redención!

Ya lo ves, Clara, yo no sé pensar: no se piensa en el éxtasis; tú, que de una manera tan delicada y exacta percibes el sentimiento; tú, que razones con tan elevado juicio, analiza lo que sentimos.

A mí me parece que cuando el amor es infinito, el resultado de la armonía que es-

tablecen aspiraciones y deseos perfectamente iguales, el hombre puede elevarse hasta ser un dios con Dios, es decir, á cumplir la mision divina de su creacion.

Yo veo realizado el prodigio.

La vida cambia de aspecto para mí.

Todo es amable y fácil, todo nuevo... ¿renazco ó despierto? No lo sé: pero la vida empieza con sus bellezas ardientes, sus esperanzas sublimes, sus inefables armonías.

La siento y la aspiro.

¡La vida eres tú!...

Si me amas, ¿no es esta la glorificacion de mi alma?

Mi pensamiento besa dulcemente tus lindas manos, y mi espíritu esos ojos que han de fijarse en estas frases.

Tuyo eternamente,

Nicolás.»

Carta quinta.

«Tú divina carta, Clara mia, es una rasgadura de la sombra que me permite recibir el rayo de luz por tanto tiempo buscado.

Ya no dudo; me has convencido.

Somos dos naturalezas completamente

simpáticas: tú sientes por inspiracion; buscas en tí misma el universo y le encuentras.

Dices que en la naturaleza (es decir, en la materia) no encontramos los orígenes (es decir, el principio), y que tenemos que buscarle en nosotros mismos. Ese *nosotros mismos* es el sentimiento en sí y por sí, ¿no es verdad?

Lo inexplicable, lo misterioso, la actividad viviente y consciente, la conciencia, el espíritu, el alma!...

Despues de leer tu carta ya no dudo; yo sé ya cual es la primera causa, la siento en mí.

Es el espíritu, lo determinante de los modos de ser de la actividad; yo estoy ya perfectamente convencido: yo no tengo que preguntar quién hizo el Universo; yo lo sé pero no lo puedo explicar, ó más bien, yo lo siento pero no puedo formular mi sentimiento en términos de racionio.

He llegado á la certidumbre para mí solo; á una certidumbre del sentimiento, y á esta certidumbre me ha llevado, primero la muerte, despues el amor; ó mejor dicho, un divino amor muerto y un divino amor vivo, dos impresiones desconocidas para mí.

En realidad, pensamos lo mismo, sólo que tú eres más delicada, más soñadora; sin embargo, ves bien y razones mejor.

Yo deduzco una conclusion precisa de tus palabras.

La actividad en el sér viviente es la idealidad.

En el universo, la potencia creadora, la virtualidad, el verbo.

Estamos unidos por una inmutable ley física.

Nuestro espíritu se atrae y se comprende: hemos realizado la obra de Dios.

Hay en tu palabra algo de fuego sacro.

Al decirme tú que me amas me haces inmortal.

¡Si te engañas, si conoces el error y pasas y me dejas... y bien! ¡Allí acabará todo!... ¡Pero no! Tú eres un espíritu sério, tú conoces el valor de la esperanza, tú sabes lo que es la desesperacion.

Al decirme tu primera palabra de fe y de amor, has descornado un velo de mi alma, y le has permitido reflejarse en la tuya, como al arrollar el viento las nubes, el cielo se mira en el mar.

Se me ha revelado el sentimiento rico y espontáneo como el primer latido de la vi-

da, y he visto torrentes de luz, he sentido el *fiat* eterno, he comprendido el origen de la vida, las causas de todo, y esto ha sido porque al desposarse mi alma con la tuya, como tú eres una inspirada, le has mostrado la eternidad.

¡Pero cómo debes reírte de mí, Clara!...

La filosofía es muy buena para la controversia, para lucir la argucia y el sofisma, para perderse en la metafísica y divagar investigando, para lucir el ingenio, aunque se destrozce la lógica, pero no para escribir cartas de amor!

¡Oh! ¡Pero tú no rechazas estas manifestaciones de mi pensamiento! Al hablar ó al escribir á la persona amada, el amor no está en la palabra que lo dice, sino en el espíritu que la dicta: yo no puedo hablarte sólo de la causa, tengo que expresarte los efectos. Necesito que me ayudes á investigar aquella conociendo éstos.

Yo soy un pobre loco que al sentir tu amor he descubierto en mí sér tales misterios, como si él fuese una luz que iluminase un abismo, y casi tengo miedo.

He visto grandes cosas; tan grandes, que inspiradas del que es lo que es, no pueden dejar de ser verdades reveladas, por-

que el Supremo Autor de la verdad no inspira nada falso.

¿Y acaso el amor rechaza á la filosofía?
¿No son dos grandezas? ¿No caben bien la una en la otra?

Desde que te amo yo soy más filósofo que Buda y que Confucio, que Sócrates y Platon; pero tendré que guardar mis observaciones de filosofía íntima para las deliciosas veladas contigo, pues acaso te fatigaría en mis cartas.

Hablemos de otra cosa, mi buena, mi noble, mi dulce Clara.

Hablemos de mí para que tú me veas tal cual soy, y de tí para que tu recuerdo me purifique.

Yo necesito que tu inteligencia estudie los fenómenos que siento y no me explico.

Yo sufro alternativas extrañas de sentimiento, que tan pronto me hacen creerme feliz, como devorado por un malestar frío, por una especie de agonía moral, si me permites la frase, que pesa fuertemente sobre mi alma, llena de tí.

Yo bendigo, á pesar de mis sufrimientos y á causa de mis fruiciones, la hora en que nos hemos aproximado: en mí el sentimiento de tí va haciendo su proceso; su-

blimándose á medida que te me vas revelando, que voy aspirando más el delicioso y puro perfume de tu alma bendita.

Al verte sentí la atraccion de lo bello, tan irresistible como grata: al conocerte, al ver tu alma sin velos arrojada al papel en tus preciosas cartas, he llegado á sentir por tí... no puedo explicarlo, Clara; no lo sé yo mismo, sólo sé, ó mejor dicho siento que te has encarnado en mi sér, que has aumentado mi vida, que la has iluminado, que la has purificado!

No quiero decirte que te adoro, eso no revelaria la verdad de lo que siento; pero, ¡cómo decirlo!... No hay frases en el lenguaje humano... ¿Dónde hallar la palabra nueva que expresa el sentimiento nuevo? Lo que sé es que no sueño; el sentimiento es un hecho: el amor es para mí una revelacion: la duda, la horrible duda de todo va huyendo ante la fe, y sobre las sombras confusas de mis decepciones tu recuerdo esparce la pálida luz de la esperanza.

¡Si ella existe, si su belleza, su bondad, su sentimiento delicado y puro, su fe y su amor son una verdad, ¿por qué no he de creer que la verdad es algo que se nos muestra en la vida como reflejo de Dios?

Hé ahí lo que me digo á cada instante.
¡Y cómo dudar de la verdad ante mi amor!...

Yo te amo, Clara, sobre todo, ántes que á mí mismo; siento tu alma en la mia inundándola de ventura.

Te aseguro que á medida que te voy conociendo, mi amor cambia, convirtiéndose en veneracion el sentimiento que me inspira.

¡Qué importa el porvenir si yo he vivido ya algunos momentos de felicidad!

¿Y tú, Clara?...

¡Oh! ¡Qué profanacion encierra esta pregunta! Mi sentimiento como el tuyo se adivina, no se explica!

¡No sé por qué llevo mi afan hasta quererte explicar lo que siento, cuando estoy seguro de que tú lo comprendes, de que vés más allá que yo... perdóname: yo me entrego á tí; tú me quieres, luz bendita mia; tú no me abandonarás nunca!...

¡Qué dolor y qué placer á un tiempo; qué inmensidad y qué abismo! ¡Qué desesperacion y qué esperanzas! ¡Qué explosiones del sentimiento y qué desfallecimientos!... ¡Qué vida y qué muerte! ¡Qué dicha, arraigando entre mis dolores, y qué luz

desgarrando en girones las sombras de mi cerebro!

¡Cómo me has alejado de todo, diosa mía, esperanza de mi alma, y cómo engrandeces mi espíritu!...

Me has rejuvenecido al hacerme sentir emanaciones que llenan mi vida, que la subliman, que la embellecen.

Tú lo sabes, porque tú eres mi alma.

Adios, mi arcángel...

Tu

Nicolás.»

Carta sexta.

«¡Ah!... ¡Por fin!... ¡Yo me sentía morir!... ¡Creía que jamás volvería á ver ese pequeño pliego de papel que me trae tanta alegría!

No tengas celos, Clara: yo te juro, por nuestra alma, por cuanto yo tenga que perder en el mundo, por cuanto hay de grande y santo, por nuestro amor, que yo no vivo, que yo no soy más que para tí, que te consagro mi vida.

Yo sufro, pero no porque dude de tí, que sería ofenderte, sino porque me falta vida

material para soportar mi dicha.

Tus palabras responden á mis pensamientos, ántes que éstos lleguen á tí; no parece sino que nuestro espíritu habla consigo mismo, venciendo la distancia!...

La humanidad no conoce todavía ni mucho ni poco las relaciones del espíritu.

Dios ha permitido para nosotros una excepcion: si lo observas bien, si lo meditas, y lo habrás meditado puesto que lo medito yo, nuestra situacion es divina; una sola alma con dos actividades vivientes, para poderse unir de una manera completa; porque para mí el ser se forma de espíritu y materia: la humanidad ha tenido la intuicion de esto que nos sucede y que nos hace dos elegidos de Dios. Parece que nos dictamos las cartas; al leer una de cualquiera de nosotros, se hace inútil leer la respuesta.

Yo tengo mi sér lleno de tí, y me siento alentado por algo sobrenatural. Yo creo ya en Dios, porque Dios nos favorece. Puede ser que se hayan dado situaciones semejantes; pero serán muy pocos los que hayan tenido conciencia de ellas.

Yo no sé cómo se llama el sér dichoso que los dos formamos; eso lo sabe solo Dios.

Soy feliz, y me hace sufrir de una manera insoportable lo inmenso de esta dicha.

Dime, luz mia; ¿tú has pensado en lo que sucederá cuando nos veamos? ¡Oh!... ¡Para no morir vamos á necesitar el amparo de Dios!...

¡Oh! ¡No nos faltará! La obra de Dios es siempre más completa que la obra de los hombres. El nos sostendrá en el vértigo de la dicha, como sostiene á la pobre ave-cilla que vuela sobre el torrente, al buscar confiada su nido en los escarpes de la roca!

¡Con qué alegría veo los detalles que completan la igualdad de nuestro sér!

En filosofía pensamos de la misma manera; porque tú, como yo, emites la filosofía de tu alma; tú crees, como yo, por sentimiento; en amor, como yo también, te habias engañado, y hay una eternidad entre lo que creimos amor y lo que sentimos.

Adios Clara; tengo que marchar hoy mismo á una arriesgada expedición, que será breve; si no vuelvo, te enviarán esta carta tal como está, y ántes que ella llegará á tí mi espíritu, ansioso de vivir en tu vida; si vuelvo, y tal creo puesto que me proteje tu memoria, la continuaré.

Tuyo,

Nicolás.»

Continuacion de la anterior.

«Héme aquí, Clara mia, en salvo por tu bendita influencia, que es el ala del ángel que me preserva del mal. ¡Quién lo diría!

Yo, tan desalentado hace poco, tan ansioso de morir, tan sediento de horrores que me hiciesen olvidar otro horror, me apego hoy á la vida y espero en ella algo dulce y consolador, que me compense de mis amarguras.

Es una trasformacion completa, Clara mia, de alma y de cuerpo, de creencias y de afectos.

Yo, que he dudado de todo al dudar de mí mismo; yo, que me he reido de la humanidad por sus abdicaciones miserables, sus adoraciones absurdas y sus ambiciones inútiles; yo, que he compadecido profundamente á los que sacrifican sus afectos en aras de un deber que no comprenden, me siento hoy confuso y sorprendido ante la fe que invade mi pensamiento y la esperanza que llena mi soledad.

Y es que el milagro se ha realizado; el ciego ha visto y el incrédulo ha tocado con

su mano la realidad; la duda es imposible.

No sólo *creo*, sino que en mi sér se difunde, como el perfume de una esencia que se vierte, algo de místico, de augusto, de grande y santo en la fe, que me hace sentir dulzuras inefables.

Somos dos elegidos de Dios... ¡Alabémosle y glorifiquémosle! Nuestro amor es su amor.

Somos hijos predilectos del espíritu de Dios; en nuestro amor hay santidad; somos el sér que siente la atracción de Dios. Guardemos este misterio inexplicable; Dios no quiere que se revelen sus prodigios.

Ni yo estoy loco ni tú estas loca, y sin embargo, no podemos comprender lo extraordinario de nuestro sentimiento.

Nuestra union está realizada de una manera inmortal.

¡Quién sabe si la suprema voluntad que rige la vida se promete de esta union uno de esos hechos que cambian el modo de ser moral y social de la humanidad!

¡Qué sabemos nosotros, pobres piezas desordenadas de la gran máquina que agitan las generaciones al pasar, si la más pequeña, si la más inútil al parecer, es la que ha de regular sus ventajas y precisar

su movimiento para la perfeccion absoluta!...

¿Quién sabe?

Hay algo de eterno y sagrado en el lazo que nos une; los dos venimos de una primera raza del espíritu; somos hermanos de todos los grandes genios; vamos delante de nuestra época; vemos en lo oscuro del porvenir...

¿Qué vemos?... ¡Ah!... la palabra que lo define, no está aún hecha; el nombre determinante del suceso no se ha formado; pero el nombre importa poco, el suceso lo sentimos, lo comprendemos, el nombre vendrá...

Te aseguro, Clara, que creo ver en el fondo de todo algo desconocido que encierra una verdad latente que irá demostrándose lentamente á la humanidad, y en el fondo de nuestro purísimo amor la verdad se hace palpable á mi espíritu, á mi espíritu que es luz, luz que viene de Dios, y ante la cual el error se desvanece.

Al llamarte mi eternidad, he profetizado: si dudas, porque tus ojos no hayan vencido aún el deslumbramiento, lo verás despues.

Tú eres vida de mi vida, alma de mi al-

ma; yo soy tú y tú eres yo; los dos somos hermanos de los elegidos de Dios.

Nos hemos unido y no podemos separarnos; tú eres para mí la más hermosa, como yo para tí el más perfecto, y somos el uno para el otro lo que la fuente pura y cristalina del oasis para el árabe sediento.

Alabemos, pues, y glorifiquemos al Señor, que ántes de la muerte nos ha glorificado como á Elías. Gocemos nuestra gloria íntima en el misterio: mira la luz frente á frente y no dudes: somos un ángel: mi voz es para tí en estos momentos la voz de un profeta; lo que te afirmo es la verdad.

Tengo fe, pero no sé esperar... no creas que es impaciencia, es que me devora un fuego sacro, el fuego de la vida, el doble fuego de la vida en el espíritu y de la vida en la carne: el fuego de lo que es eterno, de lo que es infinito.

Y si la sensualidad de la carne es inefable en el amor, la sensualidad del espíritu es infinitamente más inefable, porque es continua y perdurable y creciente.

El sér no es ni contingente ni finito: hé aquí el gran principio, el único en filosofía: lo que es ha sido y es, será.

Yo estoy gozando ya mi gloria, no puedo

ser más feliz: te atraigo, mi espíritu absorbe el tuyo, se refunde en tí, se dilata en tu vida... es el paraíso ideal que envuelve al sér, al Adán y la Eva de la nueva creación, arrojados hoy por la mano de Dios, no en el desierto de las bellezas primitivas, sino en el erial agostado por la humanidad.

El amor se alimenta del amor y adora á Dios; esto es místico; pero no hay amor sin misticismo, porque no hay amor sin Dios ni hay amor sin santidad: lo dijo Teresa de Jesús, otra hermana nuestra: *El infierno es un lugar donde no se ama.*

Cuando te hablo solemnemente en nombre de Dios, del amor y de la eternidad, es que solemnemente me desposo contigo, beso tu frente pura y me consagro á tí; para mí serás de hoy más mi esposa, y despues esperemos tranquilos la eternidad y descendamos á la tierra.

Esta es mi acta de desposorios, que sello, ante Dios que me vé, con mi alma.

Ahora, Clara, adoremos al Señor, y pidámosle de rodillas nos bendiga y nos proteja.

Nicolás.»

Carta sétima.

«Cada día pienso, al escribirte, hablarte de algo ageno á nosotros, pero que sin embargo, nos interesa bajo el punto de vista de nuestra vida material, base si no principio de la vida de nuestro espíritu, y siempre mi corazón se interpone, y te hablo de *nosotros*, y olvido cuanto puede interesarnos, pensando sólo en lo que sentimos.

No creas por esto, Clara mía, que yo sea un idealista, ni un loco, ni un soñador, no. La vida real me es conocida; nada de ella se me oculta, y estoy familiarizado con sus desengaños y sus miserias; pero por lo mismo tengo ánsia de olvidarla, de sumergir mi espíritu en otra atmósfera más pura, de vivir solo contigo, de llorar sobre tu seno todas las hirvientes lágrimas que el egoísmo y el crimen han ido arrojando sobre mi corazón.

Hé aquí por qué huyendo de la verdad me refugio en el sueño, y te busco, y te veo, y te hablo sin palabras, como si mi alma estuviese en tí.

No puedo yo decirte, cómo en medio del éstaxis que tu recuerdo me produce, te me apareces rápidamente, blanca, nítida, con una blancura ideal, con los cabellos negros sombreando tu semblante, los ojos brillantes como si se condensase en ellos una vida sobrenatural, la divina boca agitándose en una sonrisa leve como una esperanza.

Esta vision pasa, se infiltra en mi sentimiento, es como una trasfusión fantástica, espiritual de tu bendito sér en el mio; es algo que es y que no puede expresarse por qué es, algo que dilata mi alma de una manera tal, que si sobreviniera la explosion, es decir, la realidad en pleno sueño, me moriria.

Te aseguro que experimento, desde que te amo, una multitud de fenómenos desconocidos; en el espacio maravilloso del sentimiento, tú eres, de hecho, mi esposa; ¿será que los espíritus de los que se aman se buscan y se anegan en delicias, independientemente de la voluntad del sér que animan?

Esto es completamente puro; ¡es amor fluido ó fluido amor!...

Mi alma sonrie satisfecha, feliz, orgullosa, engrandecida, cuando una palabra tuya

llega á ella, y la vivifica y la fortalece... Yo te veo... yo absorbo esa vida que fluye de tus ojos, de tu semblante, de todo tu sér... esa vida irresistible que establece la armonía del espíritu y de la carne...

Entre nosotros no hay distancia; yo te veo, yo te siento, es una fruicion inapreciable, es un milagro del amor.

Yo me siento llevar á espacios misteriosos, donde gozo una vida ardiente, inefable... la vida que se nutre en el espíritu de Dios.

Si esto no es un sueño es una realidad divina.

¿Quién eres? ¿Estás tú segura de ser una mujer? ¿No recuerdas haber sido arcángel?...

Yo siento algo místico en tu amor, algo santo, ya te lo he dicho: te venero y te adoro; son delicias celestiales las que tu memoria me produce.

¿Será el respeto que inspira una mujer superior, que sabe hacer de cuanto la rodea el pedestal de su soberanía?

¿Qué es el espíritu, Clara?

¿Lo sabes tú?

Yo creo que los espíritus superiores tienen en sí algo del espíritu verbo, del espí-

ritu virtualidad, del espíritu Dios; producen fenómenos desconocidos, se atraen, se conocen y son vivientes fuera de la carne, de la cual se valen como de un mero agente hasta encontrarse, y al encontrarse se unen: yo no tengo duda de ello. Podré estar alucinado, pero la sensación es una verdad, y esta sensación mía destruye preocupaciones viejas de mi razón, creando para mí los fundamentos de una nueva fé, al iniciarme en los principios de una ciencia nueva; ciencia que explica muchos misterios, que organiza la sociedad de una manera distinta, que da á la vida una forma enteramente ideal, enteramente pura.

¿Has pensado alguna vez, Clara, en la invencible propension que tiene á prestar una adoracion incondicional la razón humana?

¿Es una predestinacion?...

¿Es su destino?

¿Es que nuestra pequeñez se revela en ese afan de humillar nuestro tan decantado albedrío, ante un ídolo que tanto puede ser la mujer amada como el hombre admirado?

¿Obedecía la humanidad á ese instinto cuando creaba dioses para someterse á ellos sin conciencia del verdadero Dios?

¿Han nacido así las religiones?

¿Era la intuición de que existe algo superior á lo que conocemos, ó la necesidad de que exista, lo que ha inspirado á los hombres de todas las épocas esa sumisión espontánea que les ha hecho caer de rodillas ante absurdas creaciones que ellos mismos adornaban con los atributos de la divinidad?

No lo sé; pero comprendo que la influencia del amor ha preparado el corazón humano para ese homenaje respetuoso que constituye un culto, y que el primer hombre enamorado debió ser, inconscientemente, el primer hombre religioso.

El amor es una religión.

El éxtasis de los sentidos se ilumina con el éxtasis del espíritu.

El alma se infiltra en la envoltura carnal de la forma humana, y el sér amado resplandece.

Es una luz interior que sólo es para el amor visible.

La carne vibra con la explosión del espíritu, éste absorbe las voluptuosidades de la materia.

El sér completo, el sér perfecto, queda hecho bajo la presión del amor.

Las leyes, las relaciones misteriosas del espíritu y la materia se establecen.

Yo tengo ideas muy extrañas respecto á ese mundo fantástico que el hombre siente dentro de sí, el cual se ilumina á veces con el reflejo eléctrico de sus pasiones.

Pero mi razon, que las conoce, no puede darles forma.

Nuestro lenguaje sólo describe lo conocido: es el molde del *hecho*, y yo necesitaba crear nuevas frases para expresar lo que siento.

Hasta luégo, Clara mia: voy á esperar el correo que debe traerme tu adorada carta.

—

¡Acabo de leer tu carta, altiva, fria, casi indiferente!... No sé lo que he sentido, pero parece que un envenenamiento descompone toda mi sangre... ¿Por qué?... ¡No lo sé!... Yo me pregunto su causa y no la acierto, pero la angustia me ahoga, siento la muerte en el corazon y el hielo en el cerebro. ¡Tengo miedo!... Me parece que hay algo de deslumbramiento en el afecto que te inspiro, y que la reaccion se hace en tí espontáneamente...

¡Ah!... Perdóname... ¡No desconfío, pero temo!

El sentimiento que has infiltrado en mi alma es más que amor; no sé decirte lo que es, no tiene nombre, pero determina en mí una necesidad de todo tu sér mio y todo mi sér tuyo, y la soledad sería la asfixia, la muerte.

No sé lo que me sucede, pero mi amor por tí me inspira extrañas supersticiones.

Creo que voy á morir y veo palpable y clara la eternidad.

Serán celos acaso, y por soberbia yo no comprendia lo que siento. ¡Oh! ¿Y sabes tú lo que serian mis celos?

¿Lo sabes? Celos salvajes, de tigre furioso, de leon hambriento, á quien intentasen arrebatár su codiciada presa!

Celos que despedazan y muerden y ahogan...

¡Oh, Dios mio!... Perdon, Clara; no estoy loco, sino desesperado; tú eres para mí la inmensidad. Para mí no tienes tú figura, ó mejor dicho, tu figura no tiene forma.

Es una belleza impalpable, incorpórea, que se infiltra, digámoslo así, en cuanto me rodea, como una luz que vá dentro de mí, como un prisma que se extiende ante mis ojos; yo veo desde que te amo iluminarse y embellecerse cuanto existe, como

si adquiriese la creacion entera una vida nueva.

Hé aquí por qué al ver en tu carta algo de cansancio, de indiferencia, todo cambia alrededor mio, porque dudo, porque temo...

¿Me engañaré en mi esperanza?

¡Oh, la duda sola es un tormento insupportable! Hay momentos en que mi sentimiento delirante irrita no sé qué pasiones dormidas en mi alma, y creo que te aborrezco: has sublevado en mí un alma que yo no me conocia; un alma soberana y terrible; un alma infinita; un alma que necesita absorber la tuya. ¡Oh! ¡No estoy loco! ¡Es que yo no sabia que se pudiera sentir de tal modo! ¡Es que el vértigo divino inunda mis sentidos... es que quiero morir si es mentira la felicidad!... ¡Clara, Clara!...

Busca una frase, un pensamiento, una manifestacion de esas que no dejan lugar á la duda, y envíala á mi alma para calmar sus dolores, para que flote sobre ese oleaje de dudas y angustias la esperanza, y como el arca santa de una redencion futura, guarde en su seno sagrado el gérmen de una vida nueva para mí.

Si yo pudiera mostrarte mi alma, te deslumbraria tu propia imágen, que brilla en

ella con la inmortal belleza del amor! Pero no la ves, no llega á tí su reflejo sino pálido y frío por la distancia, ¡y dudas y me matas!...

¡Ah! ¡Pero yo tengo el derecho de que me creas!... Hablo á la esposa de mi alma, y hablo con la voz de la verdad.

¿Acaso te he ofendido?

Estas frases, que yo trazo tal como brotan de mi pensamiento, desordenadas y ardientes, ¿han podido herirte como un atrevimiento?

¡Oh, no!

Tú lo sabes bien, Clara; el sér que se estima, que se reconoce digno y grande, jamás se falta á sí mismo, y tú eres yo; tu alma es mi alma; yo no puedo ofenderte sin ofenderme.

Nuestro amor es un idilio purísimo: es santo como la verdad; inmutable como lo eterno.

Tú eres lo único que yo tengo en la vida y en la muerte: tú eres mi infinito.

Momentos hay en que te adoro como á Dios, de una manera inmaterial y purísima, y otros en que te mordería el corazón, te despedazaría entre mis manos!...

No creas que son celos, no; yo bien sé

que soy tu destino, que no puedes olvidarme; pero si no es la duda de tí, es la duda de todo; de la vida, de la gloria.

Me has conocido en una hora terrible... acaso en la más difícil de mi existencia; pero yo doy gracias á Dios porque me ha hecho sentir la felicidad de los elegidos.

Contrariado siempre en mis afectos, desgraciado en mi único amor, en el amor de mi hija, he contraído una especie de heroísmo de resignacion, que constituye como una gran fuerza íntima, como una virtud nueva, que yo utilizo cual una filosofía especial.

Pues bien; toda mi fuerza de resignacion, toda mi costumbre de sufrir, no podrian hacerme conformar con tu pérdida.

Te necesito, ya lo sabes: no puedes negarme tu alma.

¡Oh! tengo miedo, vuelvo á decirte!

¡Hay en tí dos tendencias, dos atracciones, dos séres distintos!...

¡El uno que siente, el otro que piensa!...

El primero entusiasta, inmaterial, vehementemente y grandioso, vuela con las alas de luz de tu rica imaginacion, y esmalta de brillantes colores tus pensamientos y tus esperanzas. El segundo marcha lentamente

te, mide, sondea, analiza, y frío y claro como una luz sin reflejos, juzga y aprecia cuanto va conociendo.

¿Cuál vence, cuál domina?

Tiemblo al pensarlo, porque si tu razón te aleja de mí no respondo de la mía.

¡Sé que me amas hoy, pero no basta; necesito el amor que no acaba, el amor eterno!

Oye, Clara: yo soy más que un héroe ó que un poeta: yo soy más que un hombre que arroja sobre el papel una imaginación brillante y un alma de fuego: yo soy algo más que el que ruge ó llora cuando se inspira: yo soy más, pero lo soy para mí mismo: yo no produzco lo que siento; se niega la forma, no encuentro la palabra creadora, y como el pintor que se hallase en un desierto, privado de pinceles y colores, las creaciones de mi fantasía, ó más bien, las creaciones de mi alma, flotan en el espacio sin lienzo en que grabarse; son mi admiración, pero pasan desconocidas para todos.

Pues bien, si se pierden para los demás, que vivan al menos para tí: quiero que me veas tal cual soy, ya que tú eres para mí la humanidad entera.

Yo soy más, mucho más que un hombre: yo soy algo que se parece á un arcángel caído: yo abarco en mi pensamiento la inmensidad; yo veo, yo comprendo la vida desde su primer latido inconsciente hasta el último estremecimiento de horror con que abandona el espíritu su pobre envoltura mortal.

Yo veo algo nuevo en mí, algo que no han visto las generaciones que han pasado, como olas de un mar eterno que se rompen en lo infinito.

Es algo inmenso, pero confuso.

Yo no tengo ni vida, ni fuerzas, ni medios para explicarlo, pero las grandes verdades de la moral y la ciencia han debido presentarse así.

Yo llevo conmigo ocultos en mi pensamiento como un germen que el calor de los siglos ha de fecundizar, misterios sublimes; hay momentos en que la luz brilla sobre ellos, pero esto es instantáneo, rápido, como si las olas se abriesen y nos dejaran ver los tesoros que oculta el mar en su seno para cerrarse al punto sobre ellos.

Sin embargo, yo he visto...

El relámpago ilumina el abismo.

Yo he comprendido la verdad bajo esa rápida luz.

Yo sé á dónde va la humanidad.

El camino es largo, árido y sombrío, pero él conduce á la justicia, al bien...

El *hombre* no ha nacido todavía.

Las razas que han pasado sobre la tierra le preparan el camino.

El hombre vendrá, yo lo veo, yo lo espero.

Jesús fué su modelo aquí abajo.

Vendrá sin odio, sin ambicion y sin infamia; vendrá á establecer el reinado de la justicia, de la verdad, del amor.

La vida será una absorcion de inefables delicias, no un infierno de dudas y miserias.

Maldito será entre los hombres y entre los ángeles el que manche el immaculado espíritu de Dios que anime su sér con el crimen y el horror.

La humanidad lo rechazará de su seno con espanto y dejará de formar entre los hombres.

¡Oh, ese día!...

¡El día de la suprema reparacion!

¡El día en que empiece la vida del espíritu, no esclavo sino señor de la brutal materia!...

¡El día en que Dios se reconozca con amor en el hombre!

¡El día de la justicia!...

¡Te estoy haciendo una revelación de mi sér!

Te estoy hablando de una manera suprema, profética, sintiendo toda la pasión de esa vida de ángel ó de demonio que yo arrastro conmigo, entre los pliegues de mi propia vida.

Debe ser el espíritu de un ángel, porque el bien es más fácil á mi naturaleza que el mal.

Y si es de ángel, debe ser el tuyo, porque tú tienes para mí algo de inmortal.

Por eso el amor que me inspiras no es de esta vida: por eso amándote me he ido más allá de la muerte.

¿Y quién eres tú, tú, á quien yo amo con tal amor que hoy podrá parecer una locura, pero que será el amor único, el amor posible de la humanidad purificada de sus errores en el porvenir?

¿Eres tú la mujer ángel de esa sociedad perfecta?

¿Vienes á anunciarla conmigo?

¿Somos los elegidos, los profetas, el prodigio que obedece á la voluntad divina?

Y en ese caso, si cumplimos al unirnos una misión ignorada, ¿podrá resistir nues-

tro corazón este amor desconocido, terrible, insaciable, mortal?

Yo no creo en los milagros materiales, pero comprendo y admito los milagros del espíritu.

Este es un milagro inefable.

Pero hablando mi alma á la tuya, olvida la realidad sombría y dolorosa que me rodea.

No quiero hablarte de peligros, ni inspirarte ansiedad: no temas por mí; me protege tu santa, tu pura influencia.

Adios, Clara mia: te beso el pensamiento y el corazón: no puedo besarte el alma, porque es una sola que nos anima á los dos. Tuyo,

Nicolás.»

Dejaremos sin leer las otras muchas cartas que nada nuevo nos dirán, á no ser completar con sus pequeños detalles la fisonomía moral del hombre que amaba á Clara, y leamos la última, tan breve y misteriosa como triste; decia así:

«¡Clara, Clara mia, adios! No sé si podré escribirte, no sé si podré enviarte una vez más la seguridad de mi amor. Esto es horrible; es preciso salvarlos y salvarme, ó morir...

He olvidado mi venganza ante mi amor; tengo ánsia de huir de estos sitios y volar á tu lado, arrojarme á tus piés, llorar, llorar mucho, y morir...

Hasta muy pronto... ó más bien, hasta luégo, en el cielo ó en la tierra, no lo sé.
Tuyo,

Nicolás.»

Clara leía y releía esta última carta: estaba triste, pero serena: parecía que renunciaba á luchar con el destino.

—Y bien—murmuró leyendo esta carta por centésima vez;—si ha sido hecho prisionero nada hay perdido: huirá ó se pedirá su indulto; él no se ha señalado por ningun crimen! ¡Yo lo salvaré!... ¿Pero le amo yo?—preguntóse á sí misma apoyando la frente en su pequeña mano:—¿le amo yo ó es un sueño suyo que yo comparto? ¿Me ama él como dice?... ¡Quién sabe!... ¡Pero realidad ó delirio es una locura divina!... Su vehemencia me arrastra... es la vida candente de mi espíritu que toma una forma... ¡Y bien! Suceda lo que suceda, es desgraciado y yo no puedo abandonarlo.

Amor ó locura, el afecto que le inspiro lo eleva á mis ojos; su destino va unido al mio por una cadena simpática... ¡Necesito

salvarle y le salvaré!... ¡Oh! ¡Y qué hermoso sería ser amada así!...

Clara quedó pensativa y una sonrisa de esperanza se dibujó en sus labios...

En aquel momento se oyeron unos golpecitos dados á la puerta, y la voz juvenil de Elena que decia:

—¡El coche espera hace rato, mi querida Clara!...

CAPITULO IX.

Al tratarse incidentalmente en esta novela de un episodio de la insurrección cubana, no intentamos ocuparnos de ese triste suceso, ni bajo el punto de vista particular, ni bajo el general y político. No son las páginas de un libro de esta índole campo á propósito para desarrollar idea de tal trascendencia, ni conocemos tan á fondo como sería preciso para juzgar sin error, la historia de la guerra civil sostenida en Cuba en estos últimos años.

Odiamos la revolución que confía á la fuerza la obra de la razón y el derecho, y el odio es aún mayor si son los hijos de una misma patria los que mueren y se arruinan en la lucha, pero amamos como hermanos á todos los que se llaman españoles, y no sería nuestra palabra la que iría á lanzar un anatema de reprobación á los que tan noblemente han depuesto en aras de la patria sus rencores y sus odios.

Hacemos esta advertencia á guisa de paréntesis, para que no se nos crea defensores de unos ni enemigos de otros: jamás lo fuimos, y hoy (1880) ménos, uniéndose como se unen por el suave lazo de la paz, para conseguir el bien de todos por la unidad legal, base de todo progreso, y principio de todo perfeccionamiento social.

Esto dicho, sigamos adelante.

El telégrafo, como tantas veces sucede, se habia engañado: Nicolás Solís no estaba preso.

Motivo hubo para dar la noticia, puesto que el cabecilla cubano habia desaparecido de entre sus compañeros.

Difícil era entónces precisar la causa de la desaparicion de un hombre, jefe ó soldado, en los campos de Cuba.

Y más difícil aún si este hombre era Nicolás Solís.

Su carácter extraño, su vida aventurera, su preocupacion eterna de vengar un horrible dolor, del cual á nadie hablaba, y cuya causa era á todos desconocida, daban á sus acciones un aspecto tan misterioso, tan inesperado é irregular, que nada en él sorprendia.

Una mañana, los hombres que le obede-

cian como jefe se habian hallado sin él.

Esto no era nuevo y esperaron su vuelta, murmurando de una obediencia que ya se les iba haciendo penosa.

Su talento admirable, su valor desesperado, imponian á los que le habian aceptado como jefe; pero su reserva, algun tanto ofensiva, su altivez y soberbia le hacian poco querido de aquella extraña multitud —no nos atrevemos á llamarla fuerza,— que la casualidad habia puesto á sus órdenes, y en la cual se amalgamaban hombres de distintas razas, de sentimientos diversos, de aspiraciones diferentes.

En tanto que Solís sólo pensó en vengar á su hija muerta, nadie tuvo el derecho de quejarse de él. Sombrío y silencioso, pero bravo como un leon, fuerte y sereno, siempre en sus encuentros con las tropas quedaba victorioso, ya por la lucha, ya por la astucia, que le hacia retirarse oportunamente para salvar á los suyos cuando el combate era desigual.

Noble y generoso como todo hombre grande por su genio, aunque el destino lo arroje por senda distinta á la que su corazon elegiria, él fué el protector de toda familia aislada, de todo sér desamparado en-

tre el choque sangriento de ódios y ambiciones: mataba frente á frente, pero jamás autorizó un asesinato.

Sus gentes murmuraban á veces del rigor con que trataba al que cometia un delito, pero no podian dejar de admirar aquel carácter enérgico y leal, y seguian pres-tándole obediencia.

Desde que habia visto un instante á Clara, desde que la habia amado con ese último amor del hombre que condensa en sí todas las aspiraciones de su vida, Nicolás parecia haberse olvidado de sí mismo, de cuanto le rodeaba, para vivir una vida ideal, muy parecida á la locura, puesto que lo alejaba por completo del exterior.

Cuando el corazon se predispone á la ternura por un afecto nuevo, está dispuesto á olvidarlo todo, á renunciar á todo, excepto á sus quimeras; es el egoista sublime que se embriaga en sí mismo, y lentamente vá desprendiéndose de todo lo extraño, que se le hace desconocido.

Por eso una ocupacion constante y seria suele ser un gran preservativo contra las pasiones.

Rara vez un hombre de negocios llega á sentir esas impresiones que esclavizan al

soñador, que se apoderan de su voluntad y de su pensamiento, y que excluyen toda idea de utilidad práctica, de resultados positivos, pues el mismo anhelo que sienten carece de forma regular y posible.

Nicolás, despues de haber visto á Clara, era un sonámbulo que acariciaba una idea; y esta tendencia, que lo alejaba de la realidad de su posicion, le hacia cada vez más difícil el cargo que desempeñaba.

Sus gentes juzgaban mal aquel alejamiento; atribuían á debilidad y cansancio aquella indiferencia, y se murmuraba contra él violenta y frecuentemente.

Pero Nicolás no se apercibia de ello.

Valiente y osado no temia jamás, y no habia de hacerse traicion á sí mismo para evitar ofensivas interpretaciones.

El amor puede inutilizar completa y perfectamente á un héroe, á un artista y á un santo.

El dia en que la diplomacia se perfeccione y llegue á ser la razon en accion del mundo moral; el dia en que la fuerza se relegue al rincon de las inutilidades brutales, y la conviccion racional y científica dispute el triunfo al error sistemático, puede ser que se le ocurra á los sabios hacer uso del amor,

como del arma traidora que ha de entregarles el enemigo vencido.

Figuraos al hombre más grande por su genio, por su valor ó por su poder, *corriendo en pos de un ideal*, como ha dicho un ilustre amigo nuestro; sintiendo todas las agonías de los celos, todos los deslumbramientos de la esperanza, todas las embriagadoras alegrías del triunfo, ó bien devorando la desesperacion sombría del desengaño, y decidme si en esa lucha incesante de su pensamiento, en esa fiebre moral que lo aniquila, pueden elaborarse planes, resolverse problemas, despejarse incógnitas, ni investigar causas y medir efectos.

¡Imposible!

El sabio se convierte en un sér vulgar; el héroe en un hombre cualquiera; la pasión es el nivel que los iguala á todos; el amor hace posible la democracia del espíritu.

Si supiéramos la historia íntima de muchos grandes séres; si despues que hemos visto sus incomprensibles caidas, sus extrañas abdicaciones, pudiéramos juzgar del motivo que las produjo, comprenderíamos que el amor es el mayor enemigo de la libertad del hombre, puesto que él determi-

na la esclavitud voluntaria del juicio, y anula el tan decantado albedrío de la razón.

Perdona, lector, esta digresion que ha de disculpar á tus ojos á nuestro héroe, pues al presentártelo enamorado, te lo presentamos inutilizado para la campaña social, que tan serena calma exige á nuestros sentidos, y víctima de esa locura tranquila que no nos alarma nunca, pero cuyos efectos sentimos.

Algunos dias ántes de aquel en que se recibió la noticia de haber sido preso Nicolás Solís, éste vagaba por un bosque de su patria sin rumbo ni objeto, lleno su pensamiento de quimeras que se escapaban de él para ir á flotar como fantasmas brillantes en el ámplio vacío que le rodeaba, y que iba cortando con el rápido galope de su caballo, que llevaba, como la imaginacion de su dueño, la brida al cuello.

¿A dónde iba?

El mismo no lo sabia.

Salió para ponerse de acuerdo con sus compañeros acerca de una medida importante que pensaban tomar, se olvidó de ello y sin cuidarse del camino que seguia se internó en el bosque.

La tarde caía rápidamente; la sombra se cernía ya sobre las copas de los árboles, cuando un lejano resplandor fugitivo vino á despertar á Nicolás de sus fantásticos sueños.

En un principio no pareció extrañarlo; creía sin duda que aquellas chispas de fuego eran los rasgos de oro con que su deseo escribía sobre la inmensidad de la noche el nombre de su adorada; pero vuelto á la realidad refrenó su caballo y se dirigió al lugar del incendio.

La pequeña villa de T... ardía, víctima indefensa de uno de tantos azares de la guerra.

Las mezquinas casas prestaban vivo pasto á las llamas, y las pocas más consistentes que oponían sus muros de piedra al voraz elemento, se levantaban como negros y mudos fantasmas que lamentasen tanta ruina y desolación.

Rápido como el pensamiento Nicolás se lanzó al pueblo, encontrando á su paso mujeres que huían llorando, arrastrando á sus pequeñuelos.

En vano quiso saber quién había provocado el incendio; las frases entrecortadas por el terror que llegaban á él hablaban

de soldados, de enemigos, de cubanos, de nadie, en fin, y de todos, que son culpa de tales desdichas, no de un hombre, sino de la série de errores y miserias que encienden la lucha.

Nicolás no pensó en detenerse á investigar, sino en ofrecer socorro á los que de él necesitasen.

Ató su caballo á una reja y penetró en una casa de buena apariencia, que el fuego habia respetado aún, y en la cual reinaba un silencio de muerte.

Apénas habia franqueado los umbrales, un eco ahogado, semejante á un gemido, llegó hasta él y le obligó á avanzar sin vacilacion alguna.

En el fondo de un patio habia un grupo formado por tres mujeres, que conmovia hondamente por el horror que expresaban.

Una señora anciana, una niña que ocultaba el rostro en su seno, y una negra cuyas canas le daban un extraño aspecto.

Nicolás abarcó este grupo en una mirada, y un grito de espanto vibró en sus labios.

—¡Luisa!—gritó;—¡Luisa, eres tú!...

La negra lo miró trémula y asustada; dió un paso hácia la anciana y exclamó:

—¡Ah! ¡Dios mio!... ¡Mi amo!... ¡Me va á matar!...

—¡Oh!... Voy á saberlo todo, habla, habla...

—Yo nada sé; yo no tengo la culpa...

—Habla ó te mato.

—¡Por Dios!—suplicaba la negra de rodillas,—sálvenos usted ahora, despues yo se lo diré todo...

—¡Qué me importa á mí tu vida! Quiero saber quién mató á mi hija.

Se oyó el ruido pesado y siniestro, acompañado del chasquido de las llamas de una casa que se hundía; las tres mujeres, yertas poco ántes de terror, se reanimaron y pensaron en huir.

La luz se habia extinguido por completo, y el resplandor confuso del incendio que parecia fluctuar en la atmósfera, hacia aún más densa la oscuridad del patio.

—Dejadnos salir, caballero—murmuró la anciana;—vamos á morir aquí abrazadas.

—Idos en buen hora; pero Luisa me pertenece...

Un gemido pareció contestar á estas palabras. Unos pasos torpes é inseguros y otros ligeros resonaron junto á Nicolás

que parecía delirante; y muscamente renovados por la presencia de Luisa todos sus dolores.

De pronto un vivo reflejo iluminó el patio.

El fuego se habia comunicado á la casa, y un muro de llamas impedía la salida.

Las dos mujeres retrocedieron gritando, y la negra se levantó trémula de espanto del pavimento en que estaba arrojada.

—Por allí,—dijo señalando otra salida.

Se lanzó con viveza, seguida de la anciana y la niña; pero Nicolás las alcanzó, asió con fuerza un brazo que ya desaparecía, y levantando en alto aquel cuerpo, atravesó con él sereno é imponente por entre las llamas; salió á la calle con los cabellos abrasados y las ropas candentes, montó á caballo con la mujer desmayada, y abandonando el pueblo á galope tendido se internó en el bosque de quevo.

Tan rápido fué todo esto, que él mismo no hubiera podido explicarlo.

—Cuando se detuvo y bajó del caballo con la mujer robada, un grito de asombro se escapó de su pecho: en vez de arrebatár á la negra, habia llevado consigo á la niña.

Trémulo, asustado, dudando de su vista

y de su razon, movió bruscamente un brazo de la pobre criatura desvanecida.

El fresco rocío de la noche que empapaba su frente, y el movimiento nervioso que sintió al agitar Solís violentamente su brazo, la hicieron abrir los ojos con asombro.

Al ver á Nicolás hizo un movimiento como si quisiera huir, se incorporó y abrió los labios para dar un grito, pero no pudo.

Hizo un esfuerzo y murmuró:

—¡Madre!...

—¡Maldicion! —gritó Nicolás, —¡no es Luisa!...

La niña que se habia puesto en pié unió las manos con tierno ademan de súplica, y dijo:

—¡Llevadme con mi madre!...

—¿Y quién es tu madre, ni qué me importas tú?

—Mi madre es el ama de Luisa, yo soy Teodosia.... ¿por qué me ha traído usted aquí?...

—¡Qué sé yo! ¡La casualidad ó el destino son crueles para mí!... Dime, niña— dijo de repente, —¿hace mucho que Luisa es de tu madre?

—Luisa es libre, señor, pero nos sirve voluntariamente.

—¿Hace mucho tiempo?

—Mucho: yo no sé cuanto,—dijo sencillamente Teodosia, que en el albor de la vida no sabia contar los dias.

—¿Y no le has oido nunca hablar de sus antiguos amos?...

—¡Oh, no!... Espere Vd... sí, algunas veces suspiraba mirándome, y decia que yo le recordaba á otra niña.

Nicolás miró con ánsia á Teodosia, y buscó para tener más luz un claro del bosque.

La luna brillaba ya en Oriente, y sus rayos como flechas de oro cruzaban por entre las hojas de los árboles.

Su dulce reflejo, al caer sobre la frente casta y pura de la niña, iluminando sus cabellos rubios y su delicada palidez, parecia envolverla en un nimbo de luz etérea, y prestaba á su belleza suave una apariencia celestial.

—¡Clara!...—murmuró Nicolás cayendo de rodillas,—¡Clara mia, eres tú!...

Y como si estuviera sonámbulo, como si la locura invadiera su cerebro, besaba las manos y las ropas de la hermosa niña que le miraba con asombro.

—Yo no soy Clara—dijo tímidamente,—yo soy Teodosia.

—¡Ah, es verdad! tú no eres Clara—dijo Nicolás poniéndose de pié con amargura;—tú no eres mi hija, ¿qué mé importas pues?

—Yo no tengo padre... ni madre...—murmuró Teodosia con la confianza de los niños;—esa señora con quien yo estoy es mi abuela; yo quiero ir con ella, ¡lléveme usted por Dios!

—¡Imposible!... La villa está ardiendo; habrán llegado tropas, te matarian acaso si fueses sola.

—Yo quiero ir con mi madre....

—¡Oh, no puede ser!... Más, mucho más que á tí tu madre, me importa á mí buscar á Luisa, y he de esperar á mañana...

La niña rompió á llorar.

El llanto, como la risa de los niños, se parece siempre.

Nicolás, preocupado ya hasta el delirio, creyó oír llorar á su hija: se inclinó sobre ella y la besó en la frente.

—No llores—la dijo acariciando su cabeza;—no tengas miedo, yo te llevaré con tu madre.

—¿Ahora?

—Tan pronto como sea posible; ahora voy á llevarte á donde cuiden de tí, y nada te sucederá.

Montó á caballo, colocó cerca de sí á la niña, que apoyó la cabeza sobre su pecho, y cediendo al cansancio se durmió sobre aquel lecho movable, como se duerme el ave sobre la rama que agita el viento.

Tendria unos doce años, pero el prematuro desarrollo de la mujer bajo el ardiente clima americano, daba á sus formas de adolescente la belleza perfecta de la vírgen, perfumada con la gracia casta y suave de la infancia.

Sus cabellos rubios eran finos y abundantes; su cútis fresco y aterciopelado, tenia ese matiz especial que imprime el sol ardoroso de los trópicos; sus ojos negros, grandes y brillantes, parecian iluminar su rostro.

Nicolás se detuvo á tomar aliento, y miró á la niña.

Un estremecimiento nervioso sacudió su cuerpo, y una vaga sensacion precipitó el curso de su sangre.

Dormida, con los ojos cerrados y la pequeña boca sin sonrisa, se parecia aún más á la desgraciada hija de Solís.

—Sí—dijo éste deteniéndose,—se parece á ella, tiene su edad; como ella, es pura y hermosa; como ella, se duerme en mis brazos...

¡Pobre niña!... ¿Por qué maldito azar me encuentro dueño de tu vida?... ¡Ah!... ¡no, no!... Vuelve con tu madre... ¡Yo te haría infinitamente desgraciada!... Sobre todo lo que yo amo pesa una maldición, y mi amor sería tu muerte... ¡Clara!...—pensó mirando de nuevo á Teodosia,—¡qué dirías si me vieras con una mujer en los brazos!... ¡Quién sabe si Clara me ama, y sólo el amor siente celos!...

CAPÍTULO X.

Al día siguiente de aquel en que tuvieron lugar los sucesos que dejamos referidos, Nicolás Solís tenía un nuevo dolor y un motivo más de desesperación.

La negra Luisa había desaparecido; el cadáver de la anciana señora, abuela de Teodosia, se había hallado entre los escombros humeantes de la casa incendiada, y la pobre niña, que la casualidad había puesto bajo su amparo, estaba gravemente enferma en una casa de campo, donde Solís solía encontrar asilo cuando los azares de su vida aventurera le llevaban por aquel lado.

De pié, junto al lecho en que la dulce niña yacía, estaba Solís sombrío é inmóvil.

Aprovechemos este momento para darle á conocer á nuestros lectores.

Su edad ya la sabemos, y en verdad que la revelaba desde luégo su rostro.

Alto, delgado, con ojos y cabellos ne-

gros, frente ancha y cútis tostado por el sol, habia en aquella erguida y soberbia cabeza, en aquella altiva mirada algo que dominaba, que imponia.

Su barba negra, ostentaba ya algunas hebras de plata, y era fina y rizada; sus manos y sus piés de forma distinguida.

Sus ojos, de mirada áudaz y fija, tenian una tristeza fatal, una expresion tan sombría, que parecia que todo lo habian visto y de todo se habian cansado.

Su boca se unia por la despreciativa y amarga sonrisa á la expresion de sus ojos.

Nicolás Solís tenia esa historia triste y simpática que puede servir, con pequeñas variantes de nombres y lugares, para todos los seres inteligentes que se lanzan á la vida llenos de entusiasmo, sin conocer de su realidad otra cosa que sus propios sentimientos.

¿Qué hace el mundo de esos tesoros de fé y esperanza que se le consagran?

¿De qué manera utiliza la sociedad ese calor generoso del alma, esa espontánea florecencia del corazon, que el neófito de la vida tan ardientemente le ofrece?...

La sociedad acoge indiferente esas ricas manifestaciones del cándido optimismo ju-

venil, y para deshacerlas pone ante el alma vírgen de dolores la realidad de las cosas, ya bajo la forma del amigo que explota y arruina, ya bajo la de la mujer amada que olvida y abandona, ya con la del dolor, ya con la del crimen, que ni una sola de las doradas ilusiones de la alborada del pensamiento escapa á esa ley fatal del *hecho*, brutalmente real que las aplasta bajo su peso grosero.

Nicolás habia creído en todo... y el desengaño le habia llevado á no creer en nada.

Generoso y leal ofrecia sus creencias como homenaje á las virtudes que presentia, y al hallar en vez de ellas vicios, ambiciones y miserias, se avergonzaba de su confianza, y el ridículo acababa la obra comenzada por el dolor.

Así llegó á ser lo que era: un extraño filósofo que habia sacado una particular enseñanza de las lecciones de la experiencia; un incrédulo que hubiera dado cuanto le quedaba de vida por volver á creer un solo instante; un alma de niño que sonreía con desprecio á las seducciones de la vida, y ocultaba en sí misma el riquísimo tesoro de ternura que el mundo no pudo agotar.

Habia amado, ó creído amar, que en asuntos del corazón tanto monta, á la madre de su hija, y aquella mujer vulgar y sin grandes atractivos, no habia sabido comprender lo que valia el amor caprichoso, pero sublime, de un hombre como Nicolás.

Pareció quererle, pero se cansó pronto de aquella pasión ardorosa y exclusiva, y lo abandonó sin que Nicolás volviese á saber su paradero.

Nicolás sintió el golpe que su ídolo hacia al caer y romperse en pedazos, como un eco de agonía; no era la mujer la que se iba, era la fé la que con ella se perdía para siempre...

Sin embargo, aún podia y debia amar, puesto que tenia á su hija, ese amor del cielo que no cambia al bajar á la tierra.

La mujer pasó; quedó el ángel.

Sus dos amores se fundieron en uno, como dos llamas que se encuentran, como dos reflejos que se unen.

La amó como él sabia amar, como aman todos los seres superiores, con fiebre, con delirio, con la agonía eterna de la sed de lo infinito.

¡Su hija murió!...

Los que hayais visto morir al sér en quien teniais concentrada toda vuestra vida, comprendereis el vacío horrible que se hace en torno del corazon y que asfixia.

Por instinto, como se buscaria atmósfera para respirar, se buscan para vivir los afectos: el pensamiento rechaza la nada, como toda fuerza viva arroja de sí la muerte.

Pero estos afectos no son ya la sensacion suave y purísima con que despertamos á la vida del sentimiento; son la fiebre dolorosa del que se aferra á lo imposible, tan inútilmente como la raíz de una planta á la ingrata corteza de la roca.

Y cuando esos esfuerzos se miden por la fria razon, que nada espera, y se sostienen por ese loco anhelar del corazon, que siente engañarse esperando, resulta un horrible martirio, mil veces peor que la muerte.

¡Era, pues, muy fácil que Nicolás Solís se enamorase á su edad como un loco!

Sentia la sed de lo infinito y buscaba la fuente regeneradora que habia de saciarle.

Olvidaba que la dicha no nos la dan, ni los afectos ni la fortuna, la llevamos en nosotros mismos; está en la confianza de la vida, pero de ningun modo en el amargo vacío del desencanto.

Veámosle luchar con sus propios sentimientos, pues conociéndole ya, nos será más fácil comprenderle.

Volvamos, pues, á su lado, y perdone el lector si le hemos entretenido con nuestras reflexiones: hay veces en que el novelista se olvida de que escribe una novela.

CAPITULO XI.

La mirada de Nicolás, sombría y extrañamente fija en Teodosia, demostraba hasta qué punto le preocupaba la pobre niña abandonada. De un lado su deber, las obligaciones contraídas; de otro una inocente criatura sola, enferma, confiada á él por un extraño misterio de la Providencia ó del destino, segun él creia, le atraian con igual fuerza.

—Y bien—se dijo al cabo,—entre ellos yo, sólo soy un *hombre más*; mi presencia no es esencial ni decisiva, pueden pasarse sin mí; para ella yo soy todo... está enferma, está sola, morirá acaso, y se parece á mi hija; yo no debo dejarla. Acaso—proseguia sonriéndose,—sea esto un accidente de algunas horas, y entónces volveré; mi ausencia no puede extrañarse, me he alejado muchas veces... y luégo están cansados, desalentados, puede ser que se alegren de verse libres de mí... De todos modos, y

sea lo que quiera, no puedo abandonar á esta niña hasta verla salvada ó muerta.

Una vez aceptada esta resolución, Nicolás sólo pensó en salvar á Teodosia.

El espanto del incendio, las emociones sufridas en aquella noche dolorosa, la humedad del bosque, todo contribuyó á encender en las venas de la pobre niña una fiebre tan intensa que parecía inextinguible.

Llamaba delirando á su madre, á Luisa, y cuando Nicolás se aproximaba á ella, cuando apoyaba su mano sobre aquella blanca frente que ardía con la calentura, la niña sonreía y dejaba de quejarse.

Hubo un momento en que Nicolás creyó morir de dolor: Teodosia murmuraba palabras ininteligibles; su boca seca y ardorosa parecía devorarlas á medias; sus ojos buscaban con extravío algún objeto invisible, y sus brazos se extendían con anhelo.

Estaba hermosa con la vida ardiente de la fiebre que encendía sus mejillas y hacía brillar sus ojos: sus cabellos rubios se extendían sobre la almohada como el marco de oro de un camafeo de nácar.

Nicolás se inclinó hácia ella; una honda pena inundaba su alma al contemplar los

rasgos destructores de aquella cruel enfermedad sobre una criatura tan bella.

—Teodosia, hija mia, ¿qué quieres?— la preguntó muy quedo, y sintiendo sobre sus labios el aliento ardoroso de la niña.

—Quiero verte—murmuró ésta con extravío,—no te vayas:—echó sus brazos al cuello de Nicolás, le estrechó contra su seno y murmuró:—¡Padre!

Nicolás se levantó trémulo, sorprendido, parecía que se habia vuelto loco.

—Te juro que he de serlo para tí—dijo extendiendo su mano sobre el cuerpo de la niña enferma;—te lo juro por la memoria de mi otra hija...

Nicolás parecía tan delirante como ella.

Vivamente conmovido besó á Teodosia en los labios, y salió á buscar al dueño de la casa.

—Es preciso—le dijo,—ir á buscar un médico; la pobre niña está peor.

—Pero...

—Es absolutamente indispensable; si usted no puede ir yo iré.

—¡Oh, no!... Pero como será preciso que sepan quién es la niña...

—Y bien, la hija de Nicolás Salcedo...

—¡Ah!...

—No hay por qué ocultarlo.

Algunas horas despues llegaba un médico de N... y declaraba que si bien el estado de Teodosia era grave, habia esperanzas de salvarla.

Al mismo tiempo les daba una noticia grandemente extraña.

Nicolás Solís, á quien él no conocia, se decia que estaba preso, y la partida que mandaba se habia disuelto, presentándose á indulto los más caracterizados de ella.

El destino lo habia querido, y precisamente cuando se creia á Solís prisionero, era cuando la suerte lo dejaba libre.

CAPITULO XII.

Volvamos á Madrid donde encontraremos algunas novedades que pueden interesar á nuestros personajes.

El Ministerio se habia modificado, es decir, habia sufrido una crisis parcial, como se dice en lenguaje periodístico, y el ministro de la Guerra era uno de los mejores amigos del general Salazar.

Las noticias de Cuba eran tranquilizadoras, y todo indicaba que entraba en un período de calma y de descanso esta hermosa nacion, tan rica como desgraciada.

Clara sabia ya que Solis no estaba preso. Habia pedido directamente noticias suyas, y lo único que pudieran decirle fué que habia desaparecido.

Toda mujer que haya amado, ó lo haya creído, que para el caso es lo mismo, comprenderá la inquietud, la angustia de Clara ante aquel misterio impenetrable.

Y luégo el telégrafo tiene un laconismo aterrador: cuando la corriente pasa por el hilo metálico que, envuelto en su imper

meable vestidura y oculto entre los cristales azules de los mares, une con una vibración eléctrica los dos continentes, parece que cada palabra es un esfuerzo gigante de la ciencia que vence los abismos, y sólo se nos trasmiten las que revelan un hecho, de ningún modo las que lo explican.

Nuestro siglo, práctico si los hay, rechaza lo inútil y aprovecha el positivismo del telégrafo para todos sus actos.

Clara había consultado el oráculo, y la palabra de respuesta era más alarmante que la duda, en que la pregunta se inspirara, porque Solís preso podía ser puesto en libertad; pero ignorándose su paradero, no había medio de serle útil.

Nuestra americana, como la mayoría de las mujeres, se irritaba ante las dificultades y se empeñaba ante lo imposible.

Algunos días antes Nicolás Solís era para ella un recuerdo dulce, grato y suave como el perfume que deja en nuestras manos una violeta que hemos deshojado; al perderle, esta memoria se hacía candente, impetuosa, indeleble, como la huella del fuego.

Incapaz de sufrir su impaciencia, quiso utilizar los medios de que el Gobierno dis-

pone para adquirir noticias de un individuo, é invitó á una gran comida á *sus amigos íntimos*, como decía, por más que la mayor parte le fuesen casi desconocidos.

Nadie se preocupó del por qué de aquella comida.

El hecho se explicaba por sí solo.

Era una americana muy rica, y queria lucir su casa, sus bajillas, sus negritos y sus brillantes.

No habia necesidad de saber más.

Una comida se acepta sin explicacion alguna.

Nadie se preocupa de los proyectos del anfitrión.

La mesa es el punto de reunion y de descanso de la sociedad actual.

Clara vió invadido su salon por una selecta concurrencia, de la cual el sexo bello estaba excluido casi por completo.

Ese casi se limitaba á Elena, la jóven pupila del general Salazar, que acompañaba á su amiga con gran alegría, pues muy niña aún y sin madre, no conocia de la sociedad otra cosa que los paseos y los teatros que habia visto con Clara.

Sencillamente vestida de blanco, y adornada con un elegante aderezo de oro liso,

oía, ruborizándose de placer, las frases de admiración que á su belleza se consagraban, y contestaba apénas á las preguntas que se la dirigian.

Clara lucia un rico traje de raso negro, que se escotaba en cuadro sobre su blanco seno; riquísimos brillantes cubrian su cuello, sus brazos y su cabeza, como para justificar con la exhibición de sus valiosas joyas el carácter de *exposición de su riqueza* que se habia querido dar á la fiesta que ofrecia.

Nuestros lectores nos permitirán que no hablemos de la comida: todas las comidas son iguales, al ménos en la forma, y seria suponerles poco ó ningun conocimiento de lo que en sociedad pasa, si les indicáramos que en tanto que se come no se habla de nada importante: es una tregua concedida al espíritu, que descansa en ella para luchar más tarde.

La hermosa viuda hacia los honores de una manera encantadora.

Es verdad que á veces se distraía hasta el punto de no contestar á una galantería, ó bien hacerlo de una manera extraña; pero sus amigos no parecian notarlo, y más bien atribuían á una excentricidad adorable de su carácter aquellas inesperadas frases

de las cuales Clara era la primera en reirse.

Tenia á su derecha al general Salazar, y á la de Elena se veía á Manuel.

Decididamente se pretendía halagar á esta familia.

La conversacion ligera, espiritual, inútil, si se quiere, que un ama de casa ha de sostener para que sus convidados no se fastidien, era en Clara tan natural y graciosa, que la animacion brotaba espontánea en torno suyo.

Cuando la última copa de *Champagne* se hubo apurado, Clara se levantó, y apoyada en el brazo del general Salazar, se dirigió al saloncito en que estaba servido el café.

Todos la siguieron.

Ofreció, ayudada de Elena, este agradable líquido á sus convidados, diciendo á media voz al general Salazar:

—¿Preferís tomarlo en mi gabinete?

—¡Oh! es una dicha para mí,—contestó galantemente el general.

—Id, pues, á esperarme allí.

Clara salió con Elena pretestando que dejaba á sus amigos en libertad de fumar por algunos minutos, y se dirigió á sus habitaciones, en tanto que Elena se aproxi-

maba al piano y elegía entre los papeles de música un trozo conocido.

El general, de pié en el centro del gabinete, la esperaba.

—Perdóneme Vd. si con esta libertad le ocupo,—le dijo Clara.

—Es una dicha que me recuerda mis buenos tiempos el que me ocupen las damas, contestó galantemente Salazar, aceptando un asiento que Clara le designaba.

—Vea Vd. cómo para sufrir molestias todos los tiempos son iguales,—dijo Clara dulcemente.

—¡Oh! ¡si las molestias fuesen siempre tan gratas!

—Gracias: ¿quiere Vd. que pida el café?

—No se moleste: lo tomaré despues: ahora sepamos en qué puedo complacerla.

—¿Es Vd. amigo del general X.?—preguntó Clara.

—Lo creo al ménos amigo mio.

—El lo será del ministro de Ultramar...

Salazar se inquietó: pensó que se trataba de algun asunto de importancia para el cual se buscaba su influencia.

—No lo sé—dijo;—al ménos son correigionarios.

—Tranquilizaos—dijo Clara que adivinó

el temor del general;—sólo se trata de unas noticias...

—Podeis disponer de mí...

—No conozco apénas en Madrid; tengo en Cuba familia, intereses, afecciones, y quisiera saber de una manera cierta algo de lo que allí sucede.

—¡Oh! ¡pues eso es muy difícil! Lo que allí sucede no creo que lo sepa nadie tal como es.

—No, amigo mio, se trata de una personalidad insignificante si se quiere, pero que interesa en gran manera á una íntima amiga mia, á la cual quisiera poder tranquilizar. Hace dias me suplicó que averiguase el paradero de un hombre que se ha distinguido entre los insurrectos, pregunté por telégrafo, y lo único que pude saber fué que habia desaparecido; como sin duda el Gobierno sabrá qué se ha hecho de él, he recordado que á usted le seria fácil preguntarlo, y me he tomado la libertad de traerle aquí, porque deseo que sea un secreto mi súplica, y en el salon no hubiera sido posible hablarle de ello.

Salazar respiró.

El hecho era tan sencillo, la peticion tan insignificante, que no comprendia por

qué á Clara le interesara el misterio.

Parecia natural que hubiera hecho su pregunta riendo, y sin interrumpir siquiera una conversacion empezada.

—Si no es más que eso—dijo,—lo sabrá Vd. mañana: ¿quién es él?

—¡Ah!... he olvidado el nombre... le daré á Vd. una nota que guardo de mi amiga... pero he de buscarla...

—Como Vd. guste: siempre me tendrá á sus órdenes.

Y el general, contento porque no se le obligaba á pedir destinos ni recomendaciones, calamidad de todo el que tiene alguna influencia, sonrió con afecto á Clara.

Esta parecia absorta en un pensamiento triste y profundo, porque su pecho se agitaba y sus manos se comprimian como si quisiera recordar por el dolor físico el lugar donde estaba.

—¡Si hubiera muerto!...—murmuró sombríamente.

—¿Quién?—dijo Salazar.

—¡Ah!... ¡dispensadme!... Me tiene preocupada la idea de esa desgracia... vamos al salon.

Y levantándose apoyó su mano en el brazo del general.

Al cruzar el dintel de la puerta que comunicaba con el salón, Manuel aparecía en la otra y en pos de él los demás convidados, atraídos por la armonía del piano, y terminado el café.

Al ver á Clara familiarmente apoyada en el brazo de su padre y sonriéndole con agrado, el marino retrocedió un paso y frunció las cejas.

Fué tan rápido ese movimiento, que nadie pudo notarlo, ni la misma Clara.

Momentos despues, cuando los grupos que formaban los convidados de la hermosa americana parecían animarse con la presencia de ésta, y las conversaciones, ora de política, ya de artes, ó bien de negocios, formaban un rumor sonoro y constante, Clara se aproximó al general, y sin decirle una sola palabra le presentó un pequeño papel doblado.

Salazar se inclinó ligeramente, lo tomó y lo guardó sin mirarle.

Nadie lo vió, excepto Manuel que palideció de nuevo.

—¡Mañana á las dos!...—murmuró muy quedo el general.

Clara hizo un movimiento afirmativo y se alejó.

Manuel salió á su encuentro.

—Dispéñseme Vd., señora, si la ocupo por un instante.

Clara lo miró tranquilamente como si le interrogase con la mirada.

—Deseo que me conceda Vd. mañana el honor de recibirme, tengo que hablar con Vd.

—¡No comprendo!—murmuró Clara con una frialdad desdeñosa que no pudo vencer, pues la persistente mirada de Manuel la molestaba.

—Le he pedido desde luégo que me perdone la libertad que me tomo; cuando me haya oído puede juzgar...

—Podeis decir ahora de qué se trata...

—¡Imposible!

—Segun eso es un secreto,—dijo Clara friamente.

—Sí.

—¡Ob! ¡no me lo confíe! Yo no sé guardarlos.

—Es un secreto hoy... despues no lo será...

—Si yo fuese curiosa, hé aquí un misterio que me quitaria el sueño.

—Y ya que no curiosidad, ¿no le inspira interés?...

—Confieso que no acierto á comprender de qué se trata, y lo desconocido me interesa pocas veces.

—Mañana á las dos vendré á ponerme á sus piés.

—¡Imposible! —dijo con precipitacion Clara:—tengo que salir á esa hora...

—Más tarde...

—Por la noche veré á Vd. en el teatro Real: iré sola.

Y saludándole graciosamente, se dirigió hácia Elena que recibia los plácemes de todos por las brillantes variaciones que acababa de tocar.

CAPITULO XIII.

Al día siguiente, á las dos de la tarde, el general Salazar entraba en el elegante gabinete de la americana, que le preguntó al punto:

—¿Y bien!...

—Nada de bueno—contestó el general estrechando la pequeña mano que se le tendía:—el ministro ha buscado las noticias deseadas en los últimos partes recibidos, y sólo se sabe que ha desaparecido...

—Pero...

—¿Le interesa á Vd. mucho la suerte de Solís?

Clara fué lo suficiente dueña de sí para contestar con calma:

—¿A mí? ¡Nada! ¡Apénas le conozco!... Pero temblaba de tal modo, que hubo de apoyar sus manos fuertemente en los brazos del sillón en que estaba sentada, á fin de ocultar á Salazar la alteracion que sentia.

—En ese caso—añadió Salazar,—puedo confiarla que se teme haya muerto...

Clara no lanzó un grito, no hizo un gesto, no dijo una palabra; pero su palidez se hizo tan visible, que el general hubo de notarla.

—¿Se pone Vd. mala?—preguntó.

—No, no es nada; decia Vd...

—Segun los incompletos datos que he podido adquirir, se le habia visto dirigirse á N... poco ántes del incendio que destruyó la villa de T... Nada más se sabe... La mayor parte de los que le seguian se presentaron á indulto...

—Gracias, Salazar... no sé cómo pagarle su bondad; pero esa duda es tan triste, que me ha impresionado por mi amiga... estoy nerviosa, afligida.

—La dejo, pues, y siento, al decirle la verdad de lo que sabia, haberla afectado así.

—Usted ha cumplido mis deseos... le repito mi gratitud.

Y Clara, sin fuerza para más, tendió su mano al general, que la estrechó en silencio, la miró durante un instante, adivinando una triste historia en la desesperacion que reflejaba su frente, y salió.

Clara inclinó la cabeza y pareció quedar aletargada.

Sus ojos inmóviles, con la mirada fija en el vacío; sus labios entreabiertos y descoloridos; sus manos fuertemente enlazadas, la daban la apariencia de un cadáver.

De repente su pecho se alzó, y un sollozo pareció desgarrarle: las lágrimas la volvían á la realidad de la vida.

Se levantó; dió algunas vueltas por el gabinete, como una leona enjaulada, y de repente se irguió, tocó un timbre de una manera nerviosa y violenta, y dijo con voz breve á su doncella, que se presentó:

—¡El coche!

La criada salió, y poco despues levantó de nuevo la cortina para anunciar que estaba puesto.

—Un abrigo y un sombrero... ¡Pronto!

—¿La señora no se viste?

—No,—contestó secamente Clara.

Tomó los objetos pedidos y salió con rápido paso, anudándose las cintas del sombrero al bajar la escalera.

—A la calle de San Francisco... Yo avisaré dónde... A escape,—dijo al cochero que se inclinaba para recibir la orden.

Al apoyar el pié en el estribo vió á Manuel Salazar que lentamente bajaba por la acera y la saludaba con frialdad.

—¡Ah!—murmuró contrariada;—á la iglesia de San Francisco ántes; despues avisaré.

El cochero se inclinó en señal de haber comprendido, y los caballos salieron al trote.

Poco despues el coche se detenia en la puerta de la iglesia, y otro coche, con las cortinillas corridas, se instalaba algo más léjos.

La persona que le ocupaba no pudo ver que Clara, saliendo del templo por otra puerta, iba á pié y con el velo echado sobre el rostro, á la calle de San Francisco.

CAPITULO XIV.

Nada existe más angustioso que la duda, esa agonía que no acaba hasta que desaparece la causa que la motiva. Clara, que como toda naturaleza enérgica se transformaba ante la desgracia, devoraba ese anhelo sin nombre, y parecía vibrar todo su sér bajo la acción rápida y violenta de un choque invisible que tuviese lugar dentro de su alma.

Al subir la estrecha escalera de la casa en que ya la hemos visto penetrar al principio de nuestra narracion, hubo de apoyarse en el mezquino barandal para no caer, porque vacilaba como si estuviese ébria.

Llamó, y fué á caer, más bien que á sentarse, en una pequeña butaca, único mueble de alguna comodidad, ya que no de lujo, que se veía en aquella modesta vivienda.

—¿Qué es eso, hija mia, qué tienes?— preguntó asustada la mujer que abrió la puerta.

—¿Dónde está Francisco?

—Acaba de salir, pero no tardará; ¿qué es lo que te sucede?

—Dame un vaso de agua, Dolores, y arregla el equipaje de Francisco; se va á Cuba.

—Pero ¿qué hay de nuevo, Dios mio, qué pasa?

—Que Nicolás Solís está prisionero ó muerto; que necesito que se le busque, saber lo que le sucede y dónde está...

—Pero hija mia, no te ofusques; despues de todo puede ser una equivocación.

—Tú no entiendes de eso. ¿A dónde fué Francisco?

—Salió hace poco...

—Pues es preciso que venga; se ha de ir esta noche á Cádiz para tomar pasaje en el vapor-correo que sale el 10.

—Pero, ¡Dios mio! un viaje tan largo...

—Vete con él si quieres; de todos modos la guerra se acaba, y entónces acaso me vaya yo...

—Dejarte aquí sola, no puede ser.

—Pues decídetе, porque necesito que Francisco se vaya.

Disponíase la asombrada Dolores á replicar, cuando un campanillazo que se oyó

la hizo levantarse y dirigirse hácia la puerta.

—La niña está aquí—dijo Dolores á Francisco que llegaba:—quiere que te vayas al país...

Francisco iba á contestar cuando oyó la voz de Clara que le llamaba impaciente.

Adelantó con el sombrero en la mano, y ántes que pudiera preguntar, Clara le dijo:

—Es preciso que vuelvas á Cuba; que busques á Solís, que me digas la verdad; si ha muerto, quiero saberlo; si vive quiero que lo halles, que me digas por qué ha desaparecido... Yo no puedo dar este encargo á nadie, me engañarian, y tú no sabes cuánto me interesa.

—Pero Vd. quedará aquí sola...

—No importa, tengo amigos, conozco ya Madrid...

—¿Y si la ocurre alguna cosa?...

—Nada puede ocurrirme más grave que esto; por eso dispongo de tí.

—¿Pero qué ha sido?

—No sé; una emboscada, una asechanza, no lo sé; pero Nicolás no huye, más bien muere.

—Pues si nada se sabe de fijo, no hay motivo para desesperarse. El telégrafo no dijo nada...

—Por eso me desespero. Dijo que habia desaparecido; en el Ministerio se cree que haya muerto.

—¡Bah! ¡bah!... eso son ardides de guerra; se dice que ha muerto y los suyos se desalientan.

—No se trata de eso...

—¿Pues de qué?

—Son noticias privadas... en fin, necesito que te vayas.

—Estoy dispuesto: ¿qué es lo que tengo que hacer?...

—Buscarle y avisarme el resultado.

—Está bien.

—No importa lo que gastes; voy á darte una carta para que allí te entreguen el dinero que necesites.

—¿Y si lo encuentro?

—¡Ah!... Entónces me avisas al instante: le dices que yo le ruego que admita el indulto y que se venga á la Península...

—¿Cuándo he de irme?

—Hoy mismo: no tienes más que el tiempo necesario para embarcarte.

—Entónces al tren... ¿Y Dolores?

—Queda á mi cuidado: irá, si quiere, á casa...

Los ojos de la pobre esposa de Fran-

cisco se llenaron de lágrimas.

Cruzar el mar es fácil cuando se va unido á los séres que nos aman y que amamos, cuando despues de emprender ese largo viaje se espera descanso; pero cuando en avanzada edad hay que ir léjos, solos y sin esperanza de reposo, los momentos que preceden á la partida son bien tristes.

—No seas tonta—dijo Francisco animosamente;—ir á Cuba es muy fácil, y volveré pronto; cuida mucho á la *Niña*, y cuídate tú, sin pasar pena por mí.

Clara se levantó y se dispuso á salir.

—Id los dos á casa ahora... tú para que yo te entregue unas cartas y unos datos que te sirvan de guía para buscar á Solís, y tú para quedarte hoy á mi lado.

Clara salió, y los dos ancianos se abrazaron tristemente.

—Eramos tan dichosos así,—dijo entre sollozos la pobre Dolores.

—No olvides que se lo debemos todo... ¡todo!... ¡Hasta la vida de nuestro hijo!...

—Pero quedarme sin tí...

—Son unos dias de ausencia nada más... De todos modos, conviene ir á ver cómo va su hacienda... Al mismo tiempo que

busco á D. Nicolás cobraré sus rentas y lo arreglaré todo.

—Pero ese maldito Solís, ¿cómo ha logrado que ella lo quiera así, si apenas lo ha visto?...

—¡Caprichos de mujeres!... En fin, nuestro deber es obedecerla... Cuídala mucho.

—¡Ah! ¡Si yo la quiero como á una hija!... Si no fuese por ella, ¿me separaría de tí?

Dejémosles con su pena, que no es nada grato compartir tristezas, y sigamos á Clara que, sobreexcitada y nerviosa volvía á su casa para escribir á Nicolás.

CAPITULO XV.

Decia la carta de Clara:

«Yo no sé explicarte lo que siento, lo que sufro, desde que el telégrafo me ha dicho que has desaparecido. A una ansiedad mortal se sucede una calma desesperada; á una duda punzante y amarga, una seguridad, una confianza tranquila que yo misma no me explico.

Y estos fenómenos son más extraños á medida que las horas pasan, pues algo vago y nebuloso va desapareciendo del fondo de mi sér; bien así como desaparecen las neblinas que flotan sobre los mares cuando las absorben con fuerza poderosa los rayos del sol.

Yo siento algo nuevo, que más que de mí proviene de tí; algo inmenso que no cabe en la palabra.

No hay choque de que no brote la luz; el dolor que he sentido al suponerte en peligro, ha hecho saltar la chispa que me ha permitido leer en la sombra; la palabra mágica ha brillado sobre los abismos del

alma, y yo he podido ver claramente que te amo.

Es la mia una situacion psicológica de todo punto inexplicable; estoy bajo la accion misteriosa de un *fiat* del sentimiento.

Y bien, sí, Nicolás, te amo, me devora la ansiedad, el temor y la duda, y sin embargo, siento un éxtasis celeste al detenerme con encanto ante tu imágen y murmurar: ¡le amo!

Pero ¿dónde estás? Mi corazon me dice que no has muerto, y al desaparecer dejando á los tuyos, la causa ha debido ser muy grave.

No puedo ni quiero esperar, y envio á Cuba á mi fiel Francisco, que sabrá buscarte y decirme dónde te hallas.

Si no te encuentra, iré yo.

Daria una parte de mi vida para borrar la distancia que nos separa.

Y bien, es preciso, absolutamente preciso que aceptes el indulto, que no te será negado, y te vengas á la Península.

Te ama y te espera, tu

Clara.»

Clara, una vez tomada su resolucion, adoptó esa actitud de calma obligada, que semeja el aspecto tranquilo de la cima del

volcan, cuando sus corrientes de lava se retuercen en las entrañas de la tierra sin llegar á su muerta superficie.

Volvió á su indiferencia fria, á su mirada desdeñosa, á su palidez constante.

Algo más acentuadas estaban estas condiciones; pero, ¿quién podia fijarse en esos matices del dolor que graban á veces un sello especial en el sér que los siente?

Además hoy no es fácil estudiar en el rostro de una mujer las impresiones de su corazón.

Los adornos que lo velan hacen casi imposible ese estudio.

¿Quién adivina la palidez del sufrimiento, bajo el delicado y vaporoso velo que la *velutina* extiende sobre el cútis, ni quién lee en una frente las huellas de la angustia, cuando los cabellos rizados y empolvados la cubren por completo?

La sociedad gusta de que se la oculte así lo que revela un pesar para evitarse el compartirlo ó compadecerlo.

Clara, despues de haber despedido á Francisco, se vistió para asistir al teatro Real.

Un traje blanco de raso y una camelia roja, sujeta con un grueso brillante, formaban todo su atavío.

Estaba verdaderamente hermosa, con su mirada altiva y su cabeza soberbia, como si aceptada la lucha con el destino, manifestase no doblegarse á él.

Mediaba el primer acto de *Aida* cuando llegó, y todos los gemelos se fijaron en ella; iba sola, y ocupó un lugar en segundo término del palco, cual si no quisiera llamar la atención de nadie.

Manuel Salazar la vió y la hizo un saludo casi imperceptible, mirándola con insistencia, como si intentase atraer á su vez las miradas de Clara.

Pero ésta, como absorta en la música, parecía no ver á nadie.

Acabó el acto y Salazar se levantó para saludarla.

Clara le recibió friamente, pero con atención: comenzaban á molestarla las galanterías del marino.

—¡Oh! ¡Al fin puedo hablar á Vd.!—exclamó Manuel.

—Quien le oyese pensaría que esto le estaba negado...

—Casi, casi, señora; porque hablar cuando hablan todos y de lo que hablan todos, no es hablar.

—¿Pues qué es? El Diccionario lo definiría así.

—El Diccionario no es el alma...

—Está Vd. muy sentimental,—contestó Clara agitando con expresion de fastidio el abanico.

—Puede ser.

—¿Y Elena?—le interrumpió Clara.

—Hoy no la he visto; he pasado casi todo el dia fuera de casa... La tarde ante la iglesia de San Francisco.

Clara no demostró ni inquietud ni interés.

—Esperaba ver salir á una amiga que entró en ella, y cuando cansado de esperar fuí á buscarla al templo, no la hallé en él.

—¿Supongo que no seria á mí, que he estado hoy en esa iglesia, á quien buscaria?—preguntó Clara;—porque no me explico el motivo.

—La amistad suele ser caprichosa...

—Todo género de caprichos comprenderia ménos ese, porque no hay derecho...

—¿Y si fuese más que capricho?—interrumpió bruscamente Manuel;—¿y si fuesen celos?

—¡Celos!—murmuró con altivez Clara.

—Y bien, sí, es preciso que lo diga, Clara, yo la amo á Vd.

—Amigo mio—contestó Clara desdeño-

samente jugando distraída con la borla de seda y oro de su abanico,—siento que se haya molestado en seguirme, y siento sobre todo que, capricho ó verdad, me haya hablado de amor...

—¿No lo acepta?

Clara le miró con una indiferencia tan altiva, que Manuel se estremeció.

—¿Quién es aquella rubia?—preguntó Clara fijando sus pequeños gemelos de oro en una bella jóven que acababa de entrar.

—La señorita de L... ¿No quiere Vd. contestarme á lo que le preguntaba?

—Amigo mio, dispéñeme Vd., pero es inútil: hablemos de otra cosa.

—Pues bien, una sola palabra y no la molesto más...

—Sea una sola,—afirmó Clara riendo.

—¿Ama Vd. á otro?

—Sí.

Manuel la miró fijamente y halló una mirada tan firme, tan tranquila, tan serena en los ojos de Clara, que no dudó ni por un momento fuese verdad lo que aquel monosílabo confesaba.

—Otra palabra, por favor.

—Habíamos dicho que una...

—Lo ruego...

—Sea.

—¿El que Vd. ama está en Madrid?

—No.

—¡Me alegro! Había temido...

Clara volvió á sonreír.

—Escúcheme Vd., Clara—dijo con resolución;—contésteme ó no, como quiera, pero oígame.

—Pero si es inútil...

—No tal, y va Vd. á convencerse de ello. He tenido unos horribles celos, y lo que más me ha hecho sufrir era el temor de no poder luchar con la persona que me los inspiraba. Puesto que el que Vd. ama no está en Madrid, mi temor es infundado y puedo esperararlo todo.

—No comprendo...

—Tenía celos de mi padre...

Clara, á pesar de su tristeza, se echó á reír.

—¡Qué idea!—dijo.

—No es tan extraña; puesto que piensa casarse con Elena, bien podía enamorarse de Vd.

—¡Con Elena!... ¡Que el general se casará con Elena!... ¡Si es una niña!...

—¡Qué importa! Así me lo han hecho saber.

—Ella nada me ha dicho.

—Pues bien; volviendo á lo que me interesa, no siendo mi padre, yo lucharé...

—Es inútil.

—La amo, Clara, y no puedo renunciar á Vd.

—Amigo mio, no hablemos más de ello.

—No hablaré; pero me reservo el derecho de pensar...

Clara se encogió de hombros con un movimiento encantador de indiferencia. En seguida comenzó á mirar á los palcos como si nada hubiera sucedido.

Salazar se despidió.

Al acabar el segundo acto, Clara abandonó el teatro y volvió á su casa.

Tantas emociones la habian producido un fuerte dolor de cabeza, y necesitaba descansar.

CAPITULO XVI.

Si Manuel Salazar hubiese sido un sér superior, uno de esos hombres que hacen de los sentimientos un culto, y de la vida agena algo así como un muro sagrado donde la vista más atrevida debe detenerse respetuosa, Clara no hubiera tenido nada que temer; pero siendo, como era, una vulgaridad, en todas las acepciones que se le pueden dar á la palabra, Clara tenia sin sospecharlo, un enemigo implacable en aquel sér cuyo ridículo amor propio habia herido sin saberlo.

El vulgo ilustrado, ese ámplio círculo formado por medianías de todas clases, á las que la fortuna ha colocado en elevado puesto al nacer, comprendiendo, acaso que ellos por su propio esfuerzo no lo conseguirian jamás, es mucho más temible que el *vulgo necio*, de quien nos hablaba uno de nuestros grandes poetas.

Si éste se satisface con que *le hablen en necio*, aquél exige que se le tributen todo género de consideraciones, y como suele

suceder que entre los que valen realmente y los que creen valer hay una diferencia inmensa, hé aquí que se hallan siempre ofendidos, si el homenaje que reciben no iguala á la superioridad que se atribuyen.

Nada más ofensivo, más extraño, más inadmisibile para ellos, que el gustar de una mujer y que la mujer de ellos no guste. ¿Es acaso posible que no inspiren adoracion? Como los antiguos reyes su poder, ellos creen su atraccion de derecho divino, y desgraciada de la que desengañe con su indiferencia á una de esas interesantes personas! será condenada á pasar por las *horcas caudinas* de la malevolencia de un necio.

Manuel no estaba enamorado de Clara: ¡ni qué sabe lo que es amor quien no es capaz de divinizarlo, de sublimarlo en su pensamiento! Pero aquella hermosa mujer, jóven, libre, misteriosa, excéntrica, se le imponia, y la impresion de asombro y admiracion que le produjo, tomó para él, irritada por la idea de otra preferencia, esa forma negra y sombría que suele creerse efecto de los celos de amor, cuando es más bien una prueba de la vanidad ofendida, que tambien tiene sus terribles celos.

Clara no reparaba en él; seguia su ca-

mino absorta en sus pensamientos sin cuidarse para nada de que un jóven, adornado de tan altas condiciones, se dignase fijar en ella sus bellos ojos, acostumbrados á perseguir el vuelo de las gaviotas sobre el azul de los mares; esto era incomprendible, inadmisibile, imposible; la viudita debia darse por muy honrada, por muy orgullosa con la preferencia de que era objeto; pero no lo creia así, y era preciso que se arrepintiese. Cuando uno de estos reyezuelos de la nada condena en definitiva á una mujer, no hay apelacion: son implacables.

Clara estaba irremisiblemente condenada.

Al salir del palco que ocupaba la hermosa viuda en el regio coliseo, Manuel, sin voluntad fija, irritado y desesperado, tué á parar al café S..., donde encontró á varios conocidos que lo acogieron con alegres bromas.

Tomó asiento entre ellos, y por vía de prólogo á la obra que meditaba, comenzó á murmurar á diestro y siniestro, sin pruebas, sin criterio fijo, pero dejando marcada la huella ofensiva de su palabra por donde pasaba.

—¡Demonio!—dijo uno;—vas á hacernos creer que estamos sobre un volcan.

—Apagado: solo hay cenizas, el fuego voló—dijo Fernandito Alvarez que formaba parte del círculo.

—Yo pienso—añadió un *sietemesino* de gran cuello y artístico peinado,—que estos marinos se marean en tierra... ¡el mundo es bueno!

Y se tiraba con énfasis de los puños de su camisa, y sonreía como si con su plagio hubiese acreditado su *esprit*.

—¡Ah, sí!... ¡Muy bueno!—exclamó Manuel—¡nido de serpientes!... en el Paraiso inauguraron su reinado y no renuncian á la herencia de la serpiente conquistadora... Sólo que ahora, como las Evas llevan faldas, no necesitan para ocultarse buscar las hojas del árbol, sino las plumas, los encajes y las flores de las mujeres.

—¿Te ha mordido alguna?...

—Cuidado con las de cascabel...

—¡Oh! en el deterioro universal, en la decadencia de todo, las de cascabel son ya mudas, y no advierten el peligro—dijo Manuel.

—Siempre hay algo que lo anuncia... y más para tí, que debes conocerlas íntimamente.

—¡Yo!... ¿Por qué?

—Hombre, hombre, porque las de cascabel se crían en las selvas americanas que tú has recorrido, ó que por lo ménos has visto con frecuencia.

—Es verdad, pero no me he dedicado al estudio de los reptiles... A propósito; aquí teneis para estudiar la especie varios ejemplares.

—¡Eh! ¿Dónde?... ¡Cuidado!...—dijeron entre carcajadas.

—Aquí, en Madrid...

—¿De dónde han venido?

—Hay varias americanas...

—¿Pero de cascabel?...

—Hé ahí lo que podeis averiguar: yo no perderé el tiempo en saber á qué familia pertenecen.

—¿Pero está probado que son en efecto serpientes?—preguntó el *sietemesino* con atildado acento.

—Zoológicamente probado, así como que tú eres un Apolo, mitológicamente convenido.

—Y tú un Zoilo,—dijo incomodado el gomoso.

—A propósito de americanas—dijo Manuel;—¿conoceis á una viuda que se llama Clara Blacker?

—¡Ya lo creo!...

—¡Quién no la conoce!...

—¡Si es la mujer de moda!...

—Dicen que tiene más millones de renta que letras su nombre!...

—¿Nada más que millones tiene?—insistió Manuel.

—No se la conoce otra cosa, ¡pero ahí es nada! millones y belleza; con lo primero basta para poseer la palanca de Arquímedes.

—¿Pues qué había de tener más que millones?—preguntó uno.

—Podía tener negritos...

—Carbon vivo que se hace dinero... total millones...

—Tú sabes algo de la americana—dijo el que parecía más formal de aquellos aturdidos;—dílo...

—¡Bah!...

—¿Qué sabes?... ¡Pronto!... No valen secretos...

—No sé nada, lo aseguro; la conozco apenas; pero como hablábamos de serpientes americanas...

Una carcajada acogió esta grosera chanza.

—Y bien, ¿te recordó algo? Dí lo que fué.

—A la verdad que no tengo motivo sério de recordarla; la conozco apénas, pero encuentro en ella así algo... no sé, algo misterioso, extraño...

—¿Qué?

—Vive sola...

—Es viuda.

—No importa; sin familia...

—¡Pero hombre, vaya un pecado!... ¡Y si no la tiene!...

—Se improvisa.

—Pues mira que será divertido sufrir una familia postiza cuando no se puede sufrir á veces la propia...

—Pero se cubren las apariencias...

—¡Qué apariencias!... ¿Es un delito estar uno solo? Es más bien una desgracia.

—Este Cárlos haría un abogado de pobres modelo... Siempre defiende gratis...

—¡Pero hombre, si culpais por unas cosas!... Decid algo sério y seré el primero en aprobar.

—Pues bien, allá vá algo sério—dijo Manuel;—¿sabeis qué hace esa mujer en Madrid?

—Diablo!... Gastar bonitamente su dinero,—dijo el *gomoso*.

—Buscar un marido,—afirmó otro.

—Ponerse á salvo de la revolucion,—añadió Cárlos.

—Creo que os equivocais,—dijo triunfante Manuel.

—¿Pues qué hace?

—Conspirar.

—Me lo habia figurado; pero porque no dijeran ustedes que soy malicioso,—se apresuró á decir el interesante *sietemesino*.

—¡Bah!... Para qué ha de conspirar una mujer rica y bella, como no sea para agradar,—dijo desdeñosamente Cárlos, que aunque no se atrevia á defender á Clara (pues á veces un hombre, aunque tenga valor para morir, no le tiene para luchar contra la sátira), no parecia gozar en ofenderla como los otros.

—¡Y qué sabes tú y qué sabemos nosotros si es rica, ó si lo parece con lo que le valgan sus manejos!...

Cárlos se encogió de hombros.

—Dí lo que sepas, Salazar; tenemos una curiosidad devoradora.

—Pues bien; si me prometeis el secreto...

—¡Oh!... desde luégo...

—La he visto salir de noche, disfrazada, y dirigirse á una casa de pobre apariencia.

—¿Dónde, dónde?...

—No, eso no... La he visto además conferenciar y citar misteriosamente á personas influyentes en política...

—¿A quién?

—Tampoco eso; contentáos con lo que os pueda decir...

—¡Cruel!... ¡Nos vamos á morir de curiosidad!...

—La he visto coquetear de esa manera diabólica que vuelve á un hombre loco; y como es bella...

—¿El hombre, en efecto, se volvió loco?

—preguntó Cárlos riendo y mirándole fijamente.

—No; el hombre conoció á tiempo que se trataba de una *aventura* y se puso en salvo.

—¿Y qué más?... ¡No interrumpas, Cárlos!...

—Pues bien; la he visto ir á los Ministerios de noche.

—Pero hombre, tú lo ves todo.

—Aún he visto más.

—¿Qué, qué? ¡Dílo!...

—He visto, que no teniendo dinero daba un pañuelo en cambio de un objeto que quería comprar.

—¡Bah, bah!... esa no pasa... Perdona, pero es muy gorda... ¿Cómo le ha de faltar dinero para un capricho á la que gasta un tren de reina?

—Podia no tenerlo en aquel momento; yo lo ví... además, he oido...

—¡Qué sentidos tan privilegiados tienes!... Ves y oyes lo imposible... ¡Qué Dios te los guarde!...

—¿Qué has oido?... No hagas caso de Carlos.

—He oido hablar de unos amores.

—¿Secretos?

—Preciso es que lo sean cuando no los conoce el público.

—Ya me lo figuraba yo—murmuró el gomoso.

—Ah! entónces tiene que suceder... Eres infalible!

—Y esos amores...

—No sé más.

—Algo debe haber de cierto; la sociedad del gran mundo la acoge muy friamente.

—¡Bah!... ¡tontería!... La sociedad, como toda colectividad, no se pára en pequeñeces. Tienes un nombre, tienes una posición, pues aquí está tu lugar, y tú formas brillante parte de mi todo; no tienes nada,

no sirves para nada, eres inútil para realizarme, pues acomódate donde puedas, no me sirves.

—No tanto... la sociedad...

—Bah, querido, ¿qué es la sociedad?... Nosotros que murmuramos aquí, otro grupo que hace lo propio en otra parte; un círculo de personas que se conocen por casualidad, que se estiman alguna vez, que se odian muchas, y que se envidian siempre.

—Sin embargo, cuando la sociedad rechaza...

—¡Error! El individuo se impone por sí mismo, y conquista su lugar... Ni siquiera eso se nos dá gratuitamente en la vida, hay que ganarlo.

—Pero sucede á veces que no se puede...

—Volviendo al asunto que promovió este incidente, te diré que la sociedad no rechazaria jamás á Clara porque tuviese unos amores; no iria á asustarse de ello ni colectiva ni particularmente.

—Puede que sí.

—Perdonad, señor marino, pero estais muy atrasado.

—En fin, sea de ello lo que quiera, lo cierto es que sé todo eso, y tengo derecho á pensar otras muchas cosas...

—Ese sí que es un derecho ilimitado, ilegislable é irresistible...

Los amigos y conocidos de Manuel celebraron con alegres risas aquella infamia.

La palabra *aventurera* se escapó entre las bromas que siguieron, y la reputacion de Clara sufrió allí esa primera y desigual acometida en que se hiere á mansalva, porque la víctima no puede defenderse.

El vapor del café, el humo de los cigarrros y la espuma de los licores, dejaban empañado para siempre un nombre, arrojado por un necio á la voracidad de unos cuantos desocupados.

La sociedad tiene grandes errores que enmendar por sí misma, y sin duda, que el más importante es ese de hacer de lo más sagrado, de lo más grande que hay para el sér, de la honra, un juguete que puede romper la voluntad del primero, infame ó imbécil, que se le ocurra.

CAPITULO XVII.

Nicolás Solís con ese ardiente entusiasmo con que acogia todos los sentimientos, habia luchado contra la enfermedad de Teodosia y habia vencido.

La delicada niña fué cuidada con el esmero con que lo hubiera sido su propia hija; para las almas grandes no hay más que un momento de duda: el que precede á la resolucion decisiva; una vez tomada ésta, la suerte está echada, y ya no se vacila, se acepta: para Nicolás, Teodosia era su hija.... y nada más.

¿Por qué azar las trenzas negras de la *otra* niña eran ahora rubias? ¿Por qué en vez de Clara se llamaba Teodosia? El no lo sabia, no queria pensarlo; pero aceptaba como una continuacion de aquel sér adorado, este otro sér que lentamente se apoderaba de su alma.

Sostiene un ingenioso amigo nuestro, que no es literato, que no caben jamás dos grandes afectos en el corazon humano, que la fuerza que adquiere el uno debilita al

otro, que cuantos más séres tienen derecho á nuestro cariño, más limitado es éste, así como adquiere un inmenso vigor si se concentra en uno.

No estamos conformes en absoluto con esta opinion, por más que algunas veces suceda así; pero creemos desde luégo que hay caractéres que incapaces de graduar sus sentimientos, los concentran de una manera violenta, y de ahí las desenfrenadas pasiones que traen el olvido de todo lo que á ellas es ageno.

Nicolás, sin olvidar á Clara, vivia para Teodosia, y entre la inquietud que sentia al verla presa de una fiebre ardiente, la alegría de hallarla salvada, y el temor de incurrir en el desagrado de su amada si le hablaba de su nuevo afecto, habia dejado de escribirla.

Es verdad que á estos cuidados morales se unian otros de no menor importancia. Nicolás se hallaba pobre y con su carácter lo seria siempre; hay personas que no enriquecen jamás.... Se necesita una ciencia particular para hacerse ricos, que Nicolás no tenia.

El era un hombre de talento y de corazon, pero completamente inútil para los

negocios. Soñador incorregible, apasionado de sus sueños, él no pensaba en que el hombre no puede cantar eternamente como el ruiseñor, escondido entre las hojas donde tuvo su nido; Dios le dá la fantasía, los sueños y las esperanzas, pero le dá también una vida material que tiene que sostener.

Habia sido rico, y esto era un gran mal, porque acostumbrado á disponer del dinero, como podia disponer de la luz y la atmósfera, es decir como una cosa que nos es propia, que se nos dá para la vida, no sabia absolutamente ni guardarlo ni apreciarlo.

Su delicadeza excesiva le forjaba grandes dificultades para todo; allí donde muchos hubieran visto un negocio, él veia una indignidad.

Con estas condiciones, al retirarse de la vida de aventuras de la guerra, se preocupaba de su situacion, más bien que por él por aquella pobre niña abandonada.

Se le ocurrió pensar que aquella familia que parecia vivir entre las comodidades de la fortuna, debia tenerla, y muerta la abuela pertenecia á Teodosia; pero el temor de que al reclamarla fuese la niña pedida por

alguno de sus parientes para su tutela; la idea de que alguien, ella misma, creyese ver una acción interesada en su conducta, le hicieron desistir de todo propósito.

—Veremos—se decía,—si sé ganar para ella y para mí.

Pero para esperar necesitaba dinero, porque las necesidades, las exigencias estúpidamente materiales no esperan.

Había agotado los recursos que llevaba consigo; Teodosia aún no estaba restablecida; luchaba con esa penosa convalecencia de los males graves, que agota las fuerzas del paciente y de los que le cuidan.

Solís tenía confianza en la familia á cuyo cuidado confiara á Teodosia; pero por nada del mundo hubiera querido imponerles el menor sacrificio.

Era preciso ganar; pero ¿en qué?

Urgía tomar una determinación; pero ¿cuál?

Cuando desde el principio de la vida no se ha elegido un medio de hacer reproductivo el trabajo personal, después es muy difícil; las alternativas, las angustias del temor y la esperanza son crueles.

Y para Solís, cuya situación política le cerraba todos los caminos, lo difícil se convertía en imposible.

Torturado por todos estos pensamientos, miraba á Teodosia, que dormitaba en la hamaca vestida de blanco, pues la pobre niña no habia tenido ocasion ni medios de prepararse luto.

Una mano blanca y fina, con ese tinte pálido del marfil que imprime la enfermedad, caia á un lado muy cerca de Nicolás, que ocultaba la frente en las suyas.

La niña abrió los ojos.

Su manecita pálida se apoyó en la cabeza de Solís con indolencia, y vagó un momento entre sus cabellos.

Nicolás se estremeció poderosamente.

Sus ojos buscaron la mirada de Teodosia, que se sonreía.

—¡Hija!... ¿Cómo estás?

—Bien, pero tengo sed; dame agua.

—¿No quieres levantarte un poco?

—Sí.

—Ven, pues.

Nicolás alzó en sus brazos el débil cuerpo de la niña enferma, que pesaba lo que una rosa, y al dejarla en el suelo la besó en la frente.

La niña, con esa graciosa zalamería de la infancia, que no se aprende y que es incomparable, le rodeó el cuello con sus bra-

zos, y le dijo muy quedo, muy dulcemente:

—No me dejes, me voy á caer.

—No, ángel mio, toma mi brazo.

—Es particular; yo creia ponerme buena tan pronto como me dejase la fiebre...

—Y buena estás.

—¡Oh, no!

—Estás débil, pero eso pasa pronto.

—¡Pronto!... Hace ya muchos dias que lo espero... Pero tengo sed... Dame agua...

—Voy á pedirla con unas gotas de azahar.

Sentó á Teodosia en un banco y salió.

La niña reclinó indolente la cabeza y cerró los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, Nicolás la miraba con inquietud.

—¿Te sientes mal?—la preguntó.

—No, cansada.

—¡Cansada! ¿De qué hija mia?

—No lo sé; de vivir puede ser.

—¡Ah! ¡La vida te cansa, y conmigo!....

Nicolás dijo esto con infinita amargura.

—Oye—dijo la niña,—yo te quiero mucho; yo creo que te he querido siempre, porque tengo en tí mucha confianza; me has dicho que te hable como á un padre, y te hablo sin esfuerzo; á tu lado estoy con-

tenta, pero estoy triste por mi abuela, por la pobre Luisa...

La mirada de Nicolás adquirió un extraño brillo; pero se contuvo.

—Tu abuela era muy anciana, bija mia; cualquier accidente la hubiese producido, como el incendio, la muerte. Luisa ha desaparecido... la buscaremos.

—¡Ah, sí!...

—No sabes tú cuánto interés tengo yo en ello.

—¿Por qué?...

Nicolás palideció, llevó su mano á la frente, y dijo vacilando:

—Por traerla á tu lado...

—¡Qué bueno eres!...

—Y dime—preguntó Nicolás dudando, —¿no tenias otros parientes, otros amigos?..

—No... mi padre murió... mi madre tambien.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, yo no me acuerdo de nada... Mi padre era marino. Un día se embarcó para un viaje y no volvió más; el barco se habia perdido...

—¡Ah!...

—Mi padre era español, es decir, de allá, del otro lado del mar...

—De la España europea.

—Sí. Mi madre era cubana; la vió y se casaron, segun he oido á mi abuela; ésta no tenia más hija que mi madre.

—¿Y no has tenido hermanos?

—No. El viaje en que mi padre murió era el primero que hacia despues de su casamiento; yo nací despues de su muerte: mi madre murió y me quedé confiada á la abuelita Isabel!...

—Y no tenia parientes tu padre?...

—No sé, puede ser, yo no los conozco...

—¡Qué extraño aislamiento!...

—En la Habana teniamos algunos amigos, apénas sé sus nombres, pero como nos quemaron el ingenio *Soledad*, que era todo lo que poseiamos, la abuelita dijo que no podiamos vivir allí, y nos fuimos á esa villa.

—¿Y tú no sabes si dejó fortuna?

—No sé más... ¡ah, sí!... La abuelita me dijo varias veces: si yo me muero, confio en que no te faltará nada... En el Banco de la Habana tienes dinero, y suspiraba y lloraba cuando esto me decia...

—¿Sí?

—Nunca he podido saber qué era lo que la entristecia al hablarme de ese dinero, pero lloraba siempre.

(14)

—Era la idea de su muerte...

—Puede ser, pero estaba siempre triste; me besaba con frecuencia en la frente y me decía: ¡desgraciada!... pobre inocente!...

—Era tu orfandad lo que sentía; no pienses en cosas tristes—dijo Nicolás tomando las manos de la niña.

—No—dijo ésta;—nunca me hablaba de mi padre, y un día que dijo Luisa que me parecía á él, contestó con indignación: ¡Dios no lo quiera!...

—Es muy extraño.

—Eso me afligió mucho y le pregunté por qué no había yo de parecerme á mi padre.

—¿Y qué dijo?

—Nada; besarme, llorar y decirme que pidiera á Dios por su alma y la de mi madre.

—¿Y no te habló nunca de tener tú un tutor si ella moría?

—No; me habló sólo de un dinero en el Banco y de unos papeles.

—¿Qué papeles?...

—No sé; me dijo que los tenía la negra Luisa.

—Es preciso encontrarla.

—Sí, es preciso.

—Ese dinero no te hace falta y no lo tocarás en tanto que estés á mi lado; pero yo puedo faltar, y es preciso que deje en claro tus asuntos, para que esté asegurado tu porvenir.

—¡Ah, no lo pienses!... ¡Han de morir todos los que yo amo, y yo he de vivir siempre!... ¡Moriria yo tambien!...

—Dios no lo quiera, hija mia; tu vida empieza y la mia acaba...

—¡Oh, no!

—En fin, no hablemos de esto; puesto que ya estás buena, es preciso que yo salga... te quedarás aquí muy cuidada, Manuela es una buena mujer...

—¿Pero tú tardarás mucho en volver?...

—No; pero necesito arreglar mis asuntos, y sobre todo buscar á Luisa...

—Ah, sí!... Busca á Luisa, yo quiero que esté á mi lado...

—Y esos papeles...

—Sí, deben ser de importancia, porque mi abuelita me habló muchas veces de ellos.

—Papeles de familia...

—No sé, pero una vez me dijo: «Acaso seria mejor destruirlos...»

—Es particular.

—Luisa dijo: «Eso no, son su herencia...» y mi abuela la miró de tal modo, que calló y la pidió mil veces perdon...

—Pues bien, la buscaremos, y ¡por Dios, que si no se ha muerto he de encontrarla!...

Teodosia reclinó fatigada su cabeza.

—¿Estás cansada?—preguntó Nicolás.

—Un poco.

—Pobre niña mia, hemos hablado mucho; tranquilízate y está pronto buena; todo eso pasó: me tienes á mí...

La niña sonreía.

La adolescencia, como la niñez, tiene una gran facilidad para formar nuevas afecciones.

Es la planta nueva, exuberante de vida, que arraiga con fuerza en el terreno en que la casualidad la deja caer.

Teodosia aislada, enferma, sin conocer á nadie, sin un solo afecto, habia comenzado por agradecer á Solís su cariñosa solicitud, é insensiblemente, sin pensarlo, sin comprenderlo tampoco, habia ido sintiendo por el desconocido que la llamaba hija un cariño verdaderamente filial.

Su inocencia no le advertía ningun peligro, y prodigaba sus dulces palabras y

sus tiernas caricias á Solís, como si realmente fuese su padre.

Este, por su parte, habia sentido compasion por aquella pobre criatura que el destino ponía en sus manos y que le recordaba á su hija: el fanatismo, pues toda pasion exagerada llega á ser fanática, que la memoria de la niña muerta le inspiraba, le hacia sagrada á la niña viva; y la exaltacion de su carácter le hacia ver un imperioso mandato del destino, en lo que otro hubiera visto una casualidad. Por nada del mundo la hubiese abandonado.

Además, el sér que sufre y siente, que vive y lucha solo, sin ningun afecto, está terriblemente predispuesto á amar. La vida no es el aislamiento; es la comunicacion del pensamiento, la dilatacion del espíritu.

Las caricias de Teodosia le encantaban; eran como una ráfaga fresca y pura sobre la abrasada planta.

Resuelto á amarla, á ver en ella una hija, no vaciló en cumplir el sacrificio.

—Y bien, vámonos si estás cansada, tomarás un poco de alimento y te acostarás...
—la dijo.

—No tengo gana...

—Es preciso.

Solís se levantó y tomó el brazo de la niña para servirle de apoyo.

En aquel momento una volanta se detuvo á la puerta, y un hombre penetró en el patio.

Era el médico.

—¡Hola! ¡Hola! —exclamó,—se dá un paseito... muy bien. ¿Qué tal?—preguntó á Nicolás.

—No hay novedad. Creo que ya no hay nada que temer.

—Tanto es así—dijo el médico,—que esta será mi última visita á la enferma...

—¡Ah!—dijo Teodosia con alegría.

La frente de Solís se contrajo...

Un pensamiento tristísimo le habia hecho pensar más angustiosamente en su situación.

Era preciso pagar los honorarios del doctor.

La buena Manuela apareció en la puerta del patio.

—La niña ya está buena—dijo el médico;—llévesela Vd. del patio, que aquí se nota alguna humedad, y cuidado con que se alimente bien y duerma...

—Lo haré, señor...

Las dos mujeres salieron.

El médico las siguió con la vista.

Cuando hubieron desaparecido dijo á Solís:

—¿La ama Vd. mucho?

—Oh, sí, doctor; ¿por qué?

—Porque si su salud le interesa, debe sacarla de aquí; este ardiente clima marchitaria esa delicada flor.

—Es su país...

—¡Oh! en su país mueren muchas...

—¡Ah!...

—Elija un clima más dulce, más fresco: allí se desarrollará bien: recobrará la salud...

—¿Es preciso?

—Sí, y muy pronto... La paz se hace; por esta vez es una verdad; las fuerzas están agotadas, la lucha acaba... la madre patria abre sus brazos y espera á sus hijos...

—Sí,—dijo Solís pensativo.

—Ofrece libertad, derechos, apoyo; los nombres dignos pueden aceptar sin envejecerse, y miraba al decir esto fijamente á Solís.

—Es verdad,—murmuró éste.

—Nicolás Solís—repitió con solemnidad el doctor, que sabia á quien hablaba,—los

valientes no vacilan, la duda es cobarde: la amnistía es noble, la lucha por la idea no es un delito; acepte el indulto, que regulariza su situacion, y á Europa con la niña. Ya vé Vd. que le conozco y le estimo.

—¡Sí, gracias!... Será preciso... No sé cómo...

—Y bien, yo he pensado en ello. Nicolás Solís, enfermo de gravedad, ha aceptado las condiciones del pacto... Aquí está el indulto...

—¡Ah!—murmuró Solís palideciendo;—yo no puedo... Yo no sé...

—Hé aquí la cantidad de socorro que la patria ofrece al hijo que la busca.

—¡Imposible!

—Es un empréstito.

—Ni aún así.

—Pues bien; el empréstito es mio, y es la vida de Teodosia, de su hija...

—¡Oh!...

—Pasado mañana parte un vapor-correo; en él puede hacerse la travesía á la Península.

—Haré lo que gustéis—dijo Nicolás.

—Los hombres de corazon son siempre hermanos; nos hemos comprendido.

—Escuchad, doctor: yo tengo aquí que cumplir un deber tan sagrado, que alejarme de Cuba sin cumplirlo es casi una infamia.

—Yo quedo aquí; dejadme instrucciones.

—Pues bien; necesito encontrar á una negra, anciana, llamada Luisa, que servia hace un mes á una señora llamada Isabel Castro, en la villa de T..., que se incendió... la casa ha desaparecido, la anciana ha muerto, pero la negra ha huido sin duda.

—Eso es fácil; se buscará—dijo el médico en tanto que apuntaba en su cartera rápidamente las señas.—¿Y despues?

—Luisa me pertenece, debo verla; me vá en ello más que la vida...

—Es decir, que si la encuentro...

—Me llama al momento, y la detiene entre tanto.

—Lo haré así; se lo aseguro por mi honor.

—Gracias. Y ahora, acepte este recuerdo mio, en prueba de que volveré á pagarle mi deuda moral y material...

El médico retrocedió un paso, casi ofendido.

Solís le presentaba una sortija de oro con un ligero brillante.

—Era de mi hija muerta—añadió con voz grave y triste,—y volveré á rescatarlo áun á costa de mi vida: acéptelo en depósito, pues es lo único que tengo, y se lo doy por salvar á mi otra hija viva,—añadió con amargura.

El médico lo tomó y lo colocó en el dedo meñique de su mano izquierda.

—Lo guardaré hasta que lo reclameis, y ahora, adios.

—Pasado mañana salgo para Europa—dijo Solís,—confío en su promesa; escribiré á Vd. el estado de Teodosia.

—Sí, aquí está mi tarjeta...

Nicolás la tomó y leyó este nombre:

«José Fernandez de Córdoba.

Habana.»

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



ÍNDICE DE LA PRIMERA PARTE.

	<u>PÁGINAS.</u>
CAPÍTULO I.	5
II.	12
III.	23
IV.	32
V.	42
VI.	56
VII.	68
VIII.	75
IX.	135
X.	151
XI.	157
XII.	161
XIII.	172
XIV.	176
XV.	182
XVI.	190
XVII.	202

INDICE DE LA PRIMERA PARTE

CONTENIDO DE LA PRIMERA PARTE

1	I
2	II
3	III
4	IV
5	V
6	VI
7	VII
8	VIII
9	IX
10	X
11	XI
12	XII
13	XIII
14	XIV
15	XV
16	XVI
17	XVII

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

POESÍAS.

- El héroe de Santa Engracia* (Poema histórico.)
Guirnalda de pensamientos (Poesías líricas.)
Recuerdos de un ángel (Elegías.)
El mayor castigo (Leyenda dramática.)

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.

- La catedral de Sevilla.* | *El alcázar de Sevilla.*

ESTUDIOS HERÁLDICOS.

- La nobleza española.*

NOVELAS.

- | | |
|-----------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------|
| <i>El testamento de un filósofo, primer volumen de la Biblioteca, 8 rs.</i> | <i>El capricho de un lord, dos tomos, ó sean volúmenes 7.º y 8.º, 16 rs.</i> |
| <i>Las almas gemelas, segundo volumen, 8 rs.</i> | <i>Blanca, un tomo, volumen 9.º 8 rs.</i> |
| <i>La Botella Azul, tercer volumen, 8 rs.</i> | <i>El secreto de un crimen.</i> |
| <i>Romances y poesías, cuarto volumen, 8 rs.</i> | <i>Las apariencias.</i> |
| <i>Cadenas del vorazon, quinto volumen, 8 rs.</i> | <i>Desde Cádiz á la Habana.</i> |
| <i>El odio de una mujer, sexto volumen, 8 rs.</i> | <i>Dos minutos.</i> |
| | <i>Fragmentos de un álbum.</i> |
| | <i>La sierra de Córdoba.</i> |
| | <i>Dos hermitas.</i> |

CÁDIZ.

Revista de artes, letras y ciencias, ilustrada con grabados y redactada por los primeros escritores españoles y americanos.—Se ha publicado los días 10, 20 y 30 de cada mes, bajo la dirección de su propietaria Patrocinio de Biedma. Hay coleccionados cuatro tomos, correspondientes á otros tantos años de su publicación.—Se halla de venta la colección de cada año al precio de 25 pesetas.—Número suelto una peseta.